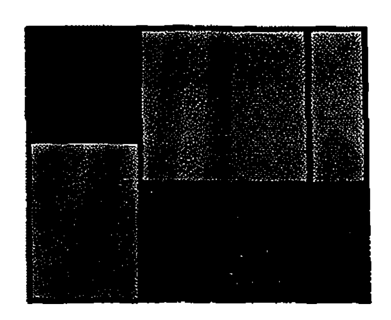
Biblioteca América Latina: actualidad y perspectivas



Hugo Zemelman

De la historia a la política

La experiencia de América Latina





Biblioteca América Latina: actualidad y perspectivas

No es común que en América Latina se trabaje en la construcción de soluciones metodológicas rigurosas para analizar la realidad histórica desde la perspectiva de lo político. Zemelman lo hace mediante una doble discusión.

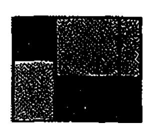
Polemiza con las concepciones evolucionistas de la historia y con las que la conciben como un orden dado, en el que las determinaciones predominarían sobre las "voluntades sociales". Frente a ellas, defiende una concepción dinámica de los procesos históricos, cuyo desenvolvimiento constante no implica necesariamente progreso. "Las transformaciones sociales —dice— son el producto de luchas coyunturales entre fuerzas con concepciones antagónicas sobre el futuro." Su resultado no puede ser anticipado por las ciencias sociales mediante un simple conocimiento de las determinaciones objetivas que van configurando el paso del presente al porvenir.

Propone revisar las teorías de lo político que lo restringen a la esfera del poder. Trata de entender la política como conciencia de la historicidad, proceso de construcción de proyectos en el contexto de las contradicciones sociales. Lo político es definido entonces como la "articulación dinámica entre sujetos, prácticas sociales y proyectos, cuyo contenido específico es la lucha por dar una dirección a la realidad en el marco de opciones viables".

Con el objeto de facilitar una mejor comprensión de la perspectiva epistemológica planteada se ha dividido este trabajo en dos partes: una primera que contiene los supuestos epistemológicos y metodológicos en los que se ha basado esta reflexión política sobre la historia; y una segunda que destaca la importancia del ensayo y del discurso político y su función para el conocimiento social. En esta segunda parte se analizan escritos de autores latinoamericanos pertenecientes a diversas épocas y países, de tal manera que su análisis nos permita comprender los distintos modos de concreción de la realidad histórica, de forma que posibilite ampliar la capacidad de diagnóstico de las ciencias sociales sobre lo virtual o potencial en situaciones históricas, esto es, que conduzca a producir un nuevo tipo de conocimiento.

968-23-1551-4









biblioteca américa latina:
actualidad y perspectivas

COORDINADA POR
PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

ganz1912

PALABRAS PRELIMINARES

La "Biblioteca América Latina: actualidad y perspectivas" resume todo un proceso de trabajo realizado en forma coordinada por investigadores de aproximadamente treinta países de Sur y Centroamérica, el Caribe y México. Este proyecto continental y sus respectivos programas regionales se organizó en el marco del proyecto "Perspectivas de América Latina" de la Universidad de las Naciones Unidas (UNU).

Los lectores de esta colección, interesados en los esfuerzos que la UNU hace para organizar a los investigadores de las regiones del Tercer Mundo comprenderán su importancia en el estudio de las diversas realidades regionales, a partir de prioridades, marcos teóricos y metodológicos propios a cada una de estas regiones.

En estrecha relación con proyectos hermanos de Asia, África y el mundo árabe, el proyecto "Perspectivas del desarrollo humano y social de América Latina", apunta al análisis científico de la crisis mundial contemporánea, vista desde el Tercer Mundo, dicho de otro modo, desde la óptica de la periferia del sistema mundial, en vez de hacerlo con la de las regiones centrales, como usualmente ocurre.

El proyecto convoca a investigadores que representan las varias escuelas de pensamiento propias de la región. Se trata de científicos sociales con plena conciencia de la necesidad de superar las teorías de tipo eurocéntrico y las metodologías desarrolladas en el Norte, las cuales frecuentemente son demasiado simplistas para lograr captar la complejidad del proceso de transformación social que tiene lugar en el Tercer Mundo.

Comparada con otras regiones, Latinoamérica es un continente donde los paradigmas europeos y norteamericanos pueden ser eficazmente reconsiderados. Entre otras razones basta mencionar que los científicos sociales latinoamericanos no sólo poseen un dominio preciso de las teorías y metodologías europeas y norteamericanas, sino también han estado expuestos a distintos proyectos regionales e internacionales que aplicaron mecánicamente los marcos conceptuales diseñados en otras latitudes, extrañas a las complejas realidades continentales. Como consecuencia de esto, no es sorprendente que exista un intento sistemático por parte de un gran número de investigadores latinoamericanos para reconsiderar los distintos conceptos y metodologías establecidas, pero impropias. Esta colección es un ejemplo en el que estudios empíricos, de caso, de realidades, acompañados por un análisis profundo de las estructuras subyacentes, proporcionan los medios para ir más allá de la superficialidad de la investigación positivista inspirada en teorías y modelos ajenos.

Es dentro de esta búsqueda de lo pertinente, y de la creatividad científica, que la presente colección trata de hacer un aporte sustantivo. A través de la lectura de esta colección, los lectores son invitados a participar intelectual-

mente en el proceso de reflexión colectiva y de investigación organizado por el proyecto de la UNU, *"Perspectivas del desarrollo humano y social de América Latina". Se les invita a prolongar y extender los esfuerzos de quienes han contribuido en distintas obras, a observar y reflexionar sobre la crisis mundial contemporánea desde los lugares mismos donde ésta se manifiesta con mayor dramatismo, es decir, desde la propia realidad del Tercer Mundo.*

KINHIDE MUSHAKOJI
Vicerrector
Universidad de las Naciones Unidas

PRÓLOGO

La BIBLIOTECA AMÉRICA LATINA: ACTUALIDAD Y PERSPECTIVAS *publica las obras del proyecto más amplio y complejo que en materia de ciencias sociales se haya llevado a cabo en América Latina. Este proyecto, auspiciado por la Universidad de las Naciones Unidas y por la Universidad Nacional Autónoma de México a través de su Instituto de Investigaciones Sociales y de su Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, forma parte de un proyecto global sobre las perspectivas del tercer mundo y cuenta con la cooperación de instituciones y organizaciones regionales como la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (*FLACSO*), el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (*CLACSO*) y la Asociación Latinoamericana de Sociología (*ALAS*), así como de otras universidades y centros de educación superior de la región, tanto nacionales como provinciales.*

Desde el punto de vista de la investigación, la Biblioteca publicará estudios acerca del estado actual de América Latina y sobre sus perspectivas y tendencias.

La publicación de una biblioteca sobre la actualidad de América Latina, es particularmente significativa en momentos de crisis como los que ahora vivimos. Las dificultades se plantean no sólo como un problema de conocimiento-ignorancia o de verdad-error. Constituyen para nuestras sociedades un problema de triunfo o derrota. La viabilidad del triunfo y la posibilidad de alcanzar objetivos concretos dependen del conocimiento de las tendencias y las estructuras. Los estudios y conocimientos respecto a las alternativas más o menos viables, posibles o probables y sobre los medios disponibles que tienen nuestras sociedades para alcanzar objetivos concretos revisten por ello gran importancia. Aumentar el conocimiento al respecto significa contribuir a la conciencia científica, técnica y política de nuestros países, y es esto lo que se propone la BIBLIOTECA AMÉRICA LATINA: ACTUALIDAD Y PERSPECTIVAS.

La Biblioteca considera las distintas problemáticas o aspectos del complejo fenómeno. Los temas principales corresponden al análisis de:

1] El conocimiento actual sobre la crisis y el futuro de América Latina
Que analiza la forma en que la crisis está afectando al Estado y a la sociedad civil latinoamericana. Comprende no sólo las interpretaciones y políticas vigentes, sino las alternativas de la sociedad civil frente a la política y las prácticas actuales del Estado ante la crisis, analizando las principales propuestas empresariales, obreras, de partidos políticos y de movimientos sociales.

2] Los estados-nación en América Latina: sus tendencias históricas recientes y sus perspectivas futuras
Que estudia la evolución de los estados-nación en los últimos años y analiza no sólo la teoría sino la práctica de la teoría de la democracia, del Estado

y de la Revolución. La reestructuración del Estado y la sociedad civil y de sus mutuas relaciones es objeto particular de estudio.

3] Los sistemas y partidos políticos en América Latina
Que contiene estudios sobre las formaciones políticas existentes en los países latinoamericanos y sobre los principales sistemas de partidos. Busca dar a conocer el alcance y la influencia que podrían tener los partidos en el futuro inmediato del proceso político y social latinoamericano.

4] Los movimientos populares en América Latina
Que contiene estudios sobre la sociedad civil latinoamericana en su relación con el Estado. Considera sobre todo a los movimientos populares más significativos, en especial aquellos que representan a contingentes de dimensión nacional. Se incluyen estudios sobre cuatro grandes áreas: México, América Central, el Caribe y América del Sur.

5] La historia y la política
Que considera la evolución de la filosofía de la historia, de las utopías, de los planes y programas políticos, de las constituciones en su carácter programático, de los modelos de desarrollo, de los planes y programas técnicos, de las reivindicaciones populares, de la interpretación de coyunturas y tendencias. Incluye la problemática que corresponde a la vinculación del análisis utópico y el histórico, del histórico y el político.

En un futuro cercano la BIBLIOTECA AMÉRICA LATINA: ACTUALIDAD Y PERSPECTIVAS *se propone incluir temas como la cultura del poder y de la política, los fenómenos de democracia emergente, los procesos políticos y los principales conflictos y luchas.*

Los autores que colaboran en esta vasta obra se cuentan entre los más distinguidos de la región. En la coordinación de sus esfuerzos han trabajado Daniel Camacho y Rafael Menjívar, coordinadores de los estudios de Centroamérica; Gérard Pierre-Charles, coordinador de los estudios del Caribe; Fernando Calderón, coordinador de los estudios de América del Sur, y muchos coordinadores más a nivel nacional y provincial, así como otros que a nivel continental han organizado seminarios y grupos de trabajo como José Luis Reyna, Lorenzo Meyer, Pedro Vuskovic, Hugo Zemelman, Eduardo Ruiz. Su esfuerzo ha sido posible gracias al apoyo y la libertad académica de la Universidad de las Naciones Unidas, y de las universidades y centros de cultura superior de la región. Obra de la exclusiva responsabilidad de sus autores es también expresión del alto nivel alcanzado por las ciencias sociales en esta parte del mundo.

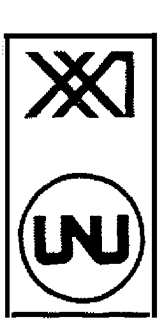
PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

DE LA HISTORIA A LA POLÍTICA

la experiencia de América Latina

por

HUGO ZEMELMAN



siglo veintiuno editores
universidad de las naciones unidas



siglo xxi editores, s.a. de c.v.
CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, MÉXICO, D. F.

siglo xxi editores, s.a.
TUCUMÁN 1621, 7° N, C1050AAG, BUENOS AIRES, ARGENTINA

siglo xxi de españa editores, s.a.
MENÉNDEZ PIDAL 3 BIS, 28036, MADRID, ESPAÑA

portada de maría luisa martínez passarge

primera edición, 1989
cuarta edición, 2007

en coedición con
siglo xxi editores, s.a. de c.v.
isbn 10: 968-23-1551-4
isbn 13: 978-968-23-1551-0
la preparación de este libro fue
posible gracias a la inapreciable ayuda
de la universidad nacional autónoma de méxico

ÍNDICE

PREFACIO

Los prefacios escritos por otros suelen ser artefactos inútiles. Si acepto que estas líneas, redactadas como comentario a una primera versión del libro de Zemelman, demoren la llegada al texto, es porque me interesó la intervención filosófica que el autor realiza en un campo donde la ideologización de los problemas suele entorpecer tanto el pensamiento como la acción política.

No es común que en América Latina se trabaje en la construcción de soluciones metodológicas rigurosas para analizar la realidad histórica desde la perspectiva de lo político. Zemelman lo hace a través de una doble discusión. Por una parte, polemiza con las concepciones evolucionistas de la historia y con las que la conciben como un orden dado, en el que las determinaciones predominarían sobre las "voluntades sociales". Frente a ellas, defiende una concepción dinámica de los procesos históricos, cuyo desenvolvimiento constante no implica necesariamente progreso. Las transformaciones sociales, dice, son "el producto de luchas coyunturales entre fuerzas con concepciones antagónicas sobre el futuro". Su resultado no puede ser anticipado por las ciencias sociales mediante un simple conocimiento de las determinaciones objetivas que van configurando el paso del presente al porvenir.

Al mismo tiempo, propone revisar las teorías de lo político que lo restringen a la esfera del poder. Trata de entender la política como conciencia de la historicidad, proceso de construcción de proyectos en el contexto de las contradicciones sociales. Lo político es definido entonces como "la articulación dinámica entre sujetos, prácticas sociales y proyectos, cuyo contenido específico es la lucha por dar una dirección a la realidad en el marco de opciones viables".

El lugar central asignado a la política en la conceptualización de la realidad social cambia la manera positivista de estudiarla. Al considerar la acción de los sujetos como parte

protagónica de lo real, lo fundamental no es conocer sus regularidades sino las formas en que las voluntades colectivas lo construyen y modifican. Si bien reconoce que el problema de la objetividad se presenta en dos planos —el de "la objetividad estructurada", susceptible de explicaciones histórico-genéticas, y el de la "objetivación de lo potencial, que obliga a distinguir entre lo que es la prueba de una proposición teórica y lo que se entiende por su viabilidad"— indica que su trabajo se concentra preferentemente en la segunda de esas opciones. Por lo tanto, más que la cuestión de la verdad o falsedad del conocimiento, de la observación correcta o incorrecta de lo existente, le interesa "la posibilidad objetiva de potenciar un contenido no realizado".

Tal concepción del quehacer científico busca "ampliar la capacidad de diagnóstico de las ciencias sociales". El saber de un investigador que coloca lo político en el núcleo del acontecer social no se reduce a explicar las relaciones necesarias entre fenómenos; intenta, además, construir un tipo de razonamiento capaz de identificar las direccionalidades objetivamente posibles de los procesos reales. Se trata de un terreno "fronterizo entre lo que propiamente corresponde al quehacer de la conciencia teórico-científica con lo que es el ámbito de la conciencia histórico-crítica".

Estas preocupaciones teóricas hacen de la primera parte, casi la mitad del texto, un trabajo filosófico, de alto nivel de abstracción. Se apoya en las contribuciones de Gramsci, Agnes Heller y algunos historiadores marxistas, especialmente E.P. Thompson, pero hace un uso libre de sus obras y edifica una argumentación propia. En varios momentos, va más allá que dichos autores y que lo que es habitual en la sociología y la filosofía políticas. Aunque demuestra una preocupación prolongada por la refundamentación teórica del conocimiento de lo social, es claro que su pregunta clave es "cómo mirar a la realidad histórica desde un concepto utópico del mundo".

La segunda parte del libro está dedicada a descubrir desarrollos germinales de esta perspectiva de análisis en las obras de cinco pensadores latinoamericanos: el ensayista mexicano Andrés Molina Enríquez, el sociólogo político peruano Julio Cotler, un ideólogo del nacionalismo boliviano,

Sergio Almaraz, el ensayista peruano José Carlos Mariátegui, y el sociólogo boliviano René Zavaleta.

¿Por qué el capítulo sobre Mariátegui va después del que analiza el discurso de Cotler, contradiciendo su orden de aparición en la sociedad peruana? La mayor extensión del capítulo destinado al primero que al segundo, y la mayor profundización de la obra de Mariátegui, sugieren la hipótesis de que Zemelman encontró mayores recursos en la interpretación de la historia peruana de los *Siete ensayos* para elaborar y justificar su concepción de lo político. Efectivamente, dichos autores son elegidos y sus obras citadas en función de su valor ejemplar en relación con las tesis y la metodología desplegadas en la primera sección del volumen.

También encontramos en esta "alteración" del orden histórico un síntoma de la posición antievolucionista defendida por Zemelman: el pensamiento, lo mismo que la sociedad, no progresan linealmente hacia posiciones mejores, sino que avanzan retomando el pasado, deshaciéndolo a veces, negando conquistas o reelaborándolas en una dirección distinta, o en varias simultáneas, que no pueden ser juzgadas simplemente como superación o retroceso.

Hay aún otra explicación que justifica la selección y es reveladora de la estrategia discursiva del texto. El autor señala que una característica de la actual crisis latinoamericana es la falta de nuevos actores sociales "capaces de remplazar antiguos proyectos, modelos y estilos" de acción política. Esta debilidad tiene consecuencias filosóficas en la vivencia de la historia: "equivale a mantenerse en un presente continuo, sin salidas, que se resuelve en un perpetuo *statu quo* que niega el futuro y que queda aprisionado en el escepticismo de la voluntad y en la incredulidad de la inteligencia". Los pensadores convocados a este libro, si bien proceden de contextos distintos, "representan un vínculo orgánico entre lucidez intelectual y voluntad práctica".

El análisis de sus obras es riguroso. Aunque no lleva la finalidad de ofrecer interpretaciones originales de esos autores, extrae acertadamente de sus textos lo necesario para incorporarlos a una reflexión general que los enaltece sin traicionarlos. También hay que decir que, pese a la brevedad con que pasa a veces por núcleos conceptuales importantes

de tales pensadores, tiene la virtud de reconocer la complejidad histórico-social en que se insertaron. Más aún: encontramos en esta segunda parte del libro una elaboración más rica que en la primera sobre el sentido contradictorio que tiene la interacción entre las fuerzas sociales. Quizá el mejor ejemplo es el capítulo dedicado a Almaraz, pues debe examinar —al ocuparse de Bolivia— cómo una sociedad puede "constituir la expresión de una verdadera articulación de historias frustradas, que no alcanzaron su realización porque los sujetos se anularon unos a otros".

Las obras de estos autores, al confrontar sus paradigmas teóricos e ideológicos con las condiciones efectivas de realización histórica, revelan que el conocimiento de la estructura social y de su dinámica objetiva sólo permite una previsión muy parcial del futuro. Al incorporar las particularidades de las fuerzas que actúan en cada sociedad, los modos diversos en que concretan sus proyectos, se advierte por qué un sistema social puede seguir cursos diferentes. "En este sentido, sostenemos que la explicación de una tendencia histórica requiere completarse con su potenciación en circunstancias particulares, las cuales, en una secuencia temporal, van configurando a la historia como construcción de sujetos sociales. Ello obliga, como hemos señalado, a captarlos en toda su complejidad (psicológica, ideológica, cultural y económica) para no incurrir en un reduccionismo mecánico de la historia".

Los pensadores elegidos muestran también que el conocimiento científico de la sociedad se amplía al abarcar como parte de la problemática el proyecto de cambio. Cuando Mariátegui incluye en su análisis de la realidad peruana la cuestión de la marginalidad de los indígenas, se le abre "un horizonte de problemas mucho más vasto y una jerarquización de la importancia de cada uno de ellos" más sofisticada que si hubiera efectuado únicamente una descripción de la estructura aparente.

Es evidente que algunos de estos autores, sobre todo los menos contemporáneos, no cumplen siempre con las reglas de cientificidad exigidas en nuestros días. Su pertinencia y su validez, sin embargo, derivan —en palabras de Zemelman— de que indican una vía para superar el empobreci-

miento de las ciencias sociales cuando se atienen sólo a describir y explicar la estructura presente de la sociedad. Al elegirlos, el autor de este libro quiere propiciar una relación distinta entre teoría y práctica, según la cual la teoría debe contribuir a "evidenciar la existencia de un horizonte histórico en el que las prácticas son posibles". Se trataría, entonces, de "una teoría concebida más como visión crítica que como un conjunto de proposiciones hipotéticas".

En un tiempo en el que las determinaciones casi idénticas impuestas a los países latinoamericanos por la crisis económica y financiera (recesión, deuda externa, reconversión industrial) colocan límites severos a todo proyecto de transformación, revalorar el pensamiento utópico junto con los desafíos del presente es una tarea cardinal. Importa más cuando no es simple tenacidad voluntarista, sino parte de un trabajo filosófico sobre las condiciones históricas de los proyectos de cambio y de sus condiciones de credibilidad.

NÉSTOR GARCÍA CANCLINI

El propósito del presente trabajo es el análisis de la realidad histórica desde la perspectiva de lo político. Pensar la historia partiendo desde un ángulo político, nos obliga a pensar de nuevo y a cuestionar los parámetros de tiempo, espacio, de conocimiento científico y el papel de la ideología, que tradicionalmente han estado presentes en el análisis histórico.

Pensar la historia desde un ángulo político significa sentar nuevas bases para el análisis y ampliar tanto nuestra visión de la historia, como de la política; esto es, dejar de ver a la historia como una serie de situaciones lineales que se suceden progresivamente con algunas disrupciones (dentro de una dinámica que conduce necesariamente hacia el progreso) para entenderla como un proceso complejo de construcción de voluntades sociales, como un horizonte abierto de posibilidades hacia el futuro.

Significa también un esfuerzo por comprender a la política más allá del quehacer operativo que la confina a la esfera del poder, para aprehenderla como conciencia de la historicidad del momento, como construcción de proyectos resolutivos en el plano de las contradicciones inmediatas.

Este tipo de reflexión exige un esfuerzo de apertura del razonamiento para captar la dinámica compleja y multidireccional del movimiento que constituye a la realidad.

Lo anterior supone la organización del conocimiento histórico a partir de las exigencias determinadas por los proyectos de construcción social. Ello da como resultado la subordinación del pensamiento teórico e ideológico al momento histórico que contiene esas potencialidades de futuros posibles, lo que nos lleva a la apropiación de la realidad a través del análisis de acciones y proyectos ubicados en el interior de un horizonte histórico y no de un esquema teórico.

Una óptica del razonamiento explicativo estrictamente histórico-genético conduce fácilmente al escepticismo, en razón de una excesiva proliferación de condicionantes y posibilidades alternativas que no se pueden materializar en

acciones. De ahí la necesidad de buscar una forma de razonamiento abierta hacia el reconocimiento de las potencialidades de una situación histórica determinada.

La perspectiva de este cambio está en la incorporación al conocimiento de la problemática de la constitución y prácticas de las voluntades sociales objetivas, de los esfuerzos para darle a la realidad una organización según distintas visiones de futuro. Esfuerzo que implica reivindicar al "producente" sobre el "producido", la construcción sobre lo construido.

Una de las características del pensamiento utópico de todas las épocas ha sido no poder mostrar la forma cómo construir una sociedad justa y humana, ya que no atiende al análisis de la dirección en que se mueve la propia sociedad. Esto ha ocurrido desde los tiempos de Moro, Andreae, Bacon y Campanella, pasando por Smith, Ricardo, Mill, hasta los que en nuestros días creen que el futuro es construido por un proceso histórico natural, regido por leyes económicas objetivas, en una dirección progresiva ineluctable.

El planteamiento de no pensar más con base en causas o determinaciones sino de potencialidades, requiere de ser capaces de traspasar los prejuicios de que este esfuerzo pueda estar reflejando una actitud voluntarista. Más bien nos situamos en el contexto que Rudolf Bahro caracteriza como "a really massive surplus consciousness, an energetic mental capacity that is no longer of human existence and can thus orient itself to more distant problems".[1] O sea, en el marco de una revolución cultural que está implicando una transformación de las formas subjetivas de vida de las masas. Pero este "surplus consciousness",[2] a que han podido llegar sociedades que han sido capaces de resolver el problema de las necesidades básicas, constituye también un aspecto de la posibilidad de desarrollar la racionalidad del hombre más allá de lo que impone el paradigma científico dominante, centrado en la formulación de leyes con capacidad explicativa. En este sentido, el "surplus consciousness" de la racio-

[1] Rudolf Bahro, *The alternative in Eastern Europe*, NLB, Lowe and Brydone Printer Ltd, Thetford, Norfol, 1978, pp. 256-257.

[2] Que podría traducirse como "superávit de la conciencia".

nalidad humana, exige cambios en la estructura de las categorías del pensamiento.

En efecto, esta disponibilidad de mayor conciencia y la complejidad de los problemas sociohistóricos (que es creciente a medida que nos damos cuenta de que su desenvolvimiento no se puede entender exhaustivamente con base en regularidades), obliga a buscar nuevas categorías. Categorías que permitan que el razonamiento tenga como referente la exigencia de potencialidad de lo real y la apertura hacia el futuro, más que restringirse a estructuras que representan la cristalización de procesos ya acabados.

Vivimos en una época que cuestiona la idea de progreso como un desarrollo lineal de la historia. Ya desde los comienzos de la década de los treinta se había puesto de relieve por Walter Benjamin al denunciar lo que llamó el mito de la historia como cambio progresista. En realidad, la historia ha mostrado que puede ser impulsada en varias direcciones posibles, por lo que es necesario enfrentarse con la realidad mediante la perspectiva de lo que se quiere hacer con ella. Esto es, mediante una actitud de conquista, no precisamente en la acepción cartesiana de "señor y dueño", que se aplica a la naturaleza, sino como actor, como observa Heller "que se vea a sí mismo como agente creador y como controlador potencial de su propia vida al forjar su propia historia".

Un ejemplo de lo anterior es el caso de J.M. Keynes quien, con su *Teoría general*, permitió darle a la crisis capitalista un curso de desarrollo distinto al previsto por Marx. Curso de desenvolvimiento que impidió, o postergó, la alternativa de cambiar lo que se podría haber cambiado radicalmente. La llamada Larga Marcha a Yenán de Mao Tse-tung también puede ilustrar una situación en la que claramente se aprecia un cambio de rumbo a procesos que se habían generado en otra dirección.

Por este tipo de circunstancias, que caracterizan a la materia histórica, es que el conocimiento social debe tomar en cuenta esta problemática, de la direccionalidad de la historia, cuya implicación más importante es que no se puede construir un conocimiento que no contenga entre sus supuestos una idea de futuro. El conocimiento de la sociedad se organiza y opera en el seno de horizontes históricos que

no son partes de su contenido. Mientras en las ciencias naturales el problema del conocimiento se circunscribe a las formas de observar una misma realidad, en las ciencias sociales ésta se construye. Las diferencias que puedan plantearse entre científicos sociales, obedecen en última instancia a opciones de sociedades futuras que se excluyen mutuamente. Así como es posible encontrar programas de investigación que se orienten en el marco de las estructuras de poder y control establecidos, también se pueden encontrar programas que se ubican en el contexto de una transformación de estas estructuras consideradas como parámetros de análisis. Es por ello por lo que lo que se considera un problema en ciencias sociales no es sólo aquel fenómeno que resulte inexplicable, de acuerdo con el paradigma disponible, sino también aquel que no calza con el concepto de futuro que mueve al investigador; esto es, con su proyecto de orden social.

Un ejemplo muy esclarecedor lo constituye el caso de los economistas clásicos. Como observa Easlea éstos creían que su paradigma "continuaría siendo una descripción válida de la realidad si los obreros se comportaban de una forma diferente y aceptaban una disminución de sus salarios. Se podría hacer un llamado a los trabajadores, el gobierno podría utilizar la fuerza en contra de los sindicatos: se podía mantener el paradigma vigente a base de cambiar la realidad social mediante el recurso a la persuasión o a la fuerza. Los físicos no pueden salvar su paradigma de esta forma".[3] O sea, la realidad social no es un objeto posible sólo de observarse correcta o incorrectamente, sino que es una construcción social de acuerdo con un proyecto futuro. Idea que puede vincularse con la preocupación de P. Vilar acerca del funcionamiento global de la sociedad y como se da la incubación de los acontecimientos en su contexto. El problema que se plantea es lo que pueda considerarse como articulable, esto es, que sea potencial en el interior de lo históricamente dado.

De ahí, entonces, por qué el problema de la objetividad se

[3] Brian Easlea, *La liberación social y el objetivo de la ciencia*, México, Siglo XXI, 1981, p. 231.

tenga que plantear en dos planos de relación: el de la objetividad estructurada, en un corte de tiempo y de espacio, susceptible de explicación histórico-genética, y el plano de la objetivación de lo potencial que obliga a distinguir entre lo que es la prueba de una proposición teórica y lo que se entiende por su viabilidad. La primera, hace parte del problema de la verdad o falsedad; la segunda, de la posibilidad objetiva de potenciar un contenido no realizado, o bien de construir una realidad nueva. Es indudable que nuestro interés se centra más en la segunda de estas opciones que en la primera.

Con el propósito de ilustrar esta distinción, vale citar el siguiente ejemplo que nos proporciona el propio Easlea. La primera situación tiene lugar cuando "el fenómeno A se produce a causa de B... A puede soslayarse mediante una acción con respecto a B. Si la autoridad establecida tiene posibilidad (o al investigador se le facilita crear las condiciones pertinentes para el logro del fin) de actuar con relación a B, entonces el diagnóstico puede ser verificado". La segunda situación ocurre cuando "el fenómeno A puede y debe evitarse mediante la organización de la sociedad S', cualitativamente distinta de la existente S [pero donde la] constitución de S impide la construcción S'. En este caso las especulaciones [. . .] no podrán verificarse en la práctica, ya que la autoridad establecida [o el investigador es obstaculizado para impulsar sus planteamientos e influir en las decisiones] utilizará su fuerza superior para impedir que S' se lleve a cabo. Ello, sin embargo, difícilmente puede significar que las predicciones relativas a la factibilidad de S' son de carácter acientífico[. . .] ¿Desde cuándo las predicciones pierden su carácter científico simplemente en función de que la autoridad establecida impida que se lleven a la práctica los experimentos adecuados."[4]

La relación entre teoría y construcción social plantea el problema acerca de cómo es concebido el futuro. Si el futuro es concebido en términos de una teoría, vendría a ser en el caso de Marx una anticipación fundada en la teoría de la crisis inevitable del capitalismo; pero, simultáneamente, ve-

[4] B. Easlea *op. cit.*, p. 237.

mos cómo en términos de historia concreta el futuro viene a ser el producto de una compleja construcción desde situaciones estructuradas particulares. El futuro que se pueda teóricamente anticipar es también el producto de una construcción que lucha por ser viable.

En efecto, aun situados en el marco teórico de la crisis inevitable del capitalismo, se pueden formular preguntas como las siguientes: ¿podrán los actores sociales del cambio reconocer las coyunturas de crisis en las que pueda imponerse el nuevo proyecto de sociedad?, ¿tendrán la conciencia y la organización suficientes para actuar?, ¿sabrán alcanzar y controlar los mecanismos de poder indispensables para materializar la idea de una sociedad que sea alternativa a la existente? Mientras que téoricamente se puede pensar en una posibilidad objetiva de transformaciones sociales, no se pueden anticipar sus contenidos, los que siempre serán el producto de luchas coyunturales entre fuerzas con concepciones antagónicas sobre el futuro.

El contenido del cambio social es la concreción de la tendencia histórica que, a su vez, es el objeto mismo de la construcción del hombre.

Lo anterior nos impulsa a buscar la forma de organizar la reflexión sobre lo inacabado del mundo, en forma de poder reconocer los momentos en los que la historia pudo ser diferente. Pero hacerlo no como una añoranza, como especulación sobre un mundo mejor, pero inexistente, sino como ejercicio para comprender en profundidad el momento en que estamos. Pues, así como la búsqueda de la belleza y de la simplicidad de las matemáticas ha sido una guía orientadora en el desarrollo de la física teórica, debemos volver a apoyar la construcción del conocimiento histórico en criterios que se refieran a la búsqueda de la justicia y autodeterminación del hombre. No basta con explicar, es necesario trabajar con visiones de lo que es posible.

Con el objeto de facilitar una mejor comprensión de la perspectiva epistemológica aquí planteada, hemos organizado este trabajo en dos partes: una primera que contiene los supuestos epistemológicos y metodológicos en los que hemos basado esta reflexión política sobre la historia; y una segunda que destaca la importancia del ensayo y del discurso

político y su función para el conocimiento social.[5] En esta segunda parte se analizan escritos de autores latinoamericanos pertenecientes a diversas épocas y países, de tal manera que su análisis nos permita comprender los distintos modos de concreción de la realidad histórica, en forma que nos posibilite ampliar la capacidad de diagnóstico de las ciencias sociales sobre lo virtual o potencial en situaciones históricas; esto es, que nos conduzca a aprehender y a producir un nuevo tipo de conocimiento.

Un conocimiento donde la lucidez de la inteligencia no nos guíe hacia el escepticismo, ya sea por debilidad de la voluntad para comprometerse en la construcción de opciones sociales, ya como se ha dicho, por una excesiva afirmación libresca que se relaciona mejor con los objetos cuando éstos están inmovilizados en el lenguaje; un conocimiento que nos conduzca hacia la construcción del futuro.

Por último, deseo expresar mi agradecimiento por la colaboración de la maestra Julia Isabel Flores Dávila que con dedicación y profesionalismo contribuyó a la revisión del texto y a la ordenación de la bibliografía.

[5] Esta reflexión será complementada posteriormente con una publicación en la cual se sugieren los desarrollos metodológicos adecuados para este tipo de análisis.

PRIMERA PARTE

ESTRUCTURA Y SIGNIFICACIÓN DE LO POLÍTICO

1. HISTORIA Y RACIONALIDAD EN EL CONOCIMIENTO SOCIAL

El pensamiento no se puede detener cuando la historia ensancha sus horizontes y complica las disyuntivas. Es una tarea desentrañarla mediante el esfuerzo del pensamiento liberado de trabas y prejuicios para evitar caer en la ilusión de ideas que son del pasado, las cuales, más que orientarnos hacia su comprensión, nos deleitan en una autocomplacencia intelectual cuando no en la vana erudición. Hoy como siempre nos enfrentamos con interrogantes clave difíciles de aclarar, pero cuya solución es parte esencial de nuestra responsabilidad político-intelectual.

Los procesos revolucionarios que han agitado al continente desde la Revolución cubana, han dejado un acervo de enseñanzas no siempre conocidas o erróneamente asimiladas. A pesar de ello, se observa que el desarrollo teórico-académico ha continuado su rumbo abarcando una multiplicidad de temas (dominación burguesa, formas de penetración imperial, importancia de los mecanismos de legitimación, movimientos sociales, etc.), que, a pesar de todo, no nos han permitido afirmar que la capacidad de transformación de la realidad haya alcanzado estadios superiores.

Por el contrario, se aprecia un desencanto bastante generalizado en el límite del escepticismo y en algunos casos ya numerosos, traspasándolo, acerca de que esta posibilidad tenga éxito, simultáneamente con que se constate que los procesos de cambio se suceden con una velocidad y complejidad crecientes. No puede desconocerse, yendo más allá de las experiencias militares, que se enfrenta la reimplantación de un proyecto neoconservador que responde a una amplia ofensiva ideológica y política de las burguesías en el plano mundial y a la que se han sumado sectores del movimiento socialista latinoamericano.

En este contexto se tiene que asumir la tarea de construir un conocimiento que sea útil para apoyar las alternativas

populares de desarrollo, rompiendo con las convenciones del rigorismo epistemológico y téorico de las siempre renovadas novedades en las ciencias sociales, en forma de avanzar con una inteligencia creativa en el plano teórico que no subestime a la no siempre bien perfilada voluntad de hacer.

¿Estamos situados en el límite a que ha permitido llegar un paradigma teórico, como el marxista, y ante la irrupción de nuevos fenómenos y situaciones problemáticas, cuya aprehensión requiere de ajustes en las estructuras categoriales, en el marco básico que exige comprender a la realidad para transformarla?

El conocimiento social se ha desenvuelto en el interior de un arquetipo de racionalidad científica. A pesar de sus variaciones, este tipo de conocimiento ha mantenido una línea de aproximación a la racionalidad de las ciencias naturales, en cuanto a legitimar sus pretensiones de cientificidad. Desde la ilustración hasta las grandes innovaciones técnico-metodológicas, surgidas después de la segunda guerra mundial, pasando por todas las variantes del racionalismo crítico, pero principalmente por el marxismo, el conocimiento social se ha mantenido en el interior de esta estructura, aunque, por cierto, con sus diferencias específicas, que, no obstante, no han roto con aquélla en forma sistemática.

El conocimiento ha buscado teorizar y explicar, ir más allá de la apariencia caótica de los hechos en su afán por encontrar regularidades y determinar tendencias que nos capaciten para predecir los acontecimientos.

Sin considerar la medida en que hayan alcanzado estas alturas comparadas con las ciencias naturales, se han respetado, en una u otra forma, por el conocimiento social las exigencias del método científico. Entre ambas estructuras de conocimiento sobresale un rasgo que comparten, como es pretender dar cuenta de fenómenos que han acaecido y, por lo mismo, que pueden analizarse desde la distancia temporal que facilita la relación entre presente, momento del investigador, y pasado, momento en que tuvo lugar el fenómeno. Sin embargo, si partimos desde las exigencias planteadas por el quehacer político, orientado a captar al presente sus-

ceptible de potenciarse por la práctica social, nos enfrentamos a lo que Ernst Bloch denominara la transferencia en el punto "arquímedeo" del conocimiento.

La base que ha servido de apoyo a la construcción del conocimiento en términos tradicionales ha sido la relación presente-pasado; no obstante, en la perspectiva del análisis político esta base es remplazada por la relación presente-futuro. El conocimiento no se plantea ya como reconstrucción de lo devenido, sino como la apropiación del futuro, esto es, de aquello no devenido, lo virtual de la realidad. Si lo que se persigue es la apropiación del futuro, lo que no ha sucedido, la única racionalidad posible de reconocer se expresa en la lógica de potenciar algo, lo existente y dado. La relación presente-futuro conforma de este modo el ámbito de realidad en el cual tiene lugar la activación de lo realdado por el hombre, ya no simplemente su explicación.

Esta activación o transformación se materializa en las distintas capacidades de reactuación del hombre sobre la realidad, según se atienda a los diferentes márgenes de autonomía que tenga respecto de sus determinaciones economicas. De esta manera llegamos a delimitar a lo político como la capacidad social de re-actuación sobre circunstancias determinadas para imponer una dirección al desenvolvimiento sociohistórico. Es por esto por lo que lo político nos coloca ante la necesidad de recuperar la dimensión utópica de la realidad, constituyendo un desafío que debe afrontarse debido a que conceptualiza la realidad en términos del dándose del momento dado. En el plano estricto de la racionalidad cognitiva equivale a la asunción de lo no acabado.

Nos enfrentamos a una urgencia de futuro que nos obliga a concebir lo que es un producto del pasado como una situación abierta a posibilidades no previstas, en virtud de las potencialidades que contiene. En este sentido, la realidad solamente alcanza su plenitud, es decir, se completa, en el propio proyecto de construir el futuro buscado como realidad posible de vivirse como experiencia. Aunque ocurre también que se puede transformar al pasado en el contenido de la utopía.[1]

[1] En el caso de Uruguay la tradición fue durante muchos años un ele-

Por toda esta complejidad es que lo político no puede identificarse con un objeto real en particular, sino que constituye un campo problemático. Lo pertinente a lo político es la determinación de lo que es posible de ser transformado por medio de las prácticas en el interior de este campo; por eso su contenido específico es la realidad objetiva como contenido de la dirección de cambio que se imprime a ella por las fuerzas actuantes según la naturaleza propia de éstas. ¿Qué entendemos por construir y por dirección?

Construir una realidad es la capacidad social para determinar un curso viable a los procesos de cambio; mientras que la direccionalidad es el esfuerzo constante por asegurar

mento estructural constitutivo del discurso político de la clase dominante. En el nivel simbólico, la tradición se proyectaba en el manejo ideológico como un verdadero sistema de valores que articulaba las distintas instancias identificadoras a nivel cultural. Estas instancias tendían los puentes del uruguayo (sin distinción de clase, intereses ni filiación política o ideológica) con determinados hitos (y mitos) ubicados casi siempre en el pasado (Fernando Burazzoni, "Una visión cultural del Uruguay de los 80", noviembre de 1986, mecanografiado, p. 3). Por otra parte, si se analiza el período iniciado en 1984 con la llamada Concertación Nacional Programática (CONAPRO), como el instrumento de las fuerzas democráticas para buscar soluciones a los problemas nacionales, a partir de marzo de 1985 (fecha en que asumen sus cargos las autoridades elegidas), junto con constituir una experiencia nueva en el país (por primera vez se reúnen para buscar acuerdos sectores y partidos representativos de diversos estratos sociales, clases e intereses políticos), "hecho novedoso que pudiera suponer una capacidad de imaginación por parte de los actores sociales" que llegue a plasmarse en "una solución original, pensada en función del futuro", más bien, por el contrario, destaca que las resoluciones adoptadas (con el consenso de sus participantes) "es el carácter restaurador de las mismas. Son resoluciones pensadas como mecanismos de retorno a la situación previa de 1973" (*ibid.*, pp. 10-11). En Perú el interés por la democracia parece cada vez más vinculado a expectativas de satisfacción de aspiraciones personales y colectivas tiempo postergadas (Mirko Lauer, "Cultura política y democracia representativa, mecanografiado, p. 15). Por su parte, en Colombia la experiencia de la violencia y la imagen del 9 de abril, que adquirió proporciones de mito, constituyen a partir de entonces uno de los elementos esenciales de la visión política de las clases dominantes. Por eso no es de extrañar que el programa del Frente Nacional pusiera todo su acento en los elementos de restauración del orden liberal y dejara en la penumbra toda perspectiva de cambio democrático del país (J. Martín-Barbero y Margarita Garrido, "Notas sobre cultura política y discursos sociales en Colombia", mecanografiado, 1986, p. 3). Documentos del Programa de América Latina (PAL) de la Universidad Nacional Autónoma y de la Universidad de las Naciones Unidas.

que lo que es viable se traduzca en realidades concretas. Desde estas dos exigencias, podemos decir que nos enfrentamos a la tarea de transformar el tipo de razonamiento sobre regularidades (propio del marco definido por las relaciones necesarias entre fenómenos), a un tipo de razonamiento que se dirige a reconocer las direccionalidades objetivamente posibles de los procesos reales, que es el modo de razonar propio de lo político. Cabe preguntarse si este tipo de razonamiento requiere o no de teoría y, en caso de requerirlo, cuál es la naturaleza de ésta.

En verdad el concepto de construcción se refiere al producto social que cristaliza, de conformidad con los proyectos que apoyan e impulsan los diferentes sujetos sociales que coexisten en la sociedad. Cada proyecto constituye una forma particular de articular los elementos económicos, sociales y culturales de la realidad; por lo tanto representa una exigencia para la teorización, ya que si una teoría sobre la realidad histórica prescinde del reconocimiento de estos proyectos puede ser inocua, o bien banal, para definir prácticas sociales, aunque simultáneamente la teoría sea útil para dar una explicación de los procesos sociales.[2]

La realidad de la que nos ocupamos es difusa en sus con-

[2] Una ilustración histórica acerca de cómo el pensamiento teórico está influido por la circunstancia de que la realidad constituye un entramado de proyectos, es la reflexión de Gramsci sobre Bodin y Maquiavelo: "Durante las guerras civiles en Francia, Bodin es el exponente del tercer partido, llamado de los 'políticos' que se coloca en el punto de vista del interés nacional, o sea, de un equilibrio interno de las clases en donde la hegemonía pertenece al Tercer Estado a través del monarca. Me parece evidente que clasificar a Bodin entre los 'antimaquiavélicos' es una cuestión absolutamente extrínseca y superficial. Bodin funda la ciencia política en Francia en un terreno mucho más avanzado y complejo que el que Italia había ofrecido a Maquiavelo. Para Bodin no se trata de fundar el Estado unitario-territorial (nacional), es decir, de retornar a la época de Luis XI, sino de equilibrar las fuerzas sociales en lucha en el interior de este Estado ya fuerte y enraizado: no es el momento de la fuerza el que interesa a Bodin sino el momento del consenso. Con Bodin se tiende a desarrollar la monarquía absoluta: el Tercer Estado es tan consciente de su fuerza y dignidad, conoce también que el éxito de la monarquía absoluta está ligado a su propio éxito y desarrollo que pone condiciones para su consenso, presta exigencias, tiende a limitar al absolutismo" (Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, México, Juan Pablos, 1975, p. 39).

tornos, ya que se define solamente en la medida misma del esfuerzo por construirla. De ahí que la realidad en que pensamos se concreta en nudos desde los que se pueda potenciar. Por eso, la relación que se establece no puede ser considerada teórica, sino, más bien, propia de una voluntad de acción que plantea sus propios criterios de operación.[3]

Desde esta perspectiva, más relevante que las teorías (conjunto articulado de proposiciones) son las visiones de realidad que permitan delinear horizontes históricos suscepti-

[3] Ilustraciones concretas sobre la complejidad que puede caracterizar a estos nudos problemáticos, son las situaciones que transcribimos a continuación:

"En Guatemala el terremoto de 1976 permitió evidenciar las terribles desigualdades existentes en el país. Todo el mundo se da cuenta de que las clases destruidas son las de los débiles, los más pobres, y que mayoritariamente son los que moran en ellas quienes mueren. En los pueblos del altiplano, toda la ayuda internacional fue acaparada hasta cierto punto por el ejército, el cual se enriqueció revendiéndola. Mientras tanto, el que no podía pagar los precios arbitrariamente fijados por ellos se morían de hambre y frío. Todo eso abrió los ojos de la población. A partir de ese momento el trabajo de alfabetización, el trabajo de las comunidades cristianas, el trabajo de la discusión política, comienza a transformarse en un verdadero trabajo de organización con ciertas perspectivas. El conocimiento de la realidad en la cual vivían era ya un hecho para amplios sectores de la población indígena. La crisis de valores, la falta de coherencia de una nueva cosmovisión persistían. Pero en respuesta a ambos fenómenos comenzaba a darse un interés explícito de sumarse a un esfuerzo que pudiera desembocar en 'algo', que sirviera para cambiar esa situación existente" (Arturo Arias, "La cultura, la política y el poder en Guatemala", mecanografiado, 1986).

Puede darse el caso de que las limitaciones de una conciencia democrática, como conjunto de ideas comunes, hacen a la democracia misma inviable, especialmente si las ideas comunes en torno de algunas metas, como la democracia, no reflejan las circunstancias históricas en que hayan podido cristalizar (Mirko Lauer, *op. cit.*, p. 2).

En un sentido más teórico, se pueden considerar las reflexiones de Gramsci sobre el análisis concreto de las relaciones de fuerzas. Es importante la diferencia que se tiene que establecer entre el análisis historiográfico y el análisis político. "Mientras que para el primer tipo de análisis puede justificarse transformar el análisis de las relaciones de fuerza en un fin en sí mismo, en el segundo caso sólo se justifica para fundamentar una acción práctica, una voluntad que pueda ser aplicada de manera más fructífera, sugiere las operaciones tácticas inmediatas, indica cómo se puede lanzar mejor una campaña de agitación pública, qué lenguaje será el mejor comprendido por las multitudes, etc." (Antonio Gramsci, *op. cit.*, pp. 75-76).

bles de transformarse en objetos de una apropiación por el hombre y, en esa medida, incorporarlos a la historia en forma de proyectos de sociedad que sean viables. Por esta razón, en la discusión es de particular importancia la noción de experiencia histórica, en comparación con la contribución limitada que puede esperarse de una construcción teórica cerrada en su lógica de reducción de la complejidad real.

La noción de experiencia histórica es una conquista reciente de la conciencia, pues se ha tenido que llegar al actual estado de posibilidades tecnológicas para la ampliación del mundo controlado por el hombre. Constituye la experiencia una ampliación de la conciencia hacia el horizonte histórico que es el contexto del hombre, pero convertido ahora en objeto de una intencionalidad. Circunstancia que no puede confundirse con la simple apropiación teórica, sino que más bien se expresa en la búsqueda de caminos que faciliten avanzar hacia la conquista de la sociedad futura: de ahí que tenga predominancia el reconocimiento de los horizontes históricos que resultan de la compleja y variable articulación de los procesos sociales, en cuyo ámbito se descubren las alternativas posibles.

Cuando el pensamiento teórico impide el desarrollo de esta capacidad de reconocimiento, se convierte en un obstáculo pues no permite que maduren visiones posibles desde el interior de una situación histórica, circunscribiéndose a los límites fijados por la propia estructura teórico-conceptual. En este plano debería desplegarse el análisis de las grandes revoluciones, como uno de los grandes desafíos para el conocimiento social; así como de las numerosas coyunturas en que los desarrollos históricos experimentaron rupturas como procesos, en virtud de contener múltiples direcciones posibles, antes que encuadrar dichas situaciones históricas en estrechos modelos ideológicos.[4]

[4] ¿Qué tipo de rescate pretende el conjunto de la sociedad uruguaya con el proceso de retorno hacia el pasado? Algunos observadores señalan que lo que busca es, simplemente, una vuelta a la situación previa al golpe de Estado. Pero todos los sectores de la concertación saben que en los años previos a la dictadura fue donde se gestó el "proceso" militar. Por lo tanto, todos saben, también, que un hipotético regreso al pasado no podría efectuarse hacia "cualquier punto" de ese pasado, sino necesariamente hacia

1 ESTRUCTURA CONCEPTUAL DE LO POLÍTICO

La reconstrucción de las situaciones históricas debe apoyarse en conceptos capaces de articular elementos de la realidad, de forma en que ésta pueda ser objeto de una visión que, además de ser una captación de conjunto, no pierda la riqueza de sus potenciales alternativos. Estamos en presencia de una dialéctica configurada, por una parte, por el sujeto social, sus proyectos y prácticas, y de otra, por la realidad como campo de estructuras sociales, instituciones y relaciones entre fuerzas en pugna por hacer realidad sus utopías. Desde esta perspectiva, debemos enfrentar la cuestión de los conceptos que sirvan para dar cuenta del nudo problemático.

Sin pretender fijar un esquema (que reduzca la variedad de conceptos analíticos disponible en el conocimiento histórico-político) se puede considerar al par clase-poder como capaces de reflejar esencialmente la especificidad de lo político, en cuanto apuntan a las condiciones que activan la transformación de lo social. Pero también porque los demás conceptos representan derivaciones de éstos, en la medida en que reflejan la concreción histórica, o bien las distintas modalidades de especificación de sus contenidos.

Poder y clase no los utilizamos como elementos propios de una teoría general de la sociedad y de la historia, pues en este contexto, su función no es la que se desprende de una

un lugar en el tiempo que permita "corregir" las desviaciones que proporcionaron el quiebre institucional (F. Butazzoni, *op. cit.*, pp. 11-12).

Una vez consolidado el liderazgo del general Omar Torrijos sobre el nuevo régimen, en diciembre de 1969, se inicia un proceso de apertura y búsqueda de alianzas hacia los sectores populares, en particular la clase obrera y el campesinado, junto con un espectro amplio y diverso de fracciones nacionalistas de capas medias cuyos voceros intelectuales se expresaban a través de un abanico de discursos ideológicos que iba desde el liberalismo reformista hasta el marxismo-leninismo (Guillermo Castro, "Cultura, política y poder en Panamá: los años 80", mecanografiado, 1986, p. 7).

La quema de la embajada de España en Guatemala (enero de 1980) fue como el parteaguas definitivo para la gran mayoría de la población indígena. Para ellos ya no quedaban más opciones que la de incorporarse a la guerra popular en contra del régimen reaccionario. Y, a partir de esa fecha, tanto el altiplano central como el noroccidental empezaron a vivir un estado latente de insurrección en contra del Estado (A. Arias, *op. cit.*, p. 40).

explicación de la dinámica social con base en la lucha de clases. Más bien son utilizados como instrumentos de construcción de opciones, lo que implica centrarse en el problema del ejercicio del poder para imponer a los procesos sociales una dirección. La dirección es la realidad que se contiene en un sujeto social como potencialidad, cuya realización dependerá de su relación con otros sujetos sociales.

La realidad del actor consiste en su propia capacidad de transformarse en proyecto, esto es, de convertir a la utopia en historia.

Es difícil potenciar un futuro, en términos de una utopía que no sea una proyección de la misma naturaleza del sujeto. Es la realidad de éste la que hace posible dicha utopía, o bien que se transforme en el principal obstáculo para la realización de otras que contravengan su naturaleza. El caso de los sindicatos, como actores sociales, es un buen ejemplo. Una organización centrada en la defensa del salario puede no ser capaz de imponer un proyecto alternativo al orden establecido, ni consolidar y desarrollar un modelo de organización que rompa con la relación empleador-empleado; de ahí que los sindicatos "hayan tomado buena distancia de la idea utópica de autogestión".[5] Por eso el poder para impulsar una visión de la sociedad no puede violentar la propia naturaleza del sujeto, aun cuando el actor participe en alianzas que aparenten orientarse en una dirección opuesta a sus propias posibilidades. El poder es en principio la capacidad para reproducirse como sujeto, predominando esta lógica sobre la de su transformación. Es por ello por lo que el poder es la posibilidad de que la utopía del actor (su índole particular desarrollada en su plenitud) se convierta en un modelo de sociedad mediante una dirección o su desenvolvimiento congruente con la máxima potencialidad del actor particular.

Clase y poder devienen en elementos constituyentes de realidad, aunque sus contenidos dependerán de la posibilidad misma de que la utopía se convierta en realidad social, a través de la práctica de los sujetos sociales; lo que nos remite al problema de la amplitud que puede asumir la utopía.

[5] Agnes Heller y Ferenc Feher, *Anatomía de la izquierda occidental*, Barcelona, Ed. Península, 1985, p. 210.

En efecto, no necesariamente tenemos que pensar en una visión global sobre el futuro, ya que bien puede tratarse de simples prácticas rupturistas de las formas de hacer las cosas, como son, por ejemplo, las prácticas orientadas a resolver el problema de las necesidades cotidianas.

Pero la utopía puede también consistir en la ruptura de la identidad nacional impuesta por la historia oficial a los sectores subalternos. En este caso, reclaman su presencia, como utopía alternativa, las historias forjadas por los sectores subalternos.

Clase y poder sirven para delimitar situaciones en las que se pueda diferenciar lo que es el producto de acciones pasadas de lo que son las potencialidades en las que apoyarse para imponer una nueva dirección al cambio social. Por eso lo específicamente político del conocimiento consiste en destacar lo dándose sobre lo dado de la realidad dominante. Así es como al abordar el estudio de la historia observamos que ésta reconoce dos dimensiones fundamentales: lo que es producto de procesos y acontecimientos anteriores, y segundo, lo que es propio de la situación en cuanto contiene varias posibilidades de desenvolvimiento, susceptibles de activarse por las prácticas de los sujetos sociales.

De esta manera, la vida política en un país (en un momento cualquiera de su desarrollo) es a la vez el producto de la forma en que han podido sus fuerzas sociales transformarse en fuerzas políticas, y de cómo éstas pueden ser capaces de crear condiciones inéditas para la emergencia de nuevas fuerzas sociales. Una exploración desde la perspectiva de la dialéctica producto-potencialidad, permite delinear problemáticas que rompan con la tendencia a la cristalización del pensamiento. Por ejemplo, la naturaleza del régimen político, las características ideológicas y orgánicas de los partidos políticos, así como la dinámica del aparato estatal, son el resultado de largos y complejos procesos de construcción de los diferentes sujetos sociales; pero, a la vez, cada uno de estos "productos históricos" se caracteriza por contener diversas potencialidades de transformación que se manifiestan, muchas veces, en síntomas empíricos no siempre fáciles de interpretar.[6]

[6] Es así como los partidos políticos pueden ser multiplicadores sociales

Puede colegirse de lo anterior que lo político constituye una forma de pensar la realidad histórica según el modo como se ha ido estructurando la conciencia social, antes que desde cómo se muestra la morfología de la realidad social, o bien, restringirse el conjunto de tendencias que ya han cristalizado históricamente. Por el contrario, es una forma de pensar situada en la perspectiva de una exigencia de futuro que se quiere transformar en realidad concreta, de ahí que requiera de conceptos como proyecto y viabilidad por reflejar éstos una visión de la realidad como construcción. Efectivamente, la idea de la estructuración de la conciencia social involucra como dimensiones de la realidad a elementos que cumplen una función activadora o constructora de ésta. Por eso es que conceptos como clase y poder sean fundamentales en una concepción de la realidad como construcción de los sujetos sociales. No es ajeno lo que decimos a lo expresado por Habermas de que "las actividades sociales no son concebibles más que a partir del conjunto objetivo constituido por el lenguaje, el trabajo y el poder". Pero, más aún,

si las acciones que despliegan son adecuadas para movilizar los intereses que representan, lo que de ocurrir generará nuevas situaciones; pero también pueden limitarse los partidos a reproducir las condiciones de *statu quo* en que surgieron y se desenvuelven, en el caso de que sus acciones se disocien del carácter particular de los intereses representados.

Otro ejemplo puede ser el de los movimientos sociales cuya capacidad de impulsar transformaciones sociales reconoce diferentes dinamismos, según si se articulan con organizaciones políticas ya existentes, o bien, en el extremo opuesto, crean en remplazo de éstas nuevas formas de conducción política. La capacidad de la propia élite política para desencadenar procesos nuevos dependerá de que tenga o no la posibilidad de cooptación, lo que es consecuencia de su constitución histórica. Si pensamos en la burocracia, revistirá un carácter particular definir políticas frente a ella para el caso de limitarse a la función de administradora del Estado, que sí, además, cumple el papel de clase política.

Respecto de los mecanismos que sirvan para organizar el consenso, debemos considerar si éstos son parte de formas tradicionales ligadas con patrones culturales de raigambre vernacular, o bien se delimitan a ser expresión de normas jurídicas o administrativas, pues, en un caso y otro plantean situaciones problemáticas diferentes respecto de las posibilidades que den lugar a mecanismos alternativos para resolver los problemas de negociación entre fuerzas. De predominar el aspecto jurídico-formal, será una situación más flexible de transformarse que si los mecanismos de negociación se encuentran enraizados en la tradición cultural de un pueblo.

lo anterior significa que son parte de la objetividad cuando ésta se concibe como construcción. Lo que plantea el problema de la demarcación entre realidad objetiva e ideología por ser ésta componente de aquélla. La objetividad desde el punto de vista de la subjetividad social se tiene que replantear como viabilidad.

En realidad, si lo que importa es la capacidad de reconocer horizontes históricos (de manera de ver la potencialidad de la realidad) nos obligamos a incorporar la dimensión volitivo-social en el estudio de las dinámicas sociohistóricas. El análisis de las situaciones históricas incorpora la voluntad, ya que la conciencia deja de ser el reflejo de las tendencias históricas para transformarse en la capacidad para reactuar sobre lo inmediato. Se puede afirmar que la voluntad para construir la realidad equivale a una predicción, en cuanto contribuye a potenciar la realidad para acelerar su desarrollo en el tiempo, como también a hacer más complejos sus contenidos sociopolíticos, en la medida en que contribuye a ampliar el espacio de las prácticas posibles.

En este sentido, la globalidad de la realidad se descompone en situaciones que contienen diferentes alternativas de construcción. Esto nos coloca ante la necesidad de concebir a la realidad, no sujeta a regularidades, sino como una construcción permanente de la utopía por los sujetos sociales, a partir de situaciones microestructurales no sujetas a regularidades, o a tendencias; pero en las que es posible determinar la posibilidad para avanzar según diferentes opciones. Desde esta multiplicidad de situaciones tiene lugar la reproducción de las estructuras globales, aunque también los esfuerzos por impulsar la construcción de la realidad.

La posibilidad de organizar un cuadro global de la realidad, dependerá de la capacidad para articular estas microsituaciones sometidas a procesos asimétricos de cambio. Lo cual no quiere decir, como piensa Foucault, que haya que fragmentar el objeto y el tiempo. No es que se precise un tiempo para cada formación cultural. El problema es cómo se articulan estos diferentes tiempos y procesos entre sí. Consideramos que la articulación no consiste en determinar las estructuras que subyacen a la diversidad de lo empírico, sino en reconocer a los sujetos sociales y a sus prácticas que

cumplen con una función de articulación. Son las prácticas sociales las que permiten avanzar en la dirección de un proyecto en el que cristaliza un orden político, creado desde una multiplicidad de situaciones microsociales.[7]

Limitación del método histórico-genético

La exposición anterior contiene una crítica al método histórico genético, en el sentido de privilegiar un principio de razonamiento basado en el imperativo histórico antes que en la determinación y extrapolación de regularidades. Con ello se pretende avanzar en un esfuerzo por encontrar una forma diferente de articulación entre lo necesario y lo aleatorio, entre lo reversible y lo irreversible.

El problema de la aleatoriedad, o del azar, en la realidad

[7] Ejemplifiquemos algunas de estas situaciones:

a) Una situación se puede caracterizar por el control de los sindicatos por los partidos políticos, mientras que otra se distinga por una falta de control de los sindicatos por los partidos. En la primera situación, los sindicatos pueden ser el producto de políticas de movilización, lo que determina una situación en la que las prácticas de los partidos son determinantes de la política sindical y, en consecuencia, éstas ejercen una influencia específica sobre el movimiento social que reconozca como su base a los sindicatos.

b) Otra situación estructural es la que resulta de un contexto en el que existe una alianza orgánica entre partidos políticos, en oposición a otro donde se observa la dispersión entre organismos. Si lo que se observa es una situación de dispersión, que se acompañe por una falta de control de los sindicatos por las organizaciones partidistas, la práctica sindical es determinante para la elaboración de cualquier proyecto, sin desconocer que los obstáculos para su implantación aparecen claramente identificables. Pero, si el contexto se caracteriza por la existencia de una alianza entre partidos políticos, acompañada de un control sindical por éstos, la posibilidad de formular un proyecto político con participación del movimiento sindical no reconocerá las trabas de la situación anterior.

c) Por último, otra situación es la que se caracteriza por la presencia de grupos empresariales vinculados con partidos, pero donde también se observa la existencia de una alianza entre partidos que ejercen control sobre el nacimiento sindical. Se plantea, entonces, una situación conflictiva si los partidos que controlan al movimiento sindical no son los mismos que ejercen control sobre los grupos empresariales. En este caso, resultará evidente la pugna entre partidos. Pero, en cambio, si se establece una alianza entre partidos, en el contexto de un control sobre el movimiento sindical y los

es un problema general de la ciencia que, especialmente en los últimos años, se ha convertido en un tópico de gran discusión. No solamente se ha rescatado la idea de que el determinismo es expresión de un "sutil antropomorfismo", sino, además, la "idea de las fluctuaciones o azar" y su relación con la "idea de evolución, o de irreversibilidad", han llevado a considerar que la propia vida es un accidente, una fluctuación, que por razones que no se conocen ha sido capaz de mantenerse. Lo que antes era considerado excepción, como son los procesos que implican azar o irreversibilidad, hoy se observa por doquier "el papel de los procesos irreversibles, de las fluctuaciones", en forma que cada vez menos se puede hablar de leyes inmutables, especialmente para una realidad que "parece pertenecer a esos complejos sistemas de azar intrínsecos para los que la irreversibilidad es significativa", determinando una limitación para la predicción del futuro.[8]

Sin embargo, en el tipo de análisis que nos preocupa la aleatoriedad asume una importancia particular, especial-

grupos empresariales, se puede anticipar la conformación de un gran movimiento social cuyas posibilidades dependen de que alcancen un cierto grado de consenso el movimiento sindical y los empresarios.

En una perspectiva menos conceptual y más histórica, se pueden encontrar ilustraciones de estas situaciones microestructurales como las siguientes:

En Colombia se puede constatar que la gente de izquierda, acostumbrada a un monopolio de la política de los sectores populares sostenida sobre una concepción de la política *separada* de la vida cotidiana, y dedicada exclusivamente a la lucha por la toma del Estado, desconfiara de movimientos que, como los barriales, luchan por los servicios de agua y de energía eléctrica, de vivienda o transporte, solidaridades que vienen de sus mundos —familiares, vecinales, étnicas, religiosas— y que desembocan en la construcción de una nueva identidad cultural... Vistas desde esos movimientos barriales algunas formas de conservación de su memoria y su moral adquieren una significación nada anacrónica y tampoco meramente folclórica, como la supervivencia de un sentido para la fiesta que, de la celebración familiar a la verbena del barrio, integra sabores culturales que subyacen en la llamada "economía informal", la que para los economistas es sólo un efecto del subdesarrollo, pero que, sin embargo, deja entrever todo lo que en las clases populares queda aún de rechazo a una organización del trabajo incompatible con un cierto "modo de vida" (Martín Barbero y Margarita Garrido, *op. cit.*).

[8] Ilya Prigogine, *¿Tan sólo una ilusión? Una exploración del caos al orden*, Tusquets Editores, 1983, pp. 18, 22 y 31.

mente por la idea de que la realidad es construida por los sujetos sociales.[9] En la historia (más aún en las ciencias naturales) no sólo se obedece sino que también se construye la realidad; esto es, se puede llegar a objetivar lo que es potencial. Desde este marco nos preocupa rescatar el carácter medular de conceptos como poder y clase.

El poder para influir refleja los modos de concreción histórica de la realidad social, por lo que debe descomponerse en dos dimensiones fundamentales: *i*) el poder como acceso a las instancias de decisión institucionalizadas; como espacio claramente demarcado desde donde los diferentes grupos sociales definen sus relaciones recíprocas, y *ii*) el poder como capacidad de creación de nuevas instancias de decisión; esto es, como rompimiento de las estructuras de dominación existentes.

Lo anterior guarda relación con diversos tipos de experiencias organizativas. El partido político y el sindicato son formas de poder mucho más compatibles con el orden social dominante, en tanto que los consejos obreros no lo son, ni siquiera normativamente; de ahí que su surgimiento pueda reflejar una crisis del Estado, marcando, además, un cambio de rumbo de las fuerzas políticas. Mientras que el partido y el sindicato equivalen a instancias de decisión que facilitan el acceso a centros de poder institucionalizados, los consejos son claras expresiones de creación de instancias de decisión antes inexistentes; por lo mismo, son manifestaciones de contrapoder mientras que el partido y el sindicato constituyen mecanismos de poder para hacer viable la participación en el marco del orden social establecido.

Desde otro ángulo, se puede decir que el poder que encarnan los sindicatos es expresión de una relación de fuerzas existente, mientras que los consejos expresan la potencialidad de nuevas fuerzas, aún no cristalizadas. Los partidos, por su parte, representan una situación de poder de carácter intermedio entre consejos y sindicatos, ya que su potencialidad de rompimiento de la estructura de fuerzas, consagrada en el orden político, puede agotarse en virtud de su propia

[9] Volveremos más adelante sobre el tema cuando tratemos la relación entre necesidad y aleatoriedad.

lógica burocrática interna que tiende a arraigarlo con este mismo orden.[10]

Pero ya sea como capacidad de utilizar o bien de crear instancias de decisión, el poder está condicionado por la existencia o ausencia de una voluntad colectiva, entendida ésta como articulación de prácticas en función de una finalidad que se comparta en el largo tiempo, la cual puede impulsarse mediante la presencia de un liderazgo, por la definición de una identidad cultural, o a partir del interés surgido de una situación compartida en el plano de la estructura productiva.

Conformada por voluntades colectivas, la realidad deviene en un conjunto de prácticas que se corresponden con la idea de construcción de fines colectivos, o sea, con la existencia de proyectos. Por lo tanto si pretendemos relacionar poder con clase, podríamos concluir que la realidad política equivale a una realidad potenciada en oposición a la realidad dada o cristalizada. La realidad se reduce a la posibilidad de que una fuerza se transforme mediante sus proyectos en una realidad compartida por todos los otros sujetos sociales. Ello es viable sólo si el proyecto es producto de un poder, que, a su vez, resulta de una voluntad colectiva. De esta manera la realidad deviene en una determinada articulación entre poder y voluntad colectiva.

La praxis y sus implicaciones epistemológicas

Fundamentar el análisis de la realidad histórico-social en el supuesto de que está sujeta a un progreso ineluctable permite que se pueda argumentar que la objetividad del conocimiento depende de que se construya desde la perspectiva de las fuerzas que empujan el progreso, donde el concepto de realidad objetiva se identifica con desarrollo progresivo. Cualquier intelectual que se diga portavoz de una fuerza so-

[10] Un ejemplo: la tendencia de los partidos (y en general de las alianzas políticas) encuadrados en la lucha por el gobierno, por los cargos parlamentarios, a atemperar su discurso político, sacrificando su vocación de cambio por la vocación de gobierno, lo que pudiendo justificarse por consideraciones tácticas, supone una pérdida de la capacidad para impulsar cambios debido a la menor convocatoria para la movilización social.

cial progresiva, más aún si estima que es de carácter orgánico, pensará que el conocimiento que construya desde esta óptica será forzosamente objetivo.

Pero si en oposición a lo anterior, el conocimiento se elabora desde el supuesto de que el desarrollo de la realidad no experimenta un desenvolvimiento que pueda predeterminarse, sino que constituye un campo abierto en el que coexisten varias posibilidades con la misma legitimidad (como lo son las tendencias evolutivas con otras de carácter involutivo), no será posible restringir el concepto de objetividad a la óptica de un único tipo de fuerza. En esta situación es decisivo el papel de la voluntad (social e individual) que se requiera para fijar el rumbo que tomará el desenvolvimiento de las cosas. Ya que negar la idea de progreso no significa la fragmentación de la sociedad en proyectos que en su disputa se puedan llegar a anular. Más bien significa colocar en el primer plano del debate la capacidad de reconocer horizontes históricos, de actuar sobre aquello de más potencial que se contiene en la realidad, la cual es reconocida desde la óptica de la dirección que se quiere imprimir a los procesos reales. De ahí que en sustitución de la idea de progreso cabe plantear la relación que se establece por los sujetos sociales entre opciones y campo de posibilidades en las que se pueda intervenir en favor de la opción preferida.

Por no ser el progreso una tendencia proyectable, sino en el mejor de los casos, una potencialidad, se plantea la necesidad de impulsar, no ya un determinado ritmo para el logro de una meta, sino el resurgimiento de una direccionalidad determinada, lo que exige un cambio en las formas de abordar la realidad. Ello no es sencillo de llevar a cabo, pues requiere, como ha sostenido Walter Benjamin en su *Tesis sobre la filosofía de la historia*, "desarticular el mito de la historia como cambio progresista", posición que aunque expresa el acto de conciencia de tener que enfrentarse con una realidad, rebelde, indócil, no muestra claramente una marcha fluida hacia estadios superiores de desarrollo.

Cuestionar la idea de progreso (como supuesto del razonamiento) significa hacerse cargo de la crítica a la concepción lineal de la historia, de modo de recuperar a la realidad como campo constituido por los sujetos sociales en su desen-

volvimiento concreto. No se trata de llevar a cabo una exaltación de la praxis, ni reducir la historia a ésta, pero sí de rescatar a la historia como construcción. Por lo mismo, los conceptos de poder y clase deben ser concebidos como instrumentos para transformar las potencialidades de opciones en una realidad sujeta a direccionalidades objetivamente posibles.

Desde la formulación de las *Tesis sobre Feuerbach* la discusión sobre la praxis se ha reducido al marco consignado en la *XI Tesis*, sin avances suficientes en la exploración de sus implicaciones gnoseológicas. El énfasis puesto en que la construcción del conocimiento debe tener lugar en el interior de los parámetros que impone la práctica social, no ha sido desarrollado, a pesar de estar implicando la idea de una construcción política del conocimiento. O sea, que éste no se circunscriba a la lógica de la explicación.

El tipo de conocimiento que buscamos es el adecuado para la construcción de la historia; por consiguiente está orientado a detectar los puntos desde los que se puede activar a lo social. De ahí que la aprehensión de lo real a que da lugar consiste en captar a la realidad en sus articulaciones sucesivas a lo largo del tiempo longitudinal y en la escala en que tiene lugar la intervención de la praxis. Más que circunscribirnos a la explicación, el conocimiento desde lo político nos remite a la problemática de la apertura hacia nuevos horizontes históricos, lo que requiere de una capacidad de pensar histórica más que de teorización, *strictu sensu*.

El pensar histórico se orienta hacia el reconocimiento de horizontes históricos (por lo que trasciende a los marcos de una elaboración conceptual orientada a reconocer en la realidad contenidos determinados), ya sea en términos de una teoría, o bien en función del carácter de la meta que se persigue, por lo que el signo ideológico (o valórico) de ésta define lo que se entiende como avance o retroceso. Planteamiento que refuerza el acto de potenciación de la realidad de forma en que emerjan de ella nuevos espacios para el despliegue de otras prácticas sociales. De ahí que el pensar histórico sea la capacidad teórica, pero además, volitiva, ideológica y emocional, para ubicarnos en una situación de creación his-

tórica, que por sí misma constituya una respuesta para enfrentarse, cotidianamente y con eficacia, y los procesos de reificación de la realidad, o bien de las estructuras teóricas que sirven para abordarla.

La potenciación de la realidad se cumple en los espacios de las microsituaciones, sin que ello signifique tomar a éstas como explicación del proceso general, pues ello equivaldría a una nueva fragmentación de la realidad. Lo que se plantea es determinar cómo la realidad se articula, o, de manera más particular, cómo los fragmentos son articulables en el todo constituido por la realidad histórica. Es más fácil elaborar un conocimiento que esté por encima de las limitaciones de lo cotidiano (de manera que lo percibido como dado pueda reubicarse en un contexto más amplio) que, a la inversa, hacerlo desde el interior de las microsituaciones, para así cumplir con la función de transformar lo percibido como dado, con base en la comprensión de sus mutaciones menores, no siempre aprendibles con claridad conceptual. Éste es un terreno de análisis fronterizo entre lo que propiamente corresponde al quehacer de la conciencia teórico-científica con lo que es el ámbito de la conciencia histórico-crítica.

Por consiguiente, afirmar que el conocimiento político pretende captar a la realidad en sus articulaciones sucesivas, a lo largo del transcurso histórico y a escala de la práctica, significa por ejemplo en el caso del estudio del Estado, atender a los procesos de articulación entre sus diversas formas burocráticas con las necesidades ideológicas, o entre estas últimas y las capacidades vinculadas con actividades económicas particulares, pero sin partir de una teoría general de la dominación sino desde las instancias en las que se materializan las prácticas sociales. Cabe preguntarse cómo el ejercicio de la función administrativo-burocrática se asocia con la elaboración (o rechazo) de visiones ideológicas, o en qué forma se establecen las relaciones para ejercer influencia con intereses económicos o sociales determinados, o bien, de qué manera en el ejercicio de un cargo político (diputado, senador) se conjuga la posición que se detenta con las prácticas asociadas a estructuras informales de poder, etc. En esta línea de reflexiones es importante reafirmar la exigencia de que todos los análisis deben llevarse a cabo en

el marco de las microsituaciones delimitadas por las prácticas sociales determinadas, que en general responden a los tipos básicos de exigencias: las de inserción en el proceso productivo o trabajo y las de poder o de proyectos de sociedad.

El remplazo de la idea de progreso

Cuando se rompe con la idea de progreso, el conocimiento requiere ser capaz de situarse en ese punto de inflexión creadora de las rupturas con lo devenido, "en la línea divisoria entre el 'ahora' y la posibilidad de un futuro radicalmente diferente". En esta circunstancia el conocimiento es parte del esfuerzo por incorporar una voluntad de hacer, asimilando lo potencial de la realidad aunque sólo sea como esperanza, sin caer en la aceptación de lo dado como lo real, de lo viable como lo posible, dejando de lado la construcción de lo posible. El futuro, entonces, es un indeterminado que se lucha por determinar según la concepción que se tenga del mismo y de las prácticas en que esta concepción se traduzca.

Transformados los conceptos de poder y clase en instrumentos para construir opciones viables, se plantea la exigencia de determinar a la realidad mediante prácticas y romper con la regularidad unilineal de la historia, abriendo en cambio su desarrollo en varias direcciones, lo que no puede interpretarse como sinónimo de que sea una porosidad amorfa, pues se trata solamente de destacar el predominio de lo posible sobre lo dado.

El planteamiento de la regularidad histórica cuando es llevado hasta extremos reduccionistas implica limitación como espacio para los sujetos sociales. Por el contrario, cuando se conceptualiza la historia, desde la perspectiva de los sujetos; por la idea de regularidad, se enfatiza la de potencialidad, que, en tanto referida a una recuperación del horizonte histórico posible, no es contradictoria con el planteamiento de la historia como regularidad. La idea de un espacio en el que los sujetos sociales desplieguen sus capacidades constructoras, se corresponde con el planteamiento de las opciones mediante las cuales tiene lugar la construcción de los sujetos. Opciones que no son posibles de una fácil teo-

rización por estar ubicadas en el umbral de los valores y de la ideología. Lo que puede teorizarse es la transformación que resulta de las prácticas de los sujetos, en cuanto se plasma en proyectos que imponen una dirección a la realidad.

En consecuencia, la construcción de los sujetos no puede enmarcarse en el concepto de verdad, posible de aplicarse a estructuras conceptuales según sea su correspondencia con una realidad externa. Más bien se plantea que la "correspondencia" con la realidad reconoce una compleja variedad según el número y naturaleza de los sujetos existentes.[11] La multiplicidad de proyectos, que se contienen en la realidad, se relaciona con una potencialidad de construcciones posibles, desplazando la idea de que la historia es la versión de un solo sujeto dominante. Pero colocarse ante una multiplicidad de direcciones no significa que las utopías de los sujetos particulares carezcan de un contenido concreto. El problema reside en la construcción misma, no en la opción ideológica. Por eso mismo, es importante hacer esta distinción, ya que es frecuente que partiendo de la premisa de que hay multiplicidad de proyectos se concluya con la ambigüedad de los mismos, hecho que se debe al error de confundir lo que es la definición ideológica de una opción con la problemática de su construcción.

La opción es una versión de la verdad en términos de la lógica de la viabilidad; implica por lo tanto un concepto abierto de la realidad y, en consecuencia, una pretensión plural de lo que es verdadero. "Mientras que en las ciencias naturales una teoría nueva confirma su pretensión de verdad descartando e invalidando todas las teorías anteriores, cuando se trata de comprender a la sociedad este proceso de descarte e invalidación dista mucho de ser tan nítico."[12]

La razón de esto estriba en que, situados en el contexto de tener que alcanzar finalidades ideológicas y morales, no es

[11] "Si no hay sólo un juicio verdadero sino varios, ¿por qué no declarar que todos los juicios que sirven a la inclinación, el talante y tal vez hasta los intereses de un actor social son verdaderos?" (Agnes Heller y Ferenc Feher, *op. cit.*, p. 123).

[12] A. Heller y F. Feher, *op. cit.*, p. 123.

posible hablar de un punto, sino de un campo de alternativas dentro de las cuales la decisión (opción) es correcta.[13]

La lógica de construcción de la realidad produce como resultado una ampliación de la realidad histórica al concebirla como una problemática. En la medida en que la práctica social amplía los espacios en que se desenvuelve, la realidad se ramifica en mayores niveles. De lo que se desprende que lo que en un primer momento era considerado como una estructura explicativa, con fuertes rasgos reduccionistas, se transforma en una visión problematizadora y articuladora de planos de la realidad en una forma abierta. De esta manera la realidad plantea una doble exigencia: por una parte, la de explicar (ángulo propio de la economía política); de otra la de potenciar (ángulo propio de lo político). Es lo que ha sucedido, por ejemplo, con el problema del Estado que comienza a dejar de ser concebido en términos estrictos de una lógica explicativa (en tanto mera superestructura de la base económica) para transformarse en un campo problemático que incluye dimensiones de la vida social que la ortodoxia no había considerado, o bien, que había relegado a una calidad subordinada o de derivación. En el primer caso el fenómeno del Estado se reduce a objeto de la economía política; en el segundo, su problema es subordinado a la lógica de constitución de voluntades colectivas y de proyectos mediante los cuales se trata de imponer utopías de sociedad.

La construcción de proyectos de sociedad contribuye a especificar a lo real como el contexto en el que pueden surgir voluntades sociales. "El moderno príncipe, el mito-príncipe,

[13] Un ejemplo histórico puede estar representado por la polémica entre Lenin y Kautsky, en relación con la naturaleza del proyecto de poder por el que luchaban los bolcheviques. Una estrategia de lucha se orientaba hacia un tipo de gobierno, como señalaba Lenin, "dispuesto a hacer concesiones al proletariado", en oposición a lo que los bolcheviques propugnaban, que se materializaba en la "destrucción del toda la vieja máquina estatal para que el mismo proletariado sea gobierno" (Lenin, *Estado y la revolución*, Moscú, Ed. Progreso, vol. 2. p. 387); el otro ejemplo se contiene en el análisis de Gramsci sobre el Estado burgués italiano, en cuanto le interesa analizar el proceso de creación y conversión de dicho ordenamiento, porque a través de este análisis podrá ser resuelto el problema de su destrucción mediante la labor ideológico-práctica de la clase (A. Gramsci, *op. cit.*, p. 17).

no puede ser una persona real, un individuo concreto; sólo puede ser un organismo, un elemento de sociedad complejo en el cual comienza a concretarse una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción."[14] Para Gramsci, la primera célula en la que se resumen los gérmenes de voluntad colectiva que tienden a devenir en lo universal y total, es el partido político. Sin embargo, simultáneamente con ser el contexto potenciador, la realidad constituye la materia de esas voluntades constructoras de realidad.

Así, por ejemplo, es en las agresiones e imposiciones del imperialismo y el colonialismo interno, en donde se encuentra la raíz misma de las utopías nacionalistas. Éstas expresan las reivindicaciones y aspiraciones de los grupos o sectores sociales que han sido los perdedores en el contexto de una estructura social, política e ideológica, funcionales para la lógica imperial. Se puede ilustrar con los casos históricos de muchos países latinoamericanos (Cuba, Panamá, Perú, y de manera espectacular y dramática, con Nicaragua). La realidad se abre a la exigencia de nuevas visiones, conocimientos y prácticas sociales, enriqueciendo a los sujetos (sociales e individuales) que son protagonistas de sus construcciones históricas. La revolución deviene en poder y conciencia, pues necesariamente tiene lugar tanto en el plano de las estructuras que configuran un estilo de desarrollo, como en el de las personas. La razón humana se enfrenta al imperativo de asumir una función crítica, de forma de evitar que, en el caso de fracasar en su esfuerzo por impulsar una revolución total de las estructuras sociales y económicas, reproduzca las características de esas mismas estructuras. La crítica, por lo tanto, viene a ser la forma de conciencia abierta a las transformaciones de la realidad, capaz de ampliar sus contenidos con nuevas necesidades, objetos y horizontes. En última instancia es la transformación de los contenidos conocidos y asimilados como ideas comunes y experiencias como punto de partida de nuevos contenidos. Todo lo cual se podría sintetizar en aquello que se ha dicho acerca del intento de Adorno por revolucionar la filosofía: el resistirse a repetir

[14] A. Gramsci, *op. cit.*, pp. 27-28.

en el pensamiento las estructuras de dominación y reificación que existen en la sociedad.

II. SOBRE LA UTOPÍA

El rescate de la voluntad colectiva y de sus prácticas plantea a la historicidad y a la subjetividad como dos dimensiones que, en su articulación, configuran a la realidad como proyectos de vida. En este marco de apropiación de la realidad, hay que discutir el problema de la utopía, a su vez estrechamente vinculado con los valores.

Como horizonte de futuro la utopía cumple la función de orientar la construcción de opciones, cometido, propio del quehacer político. La utopía exige ser construida, oponiéndose a cualquier concepción fatalista o mítica de la historia; por lo mismo supone un concepto abierto y problemático de la historia, que por lo tanto, se corresponde con la ruptura del orden existente como forma cultural permanente que, además, es aceptada como natural expresión de las necesidades básicas y permanentes del individuo. Así por ejemplo, la experiencia de la Unidad Popular en Chile, más allá de introducir un cambio en el modelo de desarrollo y de las bases del poder, cuestionó al orden establecido provocando con ello un cambio brusco en la percepción de las posibilidades. La historia dejó de ser un orden previsible para transformarse en un horizonte de posibilidades insólitas. Posibilidades que podrían transformarse en realidad tan real como la de la utopía dominante.[15]

En este sentido, la construcción de la utopía establece una línea divisoria entre lo dado del presente y lo que pueda darse como futuro, pues efectivamente nos coloca en el marco

[15] "De pronto, entonces, todo fue posible: que las masas ocuparan las calles de la ciudad como espacio propio; que las viejas formas de cortesía y respeto se vinieran al suelo; que la noción de la propiedad perdiera su aura; que los jóvenes más pobres imaginaran un futuro radicalmente distinto. . ." (José Joaquín Brunner, "Chile: entre la cultura autoritaria y la cultura democrática", 1986, p. 6, mecanografiado).

de la discusión acerca de la capacidad de percibir opciones y en el de la posibilidad de su construcción como las situaciones desde las cuales se construye el futuro. Sin embargo, las opciones guardan relación con el esfuerzo de rescatar el movimiento de la realidad cotidiana, el cual define la base desde la que pensar la realidad compuesta de procesos con diferentes ritmos temporales y escalas espaciales.

En realidad, los microespacios y microtiempos son los marcos definidos por las situaciones en las que se actúa, se asumen iniciativas, impulsan alianzas y revisan los resultados de acciones anteriores para proceder a readecuarlas en sus métodos y objetivos; o bien, para ser ratificadas por los actores en su diario afán por hacerse de un destino. Surge, de este modo, como evidente que el pensamiento no puede sólo estructurarse en el plano de la abstracción donde las ideas alcanzan su mayor consistencia, por corresponder a los hechos y sucesos que ya han cristalizado.

Por el contrario, tenemos que abocarnos a una realidad abigarrada de hechos, heterogénea, difusa en sus perfiles, difícil (o imposible) de organizar en esquemas coherentes, realidad en gran medida imprevisible, en la que lo necesario y lo casual coexisten y se articulan conformando una realidad que es el objeto de nuestro quehacer constructor de utopías. Es el movimiento molecular de la realidad donde se entrecruzan muchos tiempos y espacios.[16]

[16] Idea que puede servir de base para una crítica a numerosos enfoques sobre los movimientos sociales. Nos permitimos incorporar la siguiente cita textual de Gramsci: "El error en que se cae frecuentemente en el análisis histórico-político consiste en no saber encontrar la relación justa entre lo orgánico y lo ocasional. Se llega así a exponer como inmediatamente activas causas que operan en cambio de una manera mediata, o, por el contrario, afirmar que las causas inmediatas son las únicas eficientes. En un caso se tiene un exceso de 'economismo' o de doctrinarismo pedante; en el otro, un exceso de 'ideologismo'; en un caso se sobreestiman las causas mecánicas, en el otro se exalta el elemento voluntarista e individual. La distinción entre 'movimientos' y hechos orgánicos y de 'coyuntura' u ocasionales debe ser aplicada a todas las situaciones, no sólo a aquellas en donde se verifica un desarrollo regresivo o de crisis aguda, sino también a aquellas en donde se verifica un desarrollo progresivo. El nexo dialéctico entre los dos órdenes de movimiento, y, en consecuencia, de investigación, es difícilmente establecido con exactitud; y si el error es grave en la historiografía, es aún más

El movimiento molecular de la realidad se encuentra centrado en una subjetividad en constante proceso de transformarse en historia, mediante la capacidad para crear proyectos de futuro y de llevarlos a la práctica. Es una dinámica que descansa en la posibilidad de que los sujetos se transformen dentro de una orientación "intelectual y moral" susceptible de ser aceptada y asumida por los otros actores, colocados en la perspectiva de una continuidad histórica (que Gramsci llamó "espíritu estatal"). Todo lo cual consiste en la transformación de la subjetividad en realidad histórica, que obliga a romper con ese fetichismo de la relación entre el individuo y los organismos sociales. En efecto, el individuo espera que el organismo actúe aunque él no lo haga, y no reflexiona que por ser la suya una actitud muy común el organismo es necesariamente inoperante";[17] disociación que lleva a pensar al individuo que, en virtud de observar que a pesar de su pasividad ocurren cosas, por encima existe "la abstracción del organismo colectivo, una especie de divinidad autónoma, que no piensa con ninguna cabeza concreta, pero que sin embargo piensa, que no se mueve con determinadas piernas de hombres, pero que se mueve".[18]

Se refuerza de esta manera una concepción determinista y mecánica de la historia que disuelve al movimiento molecular en el esquema orientado a reflejar las tendencias transhistóricas, relegando a un plano secundario para el análisis social "la transformación total y molecular de los modos de pensar y de actuar". La razón es que para dar cuenta de los nexos dinámicos entre los planos micro y macrosociales se requiere de una "concepción del mundo que sea capaz de crecimiento en cuanto históricamente necesaria". A diferencia del mito, la utopía reconoce esta moldeabilidad de la historia, pues como sostiene A. Heller, "una utopía no resulta dañada, y menos aún destruida, por la sustitución por otra siempre que la nueva demuestre racionalmente ser más verdadera, mejor o más viable. Quienes conciben el socialismo como una utopía y no como un mito,

grave en el arte político, cuando no se trata de reconstruir la historia pasada sino de construir la presente y la futura" (A. Gramsci, *op. cit.*, p. 68).

[17] A. Gramsci, *op. cit.*, pp. 192-193.

[18] *Ibidem.*

están siempre dispuestos a la discusión racional, en oposición a quienes lo sostienen en calidad de mito".[19]

Así es como la conciencia se ensancha en correspondencia con el proceso histórico, ya que la dialéctica incorporada a la construcción utópica se manifiesta en un campo social de acciones cada vez más complejo y desafiante; también en una ampliación de la capacidad de los sujetos (sociales e individuales) para poder reactuar sobre sus circunstancias. De esta manera, cada vez más la historia deviene en contenido de conciencia, y a la inversa, cada vez la conciencia individual es más histórica.

Valores y utopía

La recuperación de la subjetividad en la historia, y de ésta en aquélla, remite a la discusión de los valores y a los criterios de evaluación de las acciones que impulsan los sujetos sociales. Se puede retomar la vieja discusión weberiana sobre la ética de la responsabilidad; el problema de los tipos de responsabilidad que se corresponden a los tipos de conciencias.

La primera responsabilidad del actor de acciones políticas es reconocer y en seguida definir opciones, lo que requiere que se tenga conciencia del momento histórico y no sólo información. La segunda responsabilidad es determinar la viabilidad de las opciones, o sea la transformación de la utopía en políticas que contribuyan a su construcción, lo que exige de una cierta capacidad teórica que traspase el umbral de los simples principios normativos. En ambos tipos de responsabilidad la utopía cumple una función.

El momento del reconocimiento de opciones se constituye en una exigencia de potenciación de la realidad, mientras que el momento de determinar la viabilidad de aquéllas, la utopía cumple la función de regular las acciones políticas. En ambas situaciones se requiere de una capacidad de apertura a la realidad que rompa con la inercia que refuerza a los procesos de reificación de las estructuras sociales.

De ahí que al proceso revolucionario haya que entenderlo

[19] A. Heller y F. Feher, *op. cit.*, p. 60.

como una conquista simultánea de poder y de conciencia, a la vez construcción de opciones (en la situación que determina el conjunto de las relaciones sociales) e incremento en la cantidad y calidad de la conciencia disponible. Es por lo tanto fundamental luchar en contra del "bloqueo de la fantasía", tomando en cuenta cómo la inercia de las microsituaciones estructurales puede influir negativamente sobre los procesos globales. Por sobre lo político, adquiere importancia decisiva en esta discusión el sistema de necesidades, que conforma el comportamiento y aspiraciones de los hombres.

Sobre el sistema de necesidades

La constitución de los sujetos sociales está estrechamente relacionada con el modo en que los individuos forman parte de los procesos macrosociales. Por esta razón se debe considerar el plano de la vida cotidiana en que se desenvuelven los hombres y preguntarnos acerca del papel que ésta cumple en el desarrollo de los procesos macrosociales.

En este sentido debemos preguntarnos acerca de cómo se relaciona con los proyectos sociales el modo como los individuos resuelven su vida cotidiana; esto es, de qué modo satisfacen sus necesidades, que son los mecanismos reproductivos tanto del individuo en su condición psicobiológica como social.

El carácter y dinámica de la vida cotidiana dependen de la naturaleza que reviste el sistema de necesidades, que como sistema que reconoce posibilidades de transformación está sometido, por una parte, a la capacidad que existe para satisfacer las necesidades, según sea el acceso diferencial a bienes y servicios, y por la otra, al código cultural que define los usos y valores que rigen la percepción y jerarquización de las necesidades. Este código se relaciona con diferentes proyectos de vida, en cuanto son expresión de un estilo rutinario de resolver los problemas de la vida cotidiana, o bien, en contraste, que contenga soluciones alternativas en la forma de abordar la resolución de las necesidades y por lo tanto de impulsar proyectos de vida que sean diferentes a lo que habitualmente es aceptado como legítimo por la tradición.

Estamos de acuerdo con A. Heller cuando, al tratar de

contestar la pregunta ¿por qué habría de sobrevivir el capitalismo?, observa que "el nivel y la estructura actuales de las necesidades humanas crean un espacio social para el capitalismo que no ha sido cuestionado hasta ahora". De manera que solamente se podrá alcanzar un "menor espacio legítimo" para el capitalismo si somos capaces de "cuestionar las necesidades que el capitalismo genera y satisface".[20] En realidad, en el sistema de necesidades se encuentra el fundamento mismo de la dinámica económica y social en que se apoya la conciencia social de los hombres; de ahí que si pretendemos que se genere una conciencia histórica capaz de vislumbrar alternativas debemos saber y poder reformular al mismo sistema de necesidades.

Las necesidades (su estructura y funciones) constituyen el meollo en torno del cual se plasma el espacio de lo político, porque este último representa el despliegue y repliegue sociohistórico, los avances y retrocesos del sustrato dinámico en que consiste el sistema de necesidades. Desde esta perspectiva se tiene que analizar el papel que cumple el mercado en cuanto a las posibilidades de cambio de la sociedad, ya que facilitará o bien obstruirá la constitución o emergencia de sujetos capaces de plantear alternativas que rompan con el bloque social e ideológico hegemónico. El mercado, a través de la oferta de objetos que se producen porque existe la necesidad de los mismos, refuerza al sistema de necesidades dominantes y, por su intermedio, a todo el edificio social y cultural. Es el riesgo del instrumento del mercado en una etapa de transición.

Si el sistema de necesidades es el meollo que sirve como eje para la estructuración del espacio de lo político, es importante entender su dinámica psicocultural, lo que excede a los límites del presente trabajo.[21]

Consecuente con lo anterior, lo político es la realidad como contenido de una voluntad social posible, voluntad social que experimenta un proceso histórico de constitución en el transcurso del cual puede asumir diferentes formas de

[20] A. Heller y F. Feher, *op. cit.*, pp. 157-158.

[21] A este respecto nos permitimos señalar una investigación realizada en El Colegio de México sobre el tema: Hugo Zemelman, *Conocimiento y sujetos sociales*, México, 1987.

expresión. En general, la voluntad social ha experimentado un desenvolvimiento desde formas esporádicas (como fueron las rebeliones de esclavos, herejías, sectas y sublevaciones campesinas), hasta los movimientos obreros, capaces de proyectarse en organizaciones estables como los sindicatos, aunque son los partidos, con su ideología y programas, su mejor proyección en el tiempo, lo cual es parte de un desarrollo histórico cuyo rasgo distintivo es, como ha observado Hobsbawm, el surgimiento de la conciencia política.

El proceso de construcción de estas voluntades sociales tienen lugar en el marco conformado tanto por la regularidad a que está sujeto el desarrollo de las relaciones de producción, como por las opciones desde las que es posible darle una dirección al desenvolvimiento histórico.[22]

En esta perspectiva, la mayor atención del esfuerzo analítico tiene que estar concentrada en el reconocimiento de la posibilidad más viable de transformar a una voluntad en realidad histórica, para lo cual debe establecerse el nexo que vincule una utopía con la potencialidad que se contiene en la realidad en un momento histórico determinado.

No es suficiente reducir el análisis de la realidad a un modelo teórico previamente definido, de manera que a partir de las relaciones de producción se derive la existencia de las clases y su producto, la lucha de clases. Es necesario reformular el planteamiento de lo que Thompson ha definido como marxismo newtoniano, en el sentido de que las clases

[22] Un ejemplo de lo que decimos se puede encontrar en el análisis de E. Thompson sobre la sociedad inglesa del siglo XVIII: "Al analizar las relaciones *gentry-lebe*, nos encontramos no tanto con una reñida e inflexible batalla entre antagonismos irreconciliables, como con un 'campo de fuerza' societal. . ." Así es prácticamente como veo yo la sociedad del siglo XVIII, con una multitud en un polo, la aristocracia y la *gentry* en otro, y en muchas cuestiones, y hasta finales del siglo, los grupos profesionales y comerciantes vinculados por líneas de dependencia magnética a los poderosos o, en ocasiones, escondiendo sus rostros en una acción común con la multitud. Esta metáfora permite entender no sólo la frecuencia de situaciones de amotinamiento (y su dirección), sino también gran parte de lo que era posible y los límites de lo posible más allá de los cuales no se atrevía a ir el poder (E. Thompson, "La sociedad inglesa en el siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clase?, en *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Ed. Crítica, 1984, pp. 40-41).

"luchan porque existen, en lugar de surgir su existencia de la lucha";[23] lo que obliga (colocados en el corte del análisis del presente) a trasladar el análisis de la simple reconstrucción de la dinámica de desarrollo de las formas de producción y de las relaciones de producción, a la cuestión de la dirección que toma la realidad como campo de fuerzas. Un campo de fuerzas no puede deslindar su contenido, como producto histórico genético, de lo que contiene como potencialidad de desarrollo, en función de la dinámica a que da lugar la relación entre las fuerzas en el proceso mismo de su interacción. Sin embargo, pensar en la direccionalidad de los procesos nos plantea el problema de la relación que se establece entre la naturaleza de los sujetos sociales y su potencialidad para construir una realidad en una dirección u otra. Debemos cuidarnos de incurrir tanto en los apriorismos teóricos como en los ideologismos, pues en ambos casos se termina por atribuir a determinados sujetos sociales un comportamiento predeterminado,[24] en vez de llegar a determinar, en el marco definido por las opciones reconocidas, las posibilidades más viables para crear una realidad histórica que sea congruente con una voluntad social en proceso de desenvolvimiento.

En este sentido el socialismo vendría a ser el producto del capitalismo en cuanto las determinaciones estructurales (contradicciones en el nivel de las relaciones de producción-

[23] E. Thompson, *op. cit.*, p. 38.

[24] Algunos ejemplos los podemos encontrar en E. Hobsbawm: "Normalmente podrá considerarse que la turba es reformista, en cuanto pocas veces concibió, si es que jamás lo hizo, la edificación de un nuevo tipo de sociedad, cosa muy distinta de la enmienda de anormalidades y de injusticias insertas en una vieja organización tradicional de la sociedad. No obstante la turba era perfectamente capaz de movilizarse detrás de jefes que sí eran revolucionarios, aunque no se percatase del todo de las implicaciones de ese su carácter revolucionario, y debido a su carácter urbano y colectivo estaba familiarizada con el concepto de la 'toma del poder' [. . .] Pese a que no existe razón alguna *a priori* por la que los movimientos obreros religiosos no puedan ser revolucionarios, como de hecho han sido algunas veces, hay algunas razones ideológicas y más razones sociológicas por las que las sectas obreras tienden a llevar la impronta reformista. No cabe duda de que las sectas obreras [. . .] han dado pruebas de alguna resistencia a acoplarse a los movimientos revolucionarios, aun cuando siguieran generando revolucionarios individuales" (E. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Ariel, 1983, pp. 18-19).

fuerzas productivas) estén mediadas por un campo de opciones que constituye la base desde la cual, si existe una voluntad con proyecto para avanzar, se puede llegar a plasmar una direccionalidad a la realidad como campo de fuerzas, en la perspectiva de una utopía socialista. El campo de fuerzas tiene que ver con el modo como los individuos se apropian de un momento histórico, con base en una serie de experiencias sociales, experiencias que constituyen fragmentos de la realidad determinados por los microdinamismos de las necesidades, y que mediante su satisfacción se reproduce biológica, social y culturalmente.

Esta situación, que articula elementos macro y microsociales, tiene lugar la posibilidad de utopías o proyectos para interpretar la situación vivida. Podemos hablar de la transformación de la utopía en historia con base en su articulación en una situación de presente; pero, a su vez, la utopía para potenciar a la realidad del presente debe consistir en el esfuerzo por construir la realidad histórica, en vez de limitarse a fijar un modelo de futuro, con base en la convicción de que el cambio histórico tiene lugar por sí mismo, pues en este caso se separa el futuro del presente, con lo que se da por supuesto que la realidad se mueve inexorablemente hacia el modelo. Aunque, a la inversa, también se puede considerar que por no estar sujeta la realidad a un desarrollo regular que la aproxime al futuro que se conciba como deseable, cualquier esfuerzo por construirla se circunscribiría a un voluntarismo a-histórico. De ahí que pensemos que la utopía constituye un ángulo de lectura de la realidad del presente para poder desentrañar, desde su perspectiva, los elementos de potencialidad que contenga. Así, por ejemplo, la definición preliminar de revolución como cambio social sólo tiene sentido si definimos adecuadamente a qué tipo de cambio aludimos con ello y si aclaramos con precisión qué ha cambiado. Parece indudable que la visión de la realidad está siempre mediada por una óptica revolucionaria, reformista, o bien conservadora, hasta el grado de producirse un cierre que impide que los que adoptan una óptica puedan entender la objetividad de los que se ubican en la otra. No depende de que la utopía sea realizable o no para avanzar en la compren-

sión de que la realidad pueda asumir otra dirección de desenvolvimiento.

La cuestión se puede también plantear diciendo que no es posible identificar condiciones estructurales que hagan factible una utopía con la idea de un destino inexorable. La utopía tiene que permitir reconocer las condiciones de su viabilidad, o en su defecto, de transformarse. La idea de futuro se concretiza en una idea de presente, pero no solamente como campo de fuerzas cristalizadas como productos de un proceso, sino como campo de opciones. Las opciones no refieren a un esfuerzo por transformar a valores en una realidad problemática susceptible de ser traducida en prácticas.

De acuerdo con lo anterior, se plantea transformar a los valores en un futuro que sintetice la superación del presente desde la perspectiva de un sujeto social, rompiendo con la idea de que la situación presente se proyecta hacia el futuro en forma de destino. Desde el punto de vista de la conciencia (cognoscitiva y política), la tarea consiste en saber transformar a los valores, que conforman una opción, en contenidos problemáticos para, de ese modo, abordar su transformación en políticas viables. La idea de aspiración colectiva, sintetizada en una voluntad en constante proceso de formación histórica, y que se extiende en el tiempo a través de proyectos, remplaza a la idea de inexorabilidad histórica.

En esta línea de argumentación, la teorización del campo de lo político se refiere a las opciones, lo que exige convertir en objeto de teorización al quehacer de la voluntad social, que por cierto, asume un carácter incierto. Ésta es la razón para hablar de opciones, pues representan distintos modelos de articulación entre presente y futuro según la naturaleza de los sujetos sociales.

Pensar en opciones es concebir al presente desde el futuro, y al futuro desde el presente, sin condicionamientos rígidos, sino exclusivamente con los que resulten de saber conjugar con estas dos dimensiones de la realidad, lo que dependerá de la capacidad para identificar los nudos reales desde los cuales poder dinamizar a la totalidad social.

Para alcanzar este reconocimiento se tiene que mirar a la realidad histórica desde un concepto utópico del mundo (esa concepción de mundo con capacidad de crecimiento históri-

co, como planteaba Gramsci), en cuyo marco se ubiquen las percepciones y las experiencias tanto teóricas, como cotidianas. Debemos insertarnos en la realidad siguiendo los lineamientos de una visión del mundo, como anticipación del futuro, más que según los requerimientos de una teoría, para ser capaces de apropiarnos de la realidad a través de su construcción, de manera que, como resultado de esta apropiación, se pueda ir transformando en realidad material la utopía que nos inspira y orienta. Como decía Whitehead "separad el futuro, y el presente se derrumbará, despojado de su contenido".

La exigencia de luchar por transformar la utopía en historia supone una realidad conformada por hechos creados y sueños propios de sujetos sociales diferentes, cristalizando el ámbito donde se produce la relación entre lo que es necesario y lo que es casual en el desarrollo histórico. Y que se corresponde con una forma de conciencia cuyo contenido es más complejo que el de la conciencia teórica, ya que incorpora formas de aprehensión de la realidad en las que no es fácil discernir entre lo que es posible y lo simplemente deseable. Esta forma de conciencia es la conciencia histórica que permite insertarnos en nuestro mundo de circunstancias, transformando, como diría Heller en su *Teoría de la historia*, "en conocido lo desconocido, en explicable lo inexplicable, y reforzando o alterando el mundo mediante acciones significativas de diferente naturaleza". O sea, transformando a la realidad en un horizonte histórico.

El concepto de horizonte histórico

El desarrollo teórico del marxismo no puede separarse de una visión histórica y práctica relacionada con el desenvolvimiento del movimiento obrero, visión que por supuesto no tiene que ver con un objeto teórico formal como puede serlo la generación y apropiación de plusvalía. Es esta dimensión histórica la que ha llevado a algunos a hablar de la "excesividad o aberración del programa de conocimiento marxiano".[25]

[25] Manuel Sacristan, "El trabajo científico de Marx y su concepto de

Visión histórica que no se trata de concebir en el mismo plano en que se puede hablar de las relaciones entre metafísica y ciencia (la cual, por otra parte, ha sido muy fecunda para la ciencia de Marx), sino del papel que en general cumple lo histórico como parte de la teoría. Pero lo histórico no como parámetro que define la validez de una teoría, sino como el marco desde el cual ésta se puede interpretar, en la medida en que concordemos que la situación histórica no queda necesariamente incorporada en los contenidos teóricos que se elaboren. El contenido general de una teoría asume un contenido específico según sea el momento histórico. Marx (con motivo de observar que es una determinada producción y sus relaciones las que asignan a las demás producciones y sus relaciones su rango e influencia), hablaba de esa "iluminación general en la que se mezcla con los restantes colores y que modifica sus tonalidades específicas", lenguaje metafórico que es el que algunos autores, como Thompson, prefieren "a un lenguaje estructuralista más objetivo y de apariencia tan objetiva" para dar cuenta de la historicidad de un contenido teórico.

Reconocer lo específico es imposible si no ubicamos históricamente al fenómeno y dejamos de verlo solamente como un eslabón de una acumulación teórica. El desafío es resolver acerca de su especificidad mediante la lectura histórica de la teoría; lo que no puede confundirse con el carácter histórico de la teoría. Toda teoría es histórica en cuanto se construye en condiciones particulares, pero esto no resuelve lo que concierne a su lectura histórica. Esta última constituye una hermenéutica de la historicidad de la teoría, pero además, refleja una necesidad histórica que es condición de la propia construcción teórica, ya que constituye el punto de arranque de la teorización, y también, su contexto complejo que no está incorporado al contenido de las proposiciones teóricas, pero que sirve de marco para determinar su significación específica. Es lo que llamamos horizonte histórico.

En el esfuerzo por definir su contenido al concepto, se

ciencia", en *Sobre Marx y marxismo*, Barcelona, Panfletos y Materiales I. Icaria, Ed., 1983, p. 345.

puede partir de análisis históricos concretos en los que se pueden apreciar observaciones y afirmaciones relativas a hechos y sucesos que son parte de este horizonte histórico. Hechos o sucesos de un espacio histórico que viste una cierta homogeneidad y estabilidad en su decurso temporal. Se puede hablar de un campo de fuerzas centrado en la reproducción de la fuerza social dominante, que como tal, imprime una fisonomía a ese campo de fuerzas. La tónica dominante a partir de una fuerza, o alianza de fuerzas, se difunde a todas las otras fuerzas, y en consecuencia, a las relaciones que se establecen entre ellas, constituyendo una expresión de los mecanismos de reproducción de la fuerza dominante. En efecto, la tónica puede corresponder a los mecanismos de producción de una fuerza que se manifiesta en una particular estructura institucional, que en virtud de su lógica interna de funcionamiento, impondrá pautas acerca de lo que es hacer política a todos los sujetos sociales, en la medida en que éstos tengan que desplegarse en el marco normativo, moral y cognoscitivo en que se fundamenta la estabilidad y la integración de la sociedad y que define a los espacios donde se puede hacer política.

En este sentido, si lo político está definido por los espacios predeterminados por estas bases generales, lo que puede ocurrir en otros espacios nace de partida siendo ilegítimo y, en consecuencia, carente de sentido. Por ejemplo, la política será propia de los partidos políticos, no pudiendo desenvolverse en otro tipo de agrupaciones como los sindicatos, o bien, los partidos son eliminados en favor de espacios locales (como son los municipios). El espacio de lo político son sólo algunos espacios de la sociedad, no cualquier espacio. El espacio de lo político está condicionado por la estructura en la que tiene lugar la reproducción de la fuerza dominante, ya sea ésta el Estado, la empresa industrial, las finanzas, o el campo.

Pero, también esta tónica dominante puede estar determinada por el modo de relación del poder político, con el resto de la sociedad, esto es, por el modo de hacer política. Por ejemplo, una larga tradición democrática se puede transformar en la base de una memoria colectiva que sea compartida por varias fuerzas sociales, convirtiéndose en el marco para determinar las opciones de futuro de las diferentes fuerzas,

o bien, el predominio de un sentimiento nacionalista puede marcar el espacio dentro del cual tendería a moverse la pluralidad de sujetos sociales existentes.

Todo lo anterior se puede formular diciendo que el horizonte histórico está identificado por un modo de hacer política, o sea, por un modo de ejercer el poder y de establecer su relación con la sociedad civil. Sin embargo, además, se puede considerar que el horizonte histórico se puede enriquecer con otro tipo de hechos y sucesos, trascendiendo los mecanismos (estratégicos y tácticos) de reproducción del sujeto social dominante. Puede ocurrir que se produzca una alteración profunda en las cosmovisiones, dominantes en un momento histórico, para ser remplazadas por otras cosmovisiones. Esto también podría relacionarse con la problemática de la transformación cualitativa de la realidad, debido al surgimiento de una discontinuidad que rompe con el curso normal del desenvolvimiento, como puede ser la emergencia de un acontecimiento como resultado de la misma dinámica global de la sociedad, lo que concuerda también con la preocupación de Vilar mencionada más arriba.

Lo anterior es lo que puede observarse en algunos países con los intentos por destruir la estructura de valores que definen las pautas de comportamiento de ciertos grupos. En estas circunstancias es más claro que en las otras situaciones el cambio de horizonte histórico que debe tomarse en consideración para cualquier esfuerzo por conocer una realidad particular, cambio que, a pesar de tener lugar en el plano de la cosmovisión, se expresa también en la realidad cotidiana, la cual se ve afectada por el sistema de necesidades, que, en última instancia, es el que determina los contenidos de las políticas globales. Es evidente que una alteración de los valores en que se apoya una cosmovisión, producirá una transformación en la jerarquización de las necesidades y también en la percepción del contenido de cada una de ellas en concreto y, por lo tanto, en sus formas de relación con la realidad presente y en su visión del futuro posible.

III. EL PENSAR POLÍTICO: LA EXIGENCIA DE LA PRÁCTICA

Si la influencia sobre la realidad exige reconocer el momento para hacerlo, estamos obligados a distinguir entre un momento que se restringe a reflejar un punto de ruptura en el marco de una tendencia histórica, y el momento que constituye por sí mismo una articulación concreta entre múltiples niveles de la realidad. Este segundo tipo de momento es el que consideramos como coyuntural, ya que constituye el objeto de la razón política. Por eso no basta con analizar una clase, sino que se debe entender sus procesos constitutivos que incluyen a todos los niveles de la realidad, los que se pierden en las reconstrucciones restringidas a las tendencias que son dominantes en los procesos transhistóricos.[26]

Para responder a las exigencias de la práctica, los esquemas teórico-conceptuales no son adecuados, pues se necesita de un modo de pensar capaz de manejarse en distintos parámetros sin perder consistencia. Con este propósito, se requiere organizar el razonamiento con base en un conjunto de categorías que, sin identificarse con una estructura de explicación, permita el análisis de lo potencial presente en un momento del desarrollo histórico. Debemos estar alertas para no limitar la concepción de la dinámica sociohistórica a su cristalización en productos que sirvan de base para la reconstrucción de la tendencia histórico-genética, pero que

[26] No se pueden desconocer los esfuerzos de algunos historiadores orientados hacia la recuperación de la riqueza de los procesos que se ocultan o pierden cuando se razona desde estructuras abstractas. Por ejemplo, en el caso de E. Thompson cuando rompe con el uso apriorístico de la categoría de clase subordinándolo a otra categoría que surge para él como más importante: la lucha de clases. "Lucha de clases es un concepto previo así como mucho más universal. Las clases no existen como entidades separadas, que miran en derredor, encuentran una clase enemiga y empiezan luego a luchar. Por el contrario, las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por ciertas cuestiones, y en el proceso de lucha se descubren como clase. La lucha y la conciencia de clases son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico" (E. Thompson, *op. cit.*, p. 37).

tiendan a dejar de lado a los mecanismos estructuradores de los procesos.

En este sentido, hay que reconocer que la exigencia de viabilidades de las prácticas remplaza al requerimiento de correspondencia de las estructuras conceptuales con la realidad exterior. El requisito de probar la veracidad de una proposición queda subordinado a la exigencia de construir lo posible; lo que significa que el modo como se observe la realidad tenga que resaltar lo que es posible objeto de praxis. De este modo, nos colocamos ante el desafío de que el conocimiento tenga que construirse en los parámetros de tiempo y espacio que impone la praxis de los sujetos. Recordemos lo que afirmaba Vilar en el sentido de que la "historia crea constantemente su objeto", de manera que tenemos que cuidarnos de aceptar sin crítica la realidad enmarcada por cortes temporales, y, en consecuencia, las sistematizaciones teóricas que la convierten en un producto cristalizado; por el contrario, el movimiento real consiste en la articulación entre lo que ha devenido (a nivel estructural) y lo que está deviniendo (a nivel potencial). Por eso la dinámica de lo real debe comprenderse en el marco que configuran las prácticas de los sujetos que están transformando constantemente en realidad a esos contenidos potenciales, en cuanto los propios sujetos constituyen esa realidad potencial.

En esta línea de discusión, nos enfrentamos nuevamente con la idea de la realidad como multiplicidad de proyectos, cuyos elementos de necesidad están definidos por los marcos ideológicos mediante los cuales se vislumbra un futuro. Lo anterior tiene relación con el problema de que las opciones son el producto de transformar a esos valores ideológicos en caminos concretos para avanzar. En este contexto, la función del conocimiento es determinar la viabilidad de las alternativas que se desprenden de las opciones ideológicas. De ahí que no se pueda construir un conocimiento en función de un tiempo que se restringe a la temporalidad de desarrollo de un producto, pues un análisis dinámico de desenvolvimiento histórico obliga a trabajar tanto con el tiempo de lo devenido como de lo potencial, vinculado este último con las prácticas de los sujetos sociales.

Desde el ángulo de análisis definido por los sujetos socia-

les se incorporan aspectos de la realidad que constituyen actos de voluntad, en contraposición a aquellos procesos que responden a regularidades. Es el caso de los aspectos superestructurales que no están determinados por la producción, en oposición a aquellos que sí lo están. Por ejemplo, mientras no hay reproducción de la base económica sin valorización, en la superestructura no ocurre esto de un modo automático, sino que debe prepararse. Es por la presencia de este elemento de construcción por lo que nos enfrentamos con el problema del resabio.

En efecto, mientras que en el nivel productivo existe memoria de fases productivas previas, ocurre en menor medida con la superestructura. Por el contrario, la superestructura "está rodeada de una atmósfera de herencias ideológicas no necesarias... [donde] el problema de la selección de los ideologuemas actualmente necesarios, debe provenir del conocimiento de los cambios que supone la ampliación productiva. O sea, otra vez, un acto consciente."[27] Acto que se fundamenta en el reconocimiento de opciones que no son susceptibles de someterse a regularidades y que plantean, más que una necesidad de explicación teórica, un conocimiento sobre el modo de determinación de lo estructural sobre lo supraestructural. O sea, precisar el cuándo y el cómo de la primacía de lo político.

Esta discusión guarda relación con la necesidad de salirse del esquema teórico general de carácter explicativo, por lo mismo sujeto a regularidades, para enriquecer el análisis mediante la incorporación de hechos y sucesos no sometidos a regularidades, en forma de articularlos con aquellos que sí lo están, en vez de reducir toda complejidad de la realidad a ciertos niveles de procesos que son determinantes. Es el caso de los análisis que se apoyan en modelos teóricos estructurales, en cuyo marco se definen las categorías sin incluir "el proceso experimental histórico" a través del cual esas mismas categorías van asumiendo su contenido histórico concreto. En esto consiste la crítica de Thompson a la afirmación de Althusser de que "la clase está instantánea-

[27] René Zavaleta, "El Estado en América. Proyecto perspectivas de América Latina (PAL)", UNAM-UNU, 1983 (mimeo.), p. 7.

mente presente (derivada, como una proyección geométrica, de las relaciones de producción) y de ello la lucha de clases".[28]

Entender la historia como legalidad (aunque aceptando la advertencia de Luporini de que deben ser redefinidos los límites de la dialéctica fuerzas productivas-relaciones de producción), significa en todo caso no olvidarse de la articulación entre estructuras (sometidas eventualmente a regularidades) y praxis (no sometidas a regularidades) mediante las cuales se determinan los puntos en que lo posible se transforma en realidad. En otras palabras, obliga a concebir la historia aunque sujeta a regularidades, también como una construcción de sus actores.

Como el dominio de lo histórico es concebido como una construcción consciente, la tradición del pensamiento político que parte con Maquiavelo, Vico y la Ilustración, se enriquece con la que nace con Lenin y Gramsci. De la lógica que concibe al presente como culminación de un pasado se pasa a un presente leído desde un requerimiento de futuro. Así es como transitamos desde lo histórico a lo político, cuya especificidad está en que es el plano real donde tiene lugar la activación de la realidad social. Como ha dicho Togliatti "en lo político está la sustancia de la historia y para aquel que ha llegado a la conciencia crítica de la realidad y de la tarea que le espera en la lucha por transformarla, está también la sustancia de su vida moral".[29]

De este modo nos colocamos en la médula problemática de la conciencia histórica.

La conciencia histórica

El predominio del pasado y la aventura hacia el futuro son los límites en que puede circunscribirse el problema de la ciencia de la historia y de la conciencia histórica. Es necesario aclarar la interrelación entre conciencia y ciencia. La conciencia es la capacidad de crear historia, no simplemente

[28] E. Thompson, *op. cit.*, p. 38.

[29] Palmiro Togliatti, *Gramsci e il leninismo, Studi Gramsciano,* Roma, Ed. Riuniti, 1958, p. 15.

un producto del desarrollo histórico. Creación de historia o de futuro que constituye la expresión de un sujeto social protagónico en la construcción de su realidad y que por lo mismo sintetiza en su experiencia una historicidad y un proyecto de futuro. La ciencia en cambio nos proporciona información acerca de la historia como proceso terminado, pero muy poco o nada acerca del futuro desenvolvimiento. Cabe preguntarse con Foucault desde cualquier producto histórico genético si estamos abiertos, aunque ello no tenga otra respuesta que el puro deseo de aventura en la construcción de lo inédito. Sin embargo para hacerlo necesitamos saber que somos históricos y asumirlo, comprendiendo que esa realidad no acontecida, siempre nueva, requeriría de un pensamiento no pensado, capaz de ir más allá que la erosión del tiempo.[30]

Queda planteado que el enfrentamiento con la realidad histórica se cumple simultáneamente a través del conocimiento y de la conciencia. El hombre preocupado por este tipo de cuestiones reales no puede disociar su conciencia de sus construcciones analíticas, y en esa medida, no puede separar su razón de sus vivencias. Lo que para algunos son categorías de análisis comienzan siendo modos de vivir la historia para otros.[31] Pero la ideología como mediadora entre los hombres y su contorno, tiende a reducirse al plano de la conciencia en el proceso mismo de subjetivarse toda la realidad, subjetividad social que se hace real como ángulo de construcción histórica, que es el que aparece privilegiado en sus posibilidades. Surge la necesidad de apropiarse de horizontes de posibilidades, lo que exige el desarrollo de una conciencia constructora de realidades que se acompañe de una expansión en el campo de la experiencia de los sujetos. Es por eso por lo que, a pesar de que esta subjetividad cons-

[30] Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1982, pp. 344, 361.

[31] Escribe Thompson (*op. cit.*, p. 38): "las clases acaecen al vivir los hombres y las mujeres sus relaciones de producción y al experimentar sus situaciones determinantes, dentro del conjunto de relaciones sociales, como una cultura y una expectativa heredada, y al modelar estas experiencias en formas culturales". Cf. también el prefacio de su libro *La formación histórica de la clase obrera inglesa*.

tituye una opción, permite superar el divorcio entre teoría y praxis reclamada no solamente por el marxismo sino por la propia crítica al objetivismo historiográfico de inspiración filosófica "irracionalista".[32]

El devenir de lo real se transforma en el horizonte histórico susceptible de ser apropiado por el sujeto social. La expansión de los límites del campo de la experiencia significa que más elementos de la realidad puedan convertirse en objeto de prácticas, por lo que la relación con la realidad se torna más compleja, aunque no toda ella necesariamente es posible de transformarse en contenido teórico. El esfuerzo de reconocer horizontes históricos y experimentales más amplios constituye por sí mismo un esfuerzo de construcción que también, en tanto que expresa una opción para el desarrollo histórico, es una interpretación de la realidad, donde la interpretación es una práctica y la práctica es una interpretación. La realidad se subjetiviza en la forma de proyectos cuyos contenidos están determinados por las prácticas de los mismos sujetos. La conciencia, por lo tanto, asume el carácter de un principio de activación de la materia sociohistórica y cultural.

De lo anterior se pueden derivar dos problemas centrales: uno, sobre la naturaleza de este principio de activación, y dos, la relación de este principio con lo que es necesario y aleatorio. El principio de activación representa una actitud ante la historia que cubre una gama de aspectos culturales y psicológicos, hasta el límite de tener en algún momento que convertirse "en sentido común". Su contenido (en relación con alternativas de construcción viables) tiene que devenir en una forma pública y manifiesta de cultura (como exigía Gramsci cuando reflexionaba sobre la revolución intelectual y moral cuyos elementos estaban contenidos al desnudo en el pensamiento de Maquiavelo).

Por eso la política puede concebirse como una forma de conciencia que es a la vez crítica y activa. Pero el carácter crítico, que se traduce en la necesidad de romper con "la

[32] Véase la crítica que hace Federico Nietzsche al objetivismo de la historiografía en sus *Consideraciones inactuales*, especialmente lo que se refiere a la escisión entre existencia y significado, entre hacer y saber.

unidad basada en la ideología tradicional", no puede entenderse cabalmente sin su aspecto volitivo. Es absurdo, por lo mismo, pensar en una previsión objetiva, porque quien "prevee tiene en realidad un 'programa' para hacer triunfar y la previsión es un elemento de este triunfo".[33]

Si la conciencia histórica es expresión de lo finito o históricamente dado, pero también de la aventura hacia el futuro, transforma al conocimiento positivo del hombre en una fuerza con direccionalidad para superar la escisión entre existencia y significado. Sin embargo, su relación con lo dado y con el futuro plantea en el centro de su problemática la relación entre necesidad y aleatoriedad, respectivamente. Por una parte, la necesidad como imperativo de lo dado históricamente; de otra parte, la aleatoriedad del esfuerzo por construir lo todavía no existente. El futuro se necesita para leer la realidad del presente; de este modo se entrecruza la necesidad como producto de un proceso, y lo necesario como futuro que requiere de decisiones, opciones y proyectos. Este último tipo de necesidad nos coloca, a diferencia de la primera, ante la tarea de resolver la relación que se establece entre "regularidad" y "momento de la praxis". Engels observa, en relación con la campaña por la Constitución del Reich de 1849, que si la causa de la democracia estaba ya perdida, o si con una resistencia vigorosa podría haberse ganado una parte del ejército y llegar al éxito, "es una cuestión que quizá no se resuelva nunca. Pero en la revolución como en la guerra [. . .] es muy necesario arriesgarlo todo en el momento decisivo, cualesquiera que sean las probabilidades".[34]

Necesidad y opciones

En verdad, estamos enfrentados al dilema de elegir y de justificar una elección, lo que implica el problema de la relación entre historia y responsabilidad. Sin embargo, la posibilidad de elegir surge solamente cuando la situación histórica no

[33] A. Gramsci, *op. cit.*, p. 63.

[34] John M. Maguire, *Marx y su teoría de la política*, México, FCE, 1984, p. 137.

puede circunscribirse a actuar según "las prescripciones de los hábitos tradicionales", cuando "tanto el bien como el mal, lo correcto y lo incorrecto" están predeterminados, no siendo posible la interpretación personal. Por el contrario, debemos esperar el momento histórico en el cual los valores fundamentales reconocen un margen para que su interpretación "se individualice cada vez más", obligando a que se tenga que argumentar para justificar la interpretación elegida. Esto es, cuando la historia se transforma en objeto moldeable, no siendo ya sólo el simple resultado de procesos inexorables que se desenvuelven ajenos a la voluntad de los hombres; cuando nos encontramos en un estado del desarrollo de la sociedad donde el sentido de la vida ya no está predeterminado, sino que requiere del esfuerzo de cada quien para dárselo. Heller se ha referido al tema diciendo que "la vida del hombre ya no está escrita en las estrellas. Al ser el creador de su propio destino y del de su mundo, el hombre toma el destino en sus manos". W. Benjamin había reclamado "La flaca fuerza mesiánica para que cada segundo fuera la pequeña puerta por la que podía entrar el mesías"; concepto que manifiesta una rebeldía a aceptar un fatalismo regresivo. El surgimiento de la conciencia política se proyecta en una voluntad de transformación por la búsqueda de utopías, lo que hace de nuestro siglo, un siglo con mayor disponibilidad de conciencia para enfrentar la construcción del futuro.

Pero, ¿cómo conjugar la dimensión de lo necesario con la de las opciones? El futuro no puede ser reducido a la "realización de modelos de racionalidad", ya que entonces la realidad no es captada en sus potencialidades de transformación, sino estrictamente como objeto que es explicado mediante su inclusión en una estructura teórica general. El futuro, por el contrario, plantea un problema de elección más que de proyección. Es una construcción que no puede confundirse con una simple deducción teórica, por cuanto está condicionado por factores no teóricos como lo son la capacidad de los hombres para comprender su mundo circundante y, simultáneamente, el incremento de sus posibilidades para reactuar modificando a estas mismas circunstancias.

Claramente aparece como elemento constitutivo de esta

aleatoriedad la capacidad de los hombres para reconocer una coyuntura en la que se contienen opciones posibles, aunque este aspecto se integra con otros no menos aleatorios como lo son la disposición para decidir y el saber hacerlo en el momento oportuno, lo que tiene que ver con la percepción adecuada o falta de percepción de los individuos y grupos. Si los individuos y grupos actúan para realizar su interés, tal como lo perciben en una situación, ¿cómo explicar que no actúen de acuerdo con sus pronósticos?

En este marco cumple la experiencia histórica un papel fundamental, pues la lectura de la realidad está mediada por la experiencia dada. Así, por ejemplo, si en un momento no se manifiesta un fenómeno, como puede ser un conflicto, por mucho que haya otras experiencias, no se percibe como real a ese conflicto. Sin embargo, hay otros elementos que pueden obstruir la posibilidad de tener una percepción de la realidad en un momento, que sirva de base para definir un camino concreto a seguir. Como se ha observado[35] la situación puede ser compleja y el interés de un grupo puede resultar difícil de interpretar. Puede ocurrir que los individuos y grupos tengan dos intereses opuestos en la misma situación. En efecto, un grupo social en un momento de conflicto puede tener que enfrentarse con el hecho de que "su poder político debe reducirse para preservar intacto su poder social", como fue el caso de la burguesía francesa ante la inminencia de golpe de Napoleón III.

Pero, no obstante las aleatoriedades en juego, debemos subrayar que el único criterio de lectura posible del presente es aquel que permita definir lo que se tiene que hacer para construir una utopía. El proyecto o programa en que pensaba Gramsci.

Teoría y conciencia histórica. El presente como coordenada

El proyecto establece un vínculo entre teoría y conciencia histórica, en virtud de que anticipa el futuro mediante su capacidad para activar a la realidad. Entonces la teoría devie-

[35] J.M. Maguire, *op. cit.*, p. 139.

ne en una forma de conciencia histórica, aunque puede ocurrir que, por el tipo específico de desarrollo a que se somete (en virtud de sujetarse a los cánones del método científico), mantenga su separación de la conciencia histórica.

La importancia de la relación entre teoría y conciencia histórica se vincula con la eficacia de la acción, ya que esta última está determinada por la capacidad de captar al conjunto de la vida social, lo que escapa a las posibilidades de la teoría. La conciencia histórica, en cambio, constituye esa anticipación sintética del devenir que sirve para orientar al trabajo teórico parcializado. Por lo tanto, no se limita a ser un reflejo de situaciones fragmentarias, sino que es un modo de pensar que anticipa la necesidad de la propia teorización, mediante la aprehensión de la realidad como totalidad en movimiento. Para poder cumplir esta función la conciencia histórica debe evitar el riesgo de limitarse a reflejar las reificaciones de la realidad, para lo cual, en esencia, tiene que revestir el carácter de un pensamiento crítico.

Los clásicos del marxismo ya lo habían advertido. Lenin afirma (a partir de reconocer que "Toda la historia se compone de acciones de individuos [. . .] que son personalidades"), que el problema de la práctica consiste en saber "en qué condiciones se asegura el éxito de esta actuación", de manera de impedir que "el acto individual se hunda en el mar de actos opuestos".[36] Ello exige un análisis de conjunto de la vida social, pues la práctica social actúa desde y sobre esta totalidad, no pudiendo llevarse a cabo desde el conocimiento teórico especializado.

La clave está en saber desentrañar lo que significa *captar* al conjunto de la vida social. No puede consistir desde luego en un esfuerzo teórico ya que se ubica en el centro de la articulación entre realidad objetiva y proyecto; lo que obliga a dar cuenta, por una parte, de una estructura sometida a regularidad (por ejemplo, una formación social) y de otra, de la voluntad social de potenciación de determinada direccionalidad. La opción que llegue a elegirse trasciende el marco teórico-explicativo, ya que no es el resultado de una deduc-

[36] V.I. Lenin, "Quiénes son los amigos del pueblo", en *Obras completas*, Buenos Aires, Ed. Cartago, 1950, 2 vols., p. 172.

ción, sino de una intencionalidad social. De ahí que tengamos que abocarnos a una forma de razonamiento que no se encuadre en estructuras teóricas, sino que pretenda, a través de su apertura a la realidad, reconocer horizontes históricos susceptibles de objetivarse mediante las prácticas sociales. Su lógica no descansaría tanto en contra de los fundamentos de sus proposiciones, como en problematizar lo que se observe, con base en la exigencia de articulación de los elementos de la realidad empírica. En consecuencia, es una forma de pensar que pretende ser un reflejo del esfuerzo por captar el momento histórico (como conjunto de procesos heterogéneos), que explicar un fenómeno particular, en las condiciones de simplificación que toda explicación requiere.

Lenin había advertido que "la plataforma política *no debe* (cursivas nuestras) ser derivada en forma inmediata del modelo económico científico". Por su parte, en sus *Comentarios al Manual de Sociología* de Bujarin, Gramsci sostenía que "no se puede predecir el futuro sino en la medida en que se actúe y se lleven a cabo esfuerzos conscientes en apoyo del resultado predicho". Decíamos más arriba que la predicción se convierte en el método para formular la voluntad colectiva que promueva determinados procesos. Es así como no puede dejar de reconocerse que cuando Lenin formula su teoría de la revolución en un solo país, su predicción es simultáneamente un elemento esencial e indispensable de la situación histórica. Por eso es que la realización del futuro necesita de la "conciencia de sus probabilidades históricas".[37]

Empero, lo dicho supone aclarar cómo pueden anticiparse las modalidades de concreción que experimenta la realidad, pues no basta con sostener que el desarrollo se mueve en una dirección progresiva, ya que ello implica la pasividad del sujeto, por el contrario, el devenir contiene múltiples posibilidades, las cuales están determinadas por el mismo proceso de construcción de los sujetos sociales.

El conocimiento ofrece tantas posibilidades teóricas como sujetos sociales existan. Por eso, cuando pretendemos pasar de la historia como ciencia a la historia como cons-

[37] Jerzy J. Wiats, "La sociología, el marxismo y la realidad", en Peter Berger, *Marxismo y sociología*, Amorrortu, p. 47.

trucción, se plantea el problema de desarrollar una conciencia capaz de enseñarnos acerca de los futuros históricamente posibles. La actividad de esta conciencia es la propia de la apertura del hombre a la realidad, en cuanto la creación de la realidad histórica constituye la premisa para la apertura y comprensión de la misma.

¿Qué implicaciones tiene lo dicho? ¿Cómo se puede reflejar esta problemática en el plano de la teoría?

La praxis es la capacidad para impulsar transformaciones del presente en tanto es lo dado. De ahí que pueda concebirse al presente como un sistema que en sus coordenadas "definen en sus líneas más generales el marco de referencia de la relación entre teoría y praxis"[38] que impone, en la observación de la realidad, un tipo de exigencias diferentes a las de la historiografía. El problema de la historia no se restringe a entenderla desde el presente, sino en asumir que en torno al presente tiene lugar la inversión de la relación presente-pasado por la relación presente-futuro; de ahí que las mismas teorizaciones tengan que adecuarse a la lógica de apropiación de la realidad, propia de la conciencia histórica.

La conciencia histórica no se vincula con objetos particulares, pues se abre a horizontes históricos en los que es posible que madure la voluntad social; de ahí que esté abierta al tiempo por venir en forma de no quedar sometida a "los tiempos tácticos del movimiento", lo que obliga a trasponer las distorsiones propias de las coyunturas.

La ideología en cambio, cristaliza en proyectos particulares, que con cierta precipitación tienden a identificarse con la única realidad concebida como posible, dejando fuera de su campo otras visiones alternativas.

La ideología al crear sus propios objetos carece de la amplitud para reconocer un campo más comprensivo de alternativas; mientras que la conciencia histórica por su parte, en razón de ubicar las opciones particulares de las ideologías en el contexto del horizonte histórico, remite a un concepto de realidad más amplio que el definido por la ideología.

[38] Giacomo Marramao y otros, "Dialéctica de la forma y ciencia de la política", en *Teoría marxista de la política*, Pasado y Presente 89, México, Siglo XXI, 1981, pp. 12-13.

En la medida en que la conciencia histórica determina los contenidos de la realidad en la coordenada del presente, transforma a ese presente en un horizonte histórico que influye en cada uno de nuestros actos de pensamiento, de vivencia o de imaginación, sin que ello quiera decir que sea parte como contenido explícito de la teoría. El horizonte histórico conforma el marco de las posibilidades ideológicas, entendidas en un momento del desarrollo histórico, por lo que a la vez es el sustento de cada una de ellas. Por lo anterior, el presente es la articulación que está en el trasfondo de cada uno de los problemas de análisis particulares que elijamos. Es el significado que tiene hablar del presente como coordenada.

El pensar político y la crítica de la economía política

Estamos colocados en el umbral de pensar no sólo la naturaleza de los fundamentos, sino la propia función que cumplen éstos. Con Marx se produce una inversión "determinada por un cambio radical en lo que se toma como fundamento (no la 'idea', sino las relaciones materiales dentro de la sociedad) [. . .] que ha transformado todos los contenidos problemáticos";[39] pero continúa pensando en que tiene que haber un fundamento. Por el contrario, en el análisis del presente no hay un fundamento que defina la dirección que tengan que asumir las relaciones reales. En su remplazo se plantea la exigencia de una objetividad que se traduce en campos de observación capaces de articular al presente como horizonte histórico con lo particular que se considera importante para la acción.

Lo anterior supone atender a la forma que asumen las relaciones entre los diferentes niveles de la realidad como ser entre acumulación y legitimación, capital y Estado, que lleva a tener que indagar el tipo de relaciones que se establecen entre los "procesos de producción materiales y producción y reproducción de la formación social, entre sistemas de las

[39] César Luporini, "Crítica de la política de la economía política", en Giacomo Marramao y otros, *Teoría marxista...*, *op. cit.*, p. 77.

necesidades y el cuadro normativo que puede garantizar su desarrollo y satisfacción". La contradicción entre la necesidad de acumulación y de legitimación se explica por la incapacidad de la burguesía para poder armonizar ambas exigencias, en virtud del control que en algunos países han alcanzado los sectores subordinados con respecto a importantes esferas del aparato estatal, lo que ha provocado que el Estado pierda su capacidad para definir políticas que sean congruentes con el interés exclusivo de la clase dominante.

No obstante lo antes expuesto, todavía no disponemos del avance teórico-metodológico que permita resolver sólo el carácter específico de estas relaciones entre fenómenos ubicados en distintos niveles de la realidad, única manera de evitar reducirlos a otros niveles, perdiendo de esta manera la especificidad de su dinámica y función en el proceso global. Un ejemplo de lo dicho es lo que ocurre con los estudios que remite el Estado a las relaciones económicas. La riqueza de las determinaciones recíprocas se pierde y, en consecuencia, la posibilidad de determinar el papel concreto que cada una cumple en la articulación de la base social desde la que se pueden definir formas de acción.

Desde esta óptica enfrentamos el problema de tener que desprendernos de la forma de pensar asociada con la crítica de la economía política, en razón de corresponder al análisis de los procesos "histórico-naturales" que revisten el carácter de determinantes del desenvolvimiento transhistórico. Lógica que lleva a considerar como única génesis a la "retrospectiva del sistema que ha devenido, de la totalidad acabada del modo de producción", según un razonamiento de *regressio ad-infinitum* que busca encontrar "en el curso de la historia una supuesta génesis real".[40] Pero, como hemos señalado, se trata más bien de diseñar un tipo de análisis que no se oriente tanto hacia la reconstrucción de los fundamentos (histórico-genéticos), como de buscar la captación de la articulación tal como se materializa en un momento temporal. Y, en el contexto de este momento, reconocer los puntos de articulación entre niveles de procesos que tengan la mayor

[40] Massimo Cacciari, "Transformación del Estado y proyecto político", en Giacomo Marramao y otros, *Teoría marxista...*, *op. cit.*, p. 250.

potencialidad para poder activar a la totalidad social. La captación de la articulación, desde sus puntos de mayor activación social, representa lo que entendemos como el paso del pensar histórico al pensar político.

De conformidad con Marramao,[41] lo político "es el modo de ser del proceso mismo de la realidad entendido en toda su complejidad e integridad"; pero añadamos: cuando es captado en el sistema de presente donde no es posible privilegiar ninguna teoría que destaque uno u otro de sus aspectos dinámicos. Es exactamente lo que no ocurre cuando asumimos acríticamente el ángulo conformado por la crítica de la economía política, que enfatiza a las condiciones de transformación del sistema. La política, por el contrario, no enfatiza un aspecto como más determinante que otro, ya que representa el campo de realidad donde se despliegan los procesos articuladores de la misma, de acuerdo con distintos recortes de observación temporales-espaciales antes que en función de un enfoque explicativo (histórico-genético) de la realidad.

El ángulo de lo político, desde el momento en que privilegia la necesidad de la reconstrucción de los procesos, coloca al enfoque histórico-genético en un plano subordinado, aunque sin negar su aporte. El problema puede formularse en los siguientes términos: el trabajo de la reconstrucción pretende determinar la especificidad que asumen las categorías y conceptos, según el contexto en el cual se lleve a cabo la explicación; contexto que, a su vez, es reconstruido desde un ángulo particular que se ha preferido, o que está preconfigurado por razones culturales o ideológicas. No es suficiente por lo tanto, establecer relaciones de determinación empíricamente comprobables, si no se esclarece ante la especificidad de sus contenidos.

Conviene recordar que para comprender un fenómeno en su especificidad es necesario ubicarlo históricamente, lo que no se agota con su génesis histórica. Esto porque a escala de su desenvolvimiento temporal, el fenómeno puede asumir distintas funciones y, en consecuencia, significados so-

[41] Giacomo Marramao y otros, "Dialéctica de la forma y ciencia de la política", en *op. cit.*, pp. 13, 14, 26.

ciohistóricos que se han transformado. Witold Kula ilustra lo anterior cuando, recordando las contribuciones de la escuela funcionalista, señala que "las instituciones sociales sufren muchas veces, en el transcurso de su existencia, transformaciones muy profundas, y que, aun en el caso de conservar inmune la apariencia física o alguno de sus elementos (nombre, ritual, etc.), su contenido se modifica a veces totalmente como consecuencia de los cambios producidos en el contexto social al cual pertenece dicha institución". El problema está en saber ubicar el proceso históricamente, lo que consiste, más que en la propia descripción de su génesis, en la reconstrucción de la totalidad sociohistórica de la que es parte en un determinado corte de presente.[42] Ello plantea desafíos epistemológicos y metodológicos que debemos desarrollar y profundizar.[43]

IV. TEORÍA Y SUJETOS SOCIALES

La conciencia histórica domina sobre el núcleo estrictamente teórico, ya que cumple el papel de dar cuenta del contexto en el que este último se ubica y, en consecuencia, sirve para

[42] Witold Kula, *Reflexiones sobre la historia*, México, Ed. Cultura Popular, 1984, p. 78. E. Thompson, por su parte, analizando la ambigüedad de los conceptos transcribe dos descripciones sobre "el caballero terrateniente del siglo XVIII", aunque la misma puede serlo de "la aristocracia o la gran *gentry* inglesa" como de "los dueños de esclavos del Brasil colonial". Pero no solamente estamos ante la falta de especificidad de los contenidos conceptuales, sino que, además, detrás de las descripciones, se ocultan perspectivas o ángulos que conforman distintos cuadros, igualmente objetivos, aunque desde luego no coincidentes. Así, por ejemplo, constata que una "descripción de relaciones sociales vista desde arriba", aunque no la invalida, "debemos ser conscientes de que esta descripción pueda ser persuasiva", pudiendo fácilmente llegar a la idea de "una sociedad de una sola clase". La gravedad, por lo demás obvia, es que "las descripciones vistas desde arriba son más corrientes que los intentos de reconstruir una visión desde abajo" (E. Thompson, *op. cit.*, pp. 16-17 y 18).

[43] Un primer intento lo constituye nuestro trabajo, *Uso crítico de la teoría*, México, El Colegio de México, 1987; próximamente será publicado en inglés por la Universidad de las Naciones Unidas.

problematizar su propio contenido. Si el punto de partida es el interés por construir proyectos sociales viables, nos obligamos a abordar críticamente la realidad y las teorizaciones que se formulen sobre ella.

La crítica al utopismo ha conllevado siempre el necesario reconocimiento de un sujeto social, que, como tal, determina la posibilidad de una nueva realidad que debe ser abordada teóricamente. Esto último implica entender a la realidad como una construcción y, en consecuencia, como dándose. De allí el porqué la unidad y homogeneidad del comportamiento sociopolítico de la clase "no está nunca dado totalmente y con anterioridad, sino que se adquiere en la lucha de clases".[44] El predominio del dándose en la realidad, como en los sujetos constructores, permite incorporar como dimensión al modo en que se articula concretamente la totalidad social, según sea la dinámica que desencadenen los sujetos de acción.

Pero los sujetos sociales reconocen capacidades diferentes para imponer una dirección al desenvolvimiento. Luporini observa que mientras el proletariado debe conquistar "a través de la experiencia y de la teoría" la conciencia de clase, la burguesía, por su lado, para comportarse como clase, "no necesita una conciencia de clase; basta que de hecho se comporte homogéneamente contra la clase obrera";[45] lo que no excluye que en su seno tenga lugar una continua lucha "entre sus fracciones por la dirección, que al no poder ser sólo estructural, es necesariamente política".

La capacidad para imponer una direccionalidad a los procesos sociales depende, por lo tanto, de la importancia que en cada sujeto adquiera la dimensión subjetiva. Si ésta es parte de la ideología dominante, es posible que se desenvuelva una capacidad de dirección mucho más por inercia que si se tuviera que romper con la ideología dominante, pues, en este caso, se requiere madurar la autonomía ideológica-cultural necesaria para desplegar la capacidad para construir proyectos. Recordemos lo que decía Gramsci en cuanto

[44] C. Luporini, "Crítica de la política y de la economía política", en Giacomo Marramao y otros, *Teoría marxista. . .*, *cit.*, p. 100.

[45] C. Luporini, *op. cit.*, p. 101.

a que la destrucción de la unidad basada en la ideología tradicional es una condición, pues sin su "ruptura la fuerza nueva no podría adquirir conciencia de la propia personalidad independiente".[46]

Sin embargo, se tiene que reconocer con Gramsci que, en razón de las superestructuras, cada vez es mayor la complejidad que reviste la presentación política de las clases; es decir, que el antagonismo fundamental en la producción inmediata "es mediado, organizado, gobernado", por lo que el problema de la capacidad para reactuar (mediante la construcción de proyectos) reviste cada vez más un carácter central para comprender la historia.

No debemos olvidar que fue muy importante para que se pudiera avanzar en la crítica de la economía política que Marx, como producto de su reacción a las formas teóricas de socialismo y comunismo existentes en su época, convirtiera la figura del obrero asalariado en el tópico central de su pensamiento. El desarrollo de su pensamiento económico fue de la mano con la búsqueda de un proyecto de cambio, cuyo actor era el obrero como sujeto histórico. Es así como descubre las contradicciones que con fuerza latente hacen necesarios a los procesos de cambio. Luporini recuerda que fue, precisamente, la crítica de la política la que inspiró a Marx la necesidad de una crítica teórica de la economía. Planteamiento que coloca en el centro del debate a la relación entre la racionalidad del orden económico y la idea de intervención en dicho orden, esto es, la autonomía de la decisión y de su racionalidad,[47] que lleva a reivindicar la especificidad de lo político frente a lo económico. La capacidad de reactuación sobre la realidad exige que la racionalidad del orden económico quede subordinada a la racionalidad de construcción de proyectos y al reconocimiento de alternativas. En suma: a la necesidad de lo político.

[46] A. Gramsci, *op. cit.*, p. 33.
[47] M. Cacciari, *op. cit.*, pp. 240-241.

La necesidad de lo político: en torno de la ratio-económica y la ratio-política

La necesidad de lo político, cuando se plantea dentro del marco conceptual de que "el mundo del hombre es infinitamente manipulable", puede conducir al Leviatán, en razón de que por ser el gran definidor "es un manipulador exclusivo y total".[48] ¿Cuáles son los límites de esta modeabilidad de la realidad histórica? ¿Cómo caracterizar a esta necesidad de lo político?

El carácter necesario de una realidad se muestra con la posibilidad de autorregularse. Giovanni Sartori observa que son los economistas de los siglos XVIII y XIX los que proporcionan una imagen tangible y positiva de una sociedad que vive y se desarrolla según sus propios principios; realidad que es producto de que el propio estado va "dejando espacio y legitimidad para una vida extra-estatal".[49]

Esta constatación no hace más que reflejar un lento proceso que se ha ido moviendo, desde el reconocimiento de la armonía del hombre con su espacio (exigencia que sirve de fundamento al concepto de política entre los griegos), a la idea de construcción (una de cuyas máximas expresiones teóricas es Hobbes), para llegar a la idea de regularidad en el plano de la representación política, como es el caso de la sociedad civil. Este último estadio de desarrollo de la problemática requiere sin duda de una teorización más compleja que la elaborada por Hobbes. Es Gramsci, con su análisis de la superestructura, quien representa este tipo de teorización que lo coloca en la perspectiva de descubrir la autonomía de lo político, en un momento donde el descubrimiento de esta autonomía puede desembocar en su método científico adecuado.

Si pensamos en la premisa definida por una realidad como posibilidad de autorregularse, lo político se configura como el nivel real desde el que se organiza la regulación entre las fuerzas. Ello significa concebir a lo político como la articula-

[48] Giovanni Sartori, *La política, lógica y método en las ciencias sociales*, México, FCE, 1984, p. 210.

[49] *Ibid.*, p. 214.

ción dinámica entre sujetos, prácticas sociales y proyectos, cuyo contenido específico es la lucha por dar una dirección a la realidad en el marco de opciones viables. Dinámica que en un plano de discusión más concreta se relaciona con el carácter de los mecanismos de decisión, a través de los cuales se puede hacer efectiva la reactuación sobre las "condiciones de transformación", pero que, por sí misma, no puede darle concreción a las transformaciones necesarias.

Si los sujetos sociales con capacidad de reactuación son muchos, la reactuación (entendida como construcción de la realidad) se ubica en el marco de una pluralidad de racionalidades que viene a reforzar la idea de la complejidad de la realidad objetiva, lo que muestra la necesidad de superar cualquier reduccionismo de un nivel a otro. Como sostiene Cacciari "la discusión del estado no es reversible a la base social o la organización política que ha sostenido o procurado su formación". La autonomía de lo político obliga a reconocer estas diferencias de ratio (por ejemplo, entre el orden económico y el orden político), porque supone el término "de cualquier juego simplemente reflexivo entre formación social y estado, entre decisión y totalidad de la formación social".[50]

Con su diversidad de tiempos, de organizaciones y de procesos, la realidad social se armoniza "en el Esado", pero ello no debe ocultarnos el hecho de que lo político tiene una *ratio* específica (centrada en la construcción de proyectos, reconocimiento de opciones y decisión en torno de lo que es viable), que no puede reducirse a la de las otras "formas de existencia y expresión del sistema de necesidades". Las prácticas político-decisorias aparecen en forma cada vez más rotunda cuestionadas como estados referidos a un sujeto. En efecto, ¿a qué sujeto se refieren las proposiciones de lo político?, ¿qué sujeto confiere sentido a tales proposiciones? Interrogantes que sirven para enriquecer la crítica al "obrerismo cartesiano" que limita el movimiento social a la "ratio de la empresa", sin poder imaginar otras prácticas políticas y procesos decisorios que no sean sobre la base de la "sólida roca de un sujeto".[51]

[50] M. Cacciari, *op. cit.*, p. 269.

[51] *Ibid.*, pp. 258-259. En esta misma dirección, podemos retomar la crítica a la base clasista de los partidos de izquierda que se vincula con el argu-

El poder y lo político

La discusión acerca de las diferentes ratios específicas, según se atienda a lo económico o a lo político, ha llevado a pensar que lo político puede llegar a realizarse en juegos de movimientos de los que esté ajeno el poder. La vasta literatura en América Latina advierte sobre la necesidad de tener en claro esta relación entre política y poder, especialmente si consideramos una diversidad de teorizaciones sobre movimientos sociales que no rescatan la importancia del Estado, ni del partido, aunque también es verdad que el pensamiento histórico de la izquierda erróneamente ha tendido a limitar su pensamiento teórico sobre lo político al ámbito estatal. Es por esta inclinación estadocrática del pensamiento teórico político de inspiración marxista por la que, como reacción, emerge una nueva orientación de pensamiento. Con el pretexto de alejarse de aquella deformación, con la que burdamente identifica al leninismo (cuando no a todo el marxismo), esta nueva orientación perfila un tipo de análisis que no puede romper con el orden ideológico burgués imperante.[52]

Cuando lo político es rescatado en su función de transformar a las potencialidades en construcciones viables, su contenido se complejiza. Se hace necesario distinguir entre reactuar sobre las circunstancias mediante la formulación de proyectos, de lo que es el poder como capacidad para viabilizar proyectos. Es por eso por lo que la idea de poder es consustancial con la de construcción y reconocimiento de alternativas viables. Ello no contradice el hecho de que hoy se observan espacios nuevos de poder que son reflejo de un acelerado proceso de desestatización, a medida que surge una

mento relativo al decrecimiento del proletariado industrial, así como la reivindicación de partidos y programas no clasistas, como en el caso del partido comunista italiano (cf. A. Heller y F. Feher, *op. cit.*, pp. 204-205).

[52] En esta dirección es importante llevar a cabo una verdadera historia de la inteligencia latinoamericana. Sin embargo, hay que reconocer que en todo el discurso desarrollado hasta ahora, "lo político y la politicidad no fueron percibidos nunca verticalmente en una proyección en altura que asocia la idea de política con la idea de poder. . ." Es que sólo últimamente "se sitúa la dimensión vertical" completamente ausente "de la idea de política, de ser público y de common Wealth". Es a partir de El Príncipe que lo político se identifica con poder. (Cf. G. Sartori, *op. cit.*, p. 205.)

superestructura mediadora de los antagonismos fundamentales cada vez más compleja y autónoma, abriéndose paso a un concepto más extenso de dominio que el circunscrito a la forma estatal. Esta situación por supuesto no es nueva, pues, según observaba Engels, el dominio de la clase dominante puede llevarse a cabo en otras formas, como fue el caso del feudalismo desarrollado de las comunas medievales, en las que el Estado separado no existía, o existió en forma mínima o tal vez cuasi privada o no del todo pública.[53]

Pero el poder en su dimensión vertical, como la capacidad de imposición a través de la coerción económica o por medio de mecanismos de subalternidad ideológica y cultural, simultáneamente, asume una significación más vasta, ya que, además de esta dimensión vertical (en la terminología de Sartori), se asocia cada vez más con el desenvolvimiento de una mayor autodeterminación colectiva, con la capacidad de "decisiones colectivizadas soberanas",[54] que, a su vez, se proyecta en el desarrollo de la autoconciencia personal.

Se puede concluir de lo expresado que la conciencia política se ubica en un espacio no desarrollado teóricamente, a pesar de lo afirmado en la *III Tesis sobre Feuerbach* de que "son los hombres los que hacen que cambien las circunstancias". Desafío del hombre que se manifiesta en la posibilidad de transformar su esencia humana (entendida "como conjunto de las relaciones sociales" (*VI Tesis sobre Feuerbach*), en conciencia impulsora de esa "práctica objetiva" (*I Tesis sobre Feuerbach*). El hombre no puede refugiarse en su sola condición histórica, como tampoco sentirse liberado simplemente porque se refugia en su voluntad social objetiva que se apoya en una conciencia crítica y activa.

De lo anterior puede concluirse que lo político está referido a la transformación del eje "presente-pasado" en el eje "presente-futuro", de manera de abrirse a una apropiación de la realidad desde lo que está acaeciendo en el presente mediante la construcción de proyectos. Así es como se retoma la dimensión política del conocimiento que corresponde

[53] C. Luporini, *op. cit.*, p. 94.
[54] G. Sartori, *op. cit.*, p. 221.

al recorte de realidad propio de la praxis social.

Una síntesis de esta discusión puede formularse mediante los siguientes enunciados, en los que subyace la relación entre experiencia y utopía:

- Lo político es la supeditación de lo "estructural", a la construcción de voluntades sociales;
- Las voluntades sociales están influidas por la tensión entre la regularidad de los procesos sociales y las posibilidades de múltiples direccionalidades que éstos pueden asumir;
- La regularidad como objeto de teorización es remplazada por la direccionalidad;
- El conocimiento construido desde el campo de lo político se orienta a captar la realidad histórica como un movimiento complejo determinado por la influencia de las distintas fuerzas sociales, sin restringirse a una explicación teórica particular;
- El esfuerzo por captar la realidad tiene lugar en la sucesión histórico-temporal de las articulaciones y en el marco de las escalas espaciales donde se realiza la práctica social, mediante la cual el hombre interviene en la realidad, práctica que es en sí misma una realidad que cumple la función de activar a lo que hay de potencial en las articulaciones histórico-sociales, y
- La activación de la realidad por la práctica social solamente es posible en situaciones muy bien delimitadas, ya que es en ellas donde se pueden reconocer los puntos de mayor potencialidad.

Toda la argumentación sugiere la necesidad de impulsar una revisión de la lógica con que fue construida la economía política a partir del ángulo de la construcción de proyectos por los sujetos sociales. Se trata de encontrar la correspondencia entre la lógica que rige el funcionamiento estructural de la sociedad y la lógica de construcción de direcciones posibles desde las potencialidades de cambio contenidas en las estructuras sociales.

Esta capacidad de potenciar es la forma que asume la predicción. Potencialidad que consiste en conquistar el futuro mediante un esfuerzo de creación cultural en que pueda enraizar la conciencia y la voluntad por dar al cambio una dirección.

2. RACIONALIDAD Y TOMA DE DECISIONES

En este marco problemático surgen las preguntas acerca del modo de articular decisión y realidad social. Preguntas que constituyen el meollo de las reflexiones sobre lo político, desde cualquier postura ideológica que se asuma, ya sea revolucionaria o conservadora.

La lógica o racionalidad de la decisión es lo central desde lo político. Consiste en reconocer, primero, las opciones que se presentan, y después, resolver sobre la opción para imponer un proyecto. Las discusiones sobre el proyecto conducen al corazón mismo de la autonomía de lo político, que implica, para algunos como Schmitt,[1] tener que impulsar e identificar los alineamientos entre "amigos y enemigos", pero donde lo fundamental no es el contenido que pueda asumir la relación (*v. gr.*; puede éste ser de naturaleza económica, moral, religiosa, cultural, etc.), sino que la intensidad de la "unión o de la separación, de la asociación o de la disociación". Dialéctica que ocupa un espacio propio en la sociedad, pero cuyo rasgo esencial es la presencia de la voluntad de construir una realidad nueva en la que se alcance la propia identidad como sujeto social, sus alianzas y conflictos frente a los que son objetivamente sus enemigos, pasando por lo tanto, la construcción del futuro por la hostilidad y derrota de aquel actor que se constituye en el obstáculo para su propia realización. En este sentido, lo político deviene en la transformación de una visión de futuro en una dimensión de la actividad práctica en el presente. Por ello es que la dialéctica "amigo-enemigo" refleja, en lo más profundo, a la dialéctica futuro-presente: la transformación del futuro en presente de conformidad a la exigencia de la opción concreta que se haya elegido.

Si lo político desplaza el problema desde los contenidos

[1] Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Buenos Aires, Folios Ediciones, 1984.

(económicos, culturales, religiosos, etc.) al problema de la posibilidad real de constituir alineamientos entre los hombres, puede afirmarse con Schmitt que "extrae su fuerza de los más diversos sectores de la vida humana". O, como dice Marramao,[2] "lo político no constituye el cenit de un supuesto movimiento ascendente del proceso social, sino el modo de ser del proceso mismo entendido en toda su complejidad e integridad".

Pero lo dicho implica como esencia la capacidad de distinguir en las situaciones históricas concretas lo que es posible objetivamente, ya que no hacerlo es síntoma de "caducidad política". Ésta puede traducirse en la incapacidad para vislumbrar, en el contexto de horizonte histórico, los caminos viables para avanzar, esto es, enfrentarse con lo que P. Freire ha llamado "lo inédito viable". O bien, prescindiendo de la historicidad del presente, asumir como posible lo que ya es pasado. Schmitt se refiere a esta situación de "caducidad política" cuando observa lo que ocurrió en vísperas de la Revolución francesa. "En una Europa presa de la confusión, una burguesía relativista trata de convertir a todas las culturas exóticas en objeto de su propio consumo estético." Antes de la Revolución en 1789 la sociedad aristocrática había desfallecido en anhelos bajo las imágenes del "hombre bueno por naturaleza".[3] Tocqueville, en su *Ancien régime*, también describe esta situación.

En realidad, el problema consiste en que la capacidad de distinguir enemigos y, por consiguiente, las alternativas de fuerza que se presentan para avanzar, dependen de la claridad del proyecto de futuro que se tenga. Éste es sin duda uno de los rasgos del genio de Lenin para quien "no existen situaciones absolutamente sin salida", a diferencia del análisis puramente académico que se diluye en el pasado, o bien, que se frustra en sus complicaciones para rastrear el futuro.

De acuerdo con este razonamiento, no podemos circunscribirnos a un concepto de historia que se identifica con

[2] Cf. Giacomo Marrammao y otros, "Dialéctica de la forma y ciencia de la política", en *Teoría marxista de la política*, cit.

[3] Carl Schmitt, *op. cit.*, p. 66.

el planteamiento de que cada "sistema tiene una génesis".[4] No solamente estamos obligados a subordinar el tiempo cronológico al tiempo histórico, sino que, más aún, estamos obligados a un drástico cambio de óptica, ya que "la historia se construye a partir del carácter sistemático del presente". Lo que implica un rechazo al historicismo y su remplazo por lo que llamaremos la historia pertinente para entender la situación de presente como el momento de la realidad desde el cual se activan sus potencialidades para avanzar hacia una utopía, ese "inédito viable". La voluntad de construir, a través de la definición de proyectos de sociedad, se convierte en un criterio de lectura del pasado. No interesa todo el pasado, solamente aquellos aspectos que puedan servir de base para impulsar procesos de transformación. Estamos situados en la perspectiva de que la lectura de la realidad queda subordinada a una exigencia de futuro.

Pero la relación, por una parte, entre la realidad como producto histórico, y por otra, la exigencia de futuro que implica una decisión, plantea un problema complejo. Si el futuro es una construcción en oposición a lo que sería la naturaleza de la predicción (como ha dicho Marx, no se trata de anticipar el futuro, sino de exacerbar las contradicciones del momento), se trata de un esfuerzo netamente político, esto es moldeable, que no esté sujeto a un curso mecánico de la realidad histórica. El destino es un problema político, lo que supone que las decisiones no pueden ser neutras aun cuando se parta del supuesto de que la realidad está sometida a regularidades que no son el producto de los hombres. Parafraseando a W. Rathenau toda la realidad deviene en política cuando es pensada desde el futuro.

En esta línea debemos plantearnos el problema de la relación entre procesos decisorios, que involucran opciones, y una realidad (por ejemplo, el orden económico-social) que puede estar sometida a leyes fundamentales que regulan su desarrollo. No se establece ninguna contradicción, ya que el poder decidir significa potenciar una dirección del desarrollo que resulta objetivamente posible en tanto se contiene en el curso de su desenvolvimiento. No obstante, es evidente

[4] Cf. G. Marramao, *op. cit.*

que la consideración de la decisión supone aceptar que la realidad sociohistórica, en términos genéricos, no está sujeta a una lógica tal que su dinámica conduzca inexorablemente hacia ciertos estadios ya predeterminados. En este contexto, la decisión no es un simple reflejo que está condicionado por la realidad sobre la cual se quiere influir, pues reviste autonomía que expresa la presencia de una voluntad de construcción de una utopía objetivamente posible; esto es, que se deriva, como afirma Cacciari, "de estrategias —objetivos indisolublemente vinculados a ideologías y valores".[5] Lo expresado no supone que la autonomía de la decisión se pueda proyectar, como pretende Schmitt, a una autonomía de toda la historia de lo político. En cualquier caso queda marcado un rasgo de la realidad sociohistórica: su carácter de realidad abierta, no totalmente determinada, lo que puede ilustrarse con el debate sobre la teoría acerca del derrumbe capitalista.

En efecto, si tomamos como base la famosa "ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia", formulada por Marx en *El capital*, podemos observar que "en tanto tal" está frenada por causas que la "contrarrestan y neutralizan", de modo que se transforma en una tendencia cuya vigencia absoluta, según lo afirma el propio Marx, está "contenida, entorpecida", asumiendo su plena demostración en el largo tiempo del modo de producción capitalista. De manera que la dirección que manifieste el desarrollo del sistema será resultado, en opinión de M. Dobb,[6] del conflicto de la tendencia y de las fuerzas en sentido contrario. En esta misma línea de razonamiento, P. Sweezy observa que si tanto "la composición orgánica del capital como la tasa del plusvalor son variables [. . .], entonces la dirección en que la tasa de ganancia cambiará se hace indeterminada".[7]

La significación de estos comentarios reside en que abren el camino para que los elementos subjetivos adquieran toda

[5] Cf. Massimo Cacciari, "Transformación del Estado y proyecto histórico", en G. Marramao, *Teoría marxista de la política*, cit., p. 240.

[6] Maurice Dobb, citado por Lucio Colletti en *El marxismo y el derrumbe del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1978, p. 37.

[7] Lucio Colletti, *op. cit.*, p. 38.

su influencia, ya que las tendencias objetivas sólo tienen sentido como premisas de la lucha de clases. Por lo tanto, el desenlace del choque "no se puede prefigurar por anticipado", lo que plantea que el conocimiento social, en la medida en que el dato subjetivo no puede ser calculado, "jamás se puede cerrar con la predeterminación del desenlace del proceso".[8] En este marco, cabe preguntarse con Colletti si ante el hecho de que el conocimiento social permanece inconcluso "se puede llamar verdaderamente ciencia".

Sin perjuicio de la validez de las argumentaciones estructurales, especialmente en las condiciones definidas por el largo tiempo, estamos colocados en un punto del debate en el que comienza a ser desplazado por el discurso fundamentado en razones políticas. La historia de las explicaciones teóricas sobre la crisis del capitalismo es un ejemplo de lo que expresamos. Esto significa que la realidad cada vez más se enfrenta con un reto de construcción, es decir, como un objeto político. En la misma medida en que el discurso teórico deviene en discurso político, la verdad del primero se transforma en la posibilidad de hacer viables las construcciones que propone el segundo. En este sentido, más que interesar el problema de la correspondencia (en la acepción de lo que se entiende por verdadero), lo que importa es la cuestión de cómo hacer que lo potencial se llegue a plasmar en realidad material, en proyectos de realización efectiva para convertir al futuro en contenidos del presente de este modo transformado. En este discurso no hay verdad o falsedad: lo que hay son posibilidades de proyectos capaces de potenciar nuevas realidades, o bien, que no alcanzan a tener esta virtud.

En este marco, el problema de los valores, y en particular el de la ideología, se tienen que pensar desde el ángulo de las posibilidades para transformarlos en historia dominante, en oposición a aquellos que no llegan a serlo. No pueden continuar siendo analizados desde la estrecha óptica de la llamada "falsa conciencia", pues, como con razón advierte Marramao, son "un vehículo con el que los hombres llegan a darse cuenta del mundo histórico social que los rodea". Más aún, en particular la ideología es el "modo de ser de la realidad

[8] *Ibid.*, p. 39.

misma en cuanto organización y estructuración de la actividad de los individuos sociales". De ahí que el problema en el discurso político no se plantee entre saber y no saber, verdad o error, sino entre saber pero no querer, o entre querer pero no saber. Para este tipo de conocimientos importa más aprehender opciones que explicar, por lo que el pensar político cumple el papel de constituirse en nuestra propia condición histórica.

SEGUNDA PARTE

EL DISCURSO POLÍTICO: SU SIGNIFICADO PARA EL CONOCIMIENTO SOCIAL

3. ENSEÑANZAS DEL ENSAYO PARA EL ANÁLISIS POLÍTICO

El análisis de nuestro presente, de nuestra realidad, nos obliga a redefinir las visiones del pasado y del futuro y a contemplar con nuevos ojos la historia. Penetrar profundamente en la historia, para rescatar de ella aquello que se vislumbra como posible, en vez de limitarse a lo que ha cristalizado, escudriñar en sus brechas ocultas y en aquellos momentos que al fundirse con las tendencias dominantes quedaron reducidos a detalles carentes de interés, significa una nueva manera de entender la historia, de captarla como materia posible de ser moldeada como vehículo para conquistar el futuro.

Ello implica el esfuerzo de comprenderla como un proceso complejo de construcción de la realidad por diferentes sujetos sociales, abandonando la lógica de subordinar a la historia a la gran construcción que cumple una función retrospectiva que puede explicar, pero no reconstruir a los procesos como realidad con potencialidades; significa en suma, pensar la historia desde la perspectiva de lo político.

La diferencia entre un enfoque histórico y un enfoque político de la historia se mide por la función que cumplen las coyunturas. En el primer enfoque, la coyuntura sirve para mostrar una situación histórica como reflejo de una dinámica muy compleja, aunque sometida a la lógica que se desprende de la tendencia dominante. Mientras que en el enfoque político la coyuntura muestra los puntos límite en los que el rumbo del desarrollo puede reconocer virajes en su dirección, según sean las voluntades sociales existentes.

De ahí la importancia del discurso político para el conocimiento social, ya que un análisis como el teórico-político debe por su misma naturaleza mantener una estrecha relación entre la teoría y la práctica, posibilitando una perspectiva que dé cuenta de la naturaleza constructora de la praxis social de los diferentes sujetos sociales para conocer la diná-

mica que rige el comportamiento de los autores.

El discurso político cumple la función de revelar la relación entre uno o varios sujetos sociales y el poder, mediante la definición de opciones viables por las cuales puedan influir estos sujetos en la realidad.

El objetivo de estudiar textos de análisis histórico, es mostrar el surgimiento de coyunturas creadas por la dinámica histórica cuando ésta es comprendida como articulación entre los proyectos de diferentes fuerzas sociales. Ello obliga a tratar de comprender este proceso como la dialéctica entre "constitución" y "des-constitución" de los sujetos sociales, que en sus proyectos en pugna constituyen la realidad y conforman el espacio para su reflexión teórica como creación cultural que implica conciencia y voluntad, reflexión y proyecto.

Con el propósito de ilustrar sobre lo anterior se han escogido algunos autores del pensamiento político latinoamericano,[1] cuyos textos reflejan, a la vez que un profundo conocimiento de sus realidades, la voluntad de compromiso por su transformación.

Así encontramos en Molina Enríquez[2] cómo el futuro se contiene en el análisis de situaciones pasadas, por medio de la noción de patria, marco articulador de las diversas realidades de la sociedad y utopía social orientadora del análisis. Mientras que para Cotler[3] la construcción del conocimiento se efectúa a partir de las exigencias de la acción, en donde la coyuntura aparece como el momento de la praxis capaz de potenciar el presente histórico.

[1] Estos autores han sido escogidos con base en el criterio de que sean representativos de diferentes épocas históricas, tendencias políticas y modalidades de formación intelectual.

[2] Andrés Molina Enríquez, mexicano (1865-1940) de formación liberal-positiva publicó en 1909 su mayor obra *Los grandes problemas nacionales*. Participa en el proceso revolucionario mexicano de 1910 al lado de Carranza. Es considerado padre del art. 27 constitucional, en el que se definen las modalidades de la propiedad de la tierra en México.

[3] Julio Cotler, peruano, científico político, dedicado al análisis de los procesos peruanos, especialista en problemas del Estado y la sociedad nacional. Actual director del Instituto de Estudios Peruanos, preocupado por el vínculo de la ciencia política con la perspectiva histórica.

Si para Mariátegui[4] el problema central es la incorporación de la utopía en el marco de un horizonte histórico, por medio del proyecto nacional pensado en función de una clase, ángulo de lectura de su realidad, para Almaraz[5] la definición de un período histórico estará centrada en el surgimiento de nuevas furzas sociales, planteándose el problema de la relación entre la praxis y la viabilidad, entre las necesidad y la imposibilidad de los proyectos de estas fuerzas sociales.

Finalmente en Zavaleta[6] es posible encontrar la organización de un pensamiento político sobre la historia, que trasciende a la teoría e ideología, subordinándolas al momento histórico que contiene las potencialidades de futuros posibles, lo que le permite conjugar las tendencias macrosociales con los mecanismos dinámicos que configuran a estas tendencias, recuperando lo empírico sin perder las categorías generales, todo ello dentro de un análisis fecundo, con una gran riqueza en el lenguaje.

Las situaciones históricas que encontramos como referencias servirán para mostrar la problemática del análisis político cuando se confronta con un material histórico. Desde luego no hemos intentado reescribir el análisis, aunque sí contribuir a explicar cómo los procesos históricos presentan márgenes objetivos posibles de ser reenfocados desde otros ángulos de estudio.

Con lo anterior no pretendemos imaginar situaciones que pudieron ser pero que no fueron, sino más bien evitar un en-

[4] Sergio Almaraz, boliviano, ideólogo del nacionalismo boliviano, teórico del movimiento nacional boliviano. Tuvo amplia participación política antes del régimen de Paz Estenssoro.

[5] José Carlos Mariátegui, peruano (1895-1930). De formación marxista, Mariátegui se orientó hacia el socialismo. Entre 1923 y 1930 escribió casi la totalidad de su obra: *La escena contemporánea* (1925), *Siete ensayos de integración de la realidad peruana* (1928). Después de su muerte fueron publicados los siguientes trabajos: *Defensa del marxismo*, *El artista y la época*, e *Historia de la crisis mundial*.

[6] René Zavaleta, boliviano (1931-1985), sociólogo, marxista, preocupado de teorizar el problema de "la sociedad nacional boliviana, políticamente activo colabora en su juventud con Paz Estenssoro, posteriormente rompió con él. Vivió en el exilio hasta su muerte en Chile, y en México fue director de FLACSO, sede académica México.

foque de los procesos históricos que incurra en el error de reducir los horizontes históricos a lo que ha cristalizado como dominante, porque la explicación de lo ocurrido es una manera de justificación de lo existente. Si en vez de ello buscamos enriquecer nuestra visión del futuro, debemos ser capaces de romper con todas las reificaciones genético-causales e ideológicas, abriéndonos al campo de posibilidades que está determinado por el surgimiento, desenvolvimiento y muerte de los sujetos sociales, cuya presencia en un momento dado determina las potencialidades de cambio que ese momento contiene.

I. LA URGENCIA DEL FUTURO

Nuestro propósito es develar la relación que hay entre la necesidad de construir el futuro y el análisis histórico. O, en otras palabras, descubrir cómo el futuro se contiene en el análisis de situaciones pasadas. En la obra de Andrés Molina Enríquez es posible encontrar ejemplos de esta perspectiva de estudio, como en su examen de la intervención francesa en México:

> Toda empresa de intervención tenía que ser, como fue la francesa, una verdadera invasión. Al amparo de ella es cierto que el imperio pudo establecerse, pero bajo las tres condiciones capitales siguientes: que el emperador hubiera tenido capacidades políticas suficientes para comprender el estadio, o para sentir por instinto, el complicado juego de los grupos de acción social y de los elementos de raza que hemos indicado antes, a fin de unir todos esos grupos y todos esos elementos en contra del mestizo; que la Francia redentora, descendiente de la Francia de la Revolución, hubiera querido desempeñar el papel de reaccionaria para volver a un pueblo hacia atrás; y que al hacer esto, caso de que lo quisiera hacer, no tuviera que perjudicar a los criollos nuevos, que eran los dueños de una gran parte de la propiedad desamortizada y nacionalizada, entre los cuales la mayor parte eran franceses. No pudiendo llenar esas tres condiciones, la empresa intervencionista venía a tener por único objeto el destruir el gobierno de Juárez, para poner el impe-

rio en su lugar, o lo que era igual, quitar el gobierno de las manos de los mestizos, para ponerlo con el mismo carácter, aunque con la forma imperial, en las de los criollos conservadores, divorciados de los reaccionarios. Ese plan, que sintéticamente ha formulado don Justo Sierra (*Juárez, su obra y su tiempo*), diciendo que fue el empeño de unir el imperio con la Reforma, agradaba a los criollos conservadores que veían de nuevo renacer a la nobleza, los honores, los privilegios, y convenía a los moderados, que eran criollos al fin, pero no agradaba ni convenía a los mestizos o liberales, ni al clero, ni a los reaccionarios; y los criollos señores, tanto los conservadores como los moderados, estaban demasiado lejos de los indígenas, y eran ya demasiado débiles para asumir las responsabilidades de la situación. Francia comprendió pronto esto, y sólo tardó en retirarse lo que su honor militar le exigió. El imperio, falto del ejército francés, se hizo reaccionario, pero el grupo reaccionario, una vez que el clero había perdido sus bienes, nada significaba ya; irremisiblemente el imperio tenía que caer y cayó. Su caída consagró para siempre en el exterior, la firmeza del gobierno de los mestizos. La obra de Juárez estaba terminada.[7]

Cuando Molina Enríquez observa que cualquier intervención en México, considerando "el complicado juego de los grupos de acción social y los elementos de raza, conducía a la destrucción del gobierno de Juárez para "poner el imperio en su lugar", coloca en el centro de su análisis la constatación de una inviabilidad histórica como era "volver a un pueblo hacia atrás", más aún si ello supone no perjudicar "a los criollos nuevos" que en su "mayor parte eran franceses". Por carecer el cambio político que pretendían los invasores de apoyo social, no podía el régimen sostenerse pues "los criollos señores, tanto los conservadores cuanto los moderados, estaban demasiado lejos de los indígenas, y eran ya demasiado débiles para asumir la representación de la situación...", por lo que el "imperio tenía que caer y cayó", consagrando para siempre "la firmeza del gobierno de los mestizos".

Lo anterior sirve para ilustrar la relación entre análisis social e histórico, pues aquél aparece situado en un marco histórico que expresa a un período del desarrollo del país (el

[7] Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*, México, Comisión Federal de Electricidad, 1979, p. 72.

llamado período de transición). En este sentido, interesa señalar que la mayor riqueza en el estudio de un período histórico se alcanza cuando su observación se organiza desde la perspectiva de un problema concreto que se desea resolver. Esto debido a que el problema remite a una política que, como tal, se refiere a toda la realidad de su trasfondo desde el ángulo definido por el cómo impulsar su transformación, esto es, a la realidad mediada por los grupos sociales en relación y conflicto.

La política de imponer una fuerza imperial o, en lo opuesto, de mantener una forma republicana de gobierno, se inserta en el cuadro del antagonismo por mantener a los mestizos como grupo dominante o remplazarlo por los criollos señores. Cuadro social que muestra su complejidad cuando se analiza desde la exigencia de estas políticas. Los grupos sociales dejan de ser instrumento para transformarse en actores portadores de sus proyectos, los cuales plantean los límites para poder impulsar cambios de dirección al desarrollo histórico.

Se enfrenta la imposibilidad de marchar más allá de ciertos límites históricos estructurales, como es la desamortización de los bienes o de impulsar un remplazo de la base social del poder político que signifique el desplazamiento de los mestizos.

En un marco de esta naturaleza, se trata de apoyar el período de transición. El futuro no es visto desde una perspectiva puramente ideológica. Hay un esfuerzo de proyectarse hacia éste desde una situación concreta; de ahí que no pueda menos que señalar que "tiempo es ya de que salgamos de la oscilación de la vacilación, y de que busquemos nuestro camino de Damasco. . ." (p. 347). Voluntad de construcción que no se formula ni se fundamenta en un modelo ideológico sino en la exigencia de forjar un proyecto de sociedad que, en estricto sentido, pueda asumir distintos contenidos ideológicos. En verdad, implica algo más complejo que pensar en un modelo, afirmar que se "debe adquirir conciencia de nuestro ser colectivo, definir nuestro espíritu social" para poder "formular nuestros propósitos de conducta con precisión". Advertencia que no hace más que expresar la inquietud acerca de que "la obra de la Reforma pudo haberse

hecho mejor", es decir, "haber quedado con ella resueltos los grandes problemas nacionales" (p. 84). En el trasfondo se puede constatar un proyecto de futuro fuertemente vinculado a la "noción de patria que sirva en el interior para lograr la conducción integral de todas nuestras fuerzas, y en el exterior para mantener la seguridad plena de la existencia común" (p. 347).

La noción de patria es el marco, no se sabe si histórico, valórico o puramente ideológico, que cumple el papel de articular a las distintas realidades de la sociedad concebida como utopía social que sirva tanto para orientar al análisis como de compromiso con la realidad. Pero la patria aparece estructurándose en torno de un eje que se va consolidando en el tiempo de la historia y en el espacio de la nación, que además, exige de mecanismos ideológicos para su legitimación. Es el caso de la propiedad.

"La existencia de un agregado patria, es tanto más firme y segura, cuanto más dilatadas y profundas son las raíces que ha echado en el territorio", siendo su forma tangible "los derechos de propiedad" cuyo fundamento "es tanto más debilitado y profundo, cuanto más perfectos son esos derechos en su grado de evolución jurídica" (p. 286). La patria sirve como base del carácter axiológico para definir la posibilidad de un proyecto de sociedad que, sobrepasando lo puramente normativo, llega a ser viable. Sin embargo, para esto se requiere de algunas condiciones. Y es la ausencia de estas condiciones lo que impulsa a justificar como necesaria la existencia de un gobierno dictatorial o fuerte.

La carencia de unidad, la inexistencia de una integración nacional, tiene consecuencias políticas. Por carecer el país de una unidad de origen, de religión, de costumbres, de lengua, de deseos, propósitos y de aspiraciones, lo que se explica en razón de que la población se formó "por la compenetración y la incorporación de distintos agregados humanos en muy diversas condiciones, como son el indígena, el criollo y el mestizo", entre los que "no existe ni puede existir un punto de integración que permita hablar de nación". En virtud de estos hechos, la única posibilidad de definir un proyecto de nación es a través de mecanismos de naturaleza política que ayuden a superar estos obstáculos.

"Si hemos de ser una nación propiamente tal, es necesario que lo seamos imponiendo su existencia política." Atendiendo a los peligros de una falta de cohesión cultural, ideológica y de propósitos, la integración debe partir siendo de naturaleza política, pues la existencia política no puede estar basada en una mera "complacencia de favor". La base necesaria de sobrevivencia requiere para surgir y desarrollarse de una homogeneidad fundante, cuyos rasgos en su conjunto son lo que se entiende como patria. Para ser nación hay que tener un proyecto de nación, porque la nación es una construcción política.

La lógica de un razonamiento centrado en lo político inexorablemente tiene que concluir con el problema de lo viable, que ya está presente desde el inicio del análisis. No basta con vislumbrar al proyecto de nación como deseable, debe hacerse viable.

> Parece ocioso decir que la forma de nuestro gobierno tiene que ser todavía por muchos años, la dictatorial tal cual la han establecido nuestros estadistas. Desde el momento en que nuestra población está compuesta [. . .] de unidades, tribus, pueblos y grupos, que [. . .] presentan todos los estados evolutivos que la humanidad ha presentado en su desarrollo [. . .], es imposible que todos ellos sean regidos por una sola ley y que sean gobernados por un magistrado civil, siempre dispensador de justicia (p. 334).

El carácter dictatorial del gobierno se mantendrá hasta en tanto no se haya hecho realidad la patria. "Nuestros gobernantes. Hasta en tanto no se constituya definitivamente nuestra patria, deberán tener facultades dictatoriales, con tanta mayor razón cuanto que todos esos trabajos de constituir a nuestra patria definitivamente pueden producir trastornos internos, que será indispensable sofocar." (p. 335). No obstante, el carácter dictatorial se circunscribe a las "facultades de acción" del gobierno y no debe entenderse como la continuidad del mismo grupo en el poder; aunque sobre este tópico se reserva dar una opinión definitiva. En sus términos el autor anticipa un problema muy actual en los países latinoamericanos, en relación con la compatibilidad entre eficacia política y participación.

La pugna ideológica de la actualidad refleja la dificultad por encontrar una fórmula político-institucional que sea capaz de armonizar la alternancia en el ejercicio del poder, entre grupos opuestos y antagónicos, con la continuidad del Estado como proyecto nacional. De ahí que surja la pregunta acerca de cuáles son las condiciones para impulsar la realización de un proyecto nacional de desarrollo.

La primera de las condiciones es la integración de los diferentes grupos sociales que no están, desde luego, dispuestos en la misma medida a someterse a los mecanismos de homogeneización nacional. La principal resistencia partirá de los "grupos criollos [. . .], que no se rendirán sin combatir" (p. 302). No se puede olvidar que en la caracterización hecha por Molina Enríquez de la estratificación social de México los criollos, tanto los "criollos señores como los criollos nuevos" (p. 102), son los poseedores de la gran propiedad que presenta los mismos caracteres que "antes de la Reforma, cuando la propiedad pertenecía a la Iglesia". Es el grupo que no se identifica con "la patria" y que resistirá cualquier política orientada a defender los intereses de ésta.

> Como en realidad no son mexicanos de espíritu, no se detendrán a hacer consideración patriótica alguna, sino que resistirán con todas sus fuerzas cualquier acción interna en ese sentido, y cuando se sientan incapaces de resistir, invocarán los grandes intereses extranjeros comprometidos, y apelarán de nuevo a la intervención, si no de Europa, que ya casi no es posible, sí de los Estados Unidos (p. 302).

Claramente se prefigura de lo anterior la orientación extranjerizante de los grupos altos, así como la presencia de Estados Unidos como factor de poder que interfiere en contra de la posibilidad misma de construir un proyecto nacional en el futuro. Pero todavía hay más.

Los intereses extranjeros "si son europeos, se acogerán a la protección americana en nombre de la civilización, y si son americanos, obrarán por cuenta propia". De cualquier modo "los intereses extranjeros se harán sentir por la acción de los Estados Unidos" (p. 303).

Es en este contexto que se plantea la cuestión de la reforma agraria.

La reforma agraria no limita sus efectos a modificar las condiciones de predominio de un grupo privilegiado, sino que extiende sus consecuencias hasta provocar un cambio en los estilos para ejercer la dominación, así como en las estrategias de reproducción social. La integración de un proyecto nacional exige que se modifiquen los patrones de conducta, en términos de un proceso de modernización capaz de romper con los símbolos asociados con la hacienda. Se requiere que pierdan los agricultores "su condición de señores" que determina una actitud pasiva frente a la producción de riqueza, ya que tal estatus los lleva a conformarse con la posesión de una renta "fija, segura y permanente". Proceso de modernización que además ponga a la propiedad en capacidad de cumplir con una función social, como es hacerla producir, que no siga sirviendo de base a un espíritu de dominación señorial.

En este sentido se puede constatar una irracionalidad en el interior del sistema de explotación de la tierra, ya que no se produce un aprovechamiento de los recursos debido a que su lógica de funcionamiento, más que obedecer a una racionalidad económica, responde a las exigencias del señor que se contenta con un incremento de su renta. El concepto de propietario deviene en sinónimo de vencedor y la propiedad de violencia. Se plantea el imperativo de una liquidación de la gran empresa, pues "la hacienda no es negocio". En ninguna parte del mundo es remuneradora la imposición de capital en grandes extensiones de terreno" (p. 109).

La necesidad de dividir la gran propiedad agrícola "no es un sueño" (p. 121). Pero, evidentemente, no se trata de promover un fraccionamiento por medio de "arrendamientos a largo tiempo, o por fraccionamientos voluntarios definitivos que no obedezcan a estímulo especial", ya que este tipo de fraccionamientos producen resultados insignificantes por falta de capitales. Por consiguiente, de lo que se trata, después de superar el abismo formado entre la gran propiedad y la pequeña, es de formar "una clase media capaz por sus recursos de hacer un trabajo útil en las proporciones en que

lo requeriría una mayor división de la propiedad grande" (página 121).

El desenvolvimiento de un proyecto nacional, además de estas condiciones económicas, requiere también de condiciones ideológicas, lo que obliga a enfrentarse con ciertos rasgos de homogeneización interna del país. Entre estas condiciones cabe destacar la "unificación del tipo" que no requiere de medida especial alguna. "Para borrar las diferencias que se notan entre los distintos tipos que presentan los grupos sociales [. . .] bastará con que el elemento mestizo predomine como grupo político y como grupo social, y con que eleve su número hasta superar a los otros, para que todos se confundan con él, como ha pasado en los Estados Unidos" (p. 308). Pero reconoce el autor las resistencias al mestizaje, clave para alcanzar la condición de comunicación y de estabilidad interior, de parte "de todas las clases sociales que han gozado de largo bienestar".

Sin embargo, una de las condiciones más importantes que se señalan para poder impulsar un proyecto nacional, es la necesidad de enfrentarse con la heterogeneidad determinada por el desigual desarrollo experimentado por los grupos sociales que, en el caso de México, no puede "ser más grande ni más profunda". Y que lleva a Molina Enríquez a plantear como tarea lo que llama la falta de "unificación del estado evolutivo". De ahí que se deba de resolver la problemática que encierra el hecho de que tengan que coexistir casi "todos los estados de desarrollo que la humanidad ha atravesado en el curso de las edades". Pero resulta "lento, complicado y muy difícil poder reducirlos todos a un estado evolutivo común" (p. 315), por eso se sugiere una estrategia de igualdad social, adelantar a algunos y retroceder a otros, aunque sin abandonar la meta de hacer adelantar a todos.

La idea acerca del papel del mestizo se mantiene como eje central de su concepción estratégica.[8] El desarrollo nacio-

[8] "Los mestizos. El elemento mestizo se componía de cuatro grupos, el grupo agricultor y los tres que ya dijimos se formaron con las unidades separadas del clero, es decir, el grupo de los empleados, el de los profesionistas y el de los revolucionarios [. . .] Los mestizos, gracias a sus poderosas energías, son los dueños del poder: de ellos emana el impulso volitivo en to-

nal se apoya en este grupo de los mestizos asociados con los intereses extranjeros que, en caso de ser tocados, pueden obstruir la posibilidad del desarrollo. Es por ello por lo que es necesario desplazar a los grupos nacionales que se oponen a la modernización ("los criollos que por su orientación extranjerista llevan a entregar al extranjero los destinos patrios"),[9] en favor del grupo nacional que sin herir a esos intereses impulse una política en interés de la patria.

Los mestizos deponiendo su actual actitud (acción radical) contra los criollos y los extranjeros ("con el riesgo de provocar la acción directa de estos últimos"), se obligan a respetar y a defender los intereses extranjeros ya creados, y logran comprometer intereses mayores, extranjeros también, a su causa, esos intereses ayudarán a los mestizos contra "los criollos", éstos perderán la última oportunidad de resistir a la unificación de la nacionalidad mexicana (p. 304).

dos los asuntos públicos; ellos llevan al terreno de la ejecución todos los propósitos; ellos son los fuertes; ellos son los que mandan; pero están a merced de los criollos. La independencia que da a los criollos la posesión de una gran fortuna; la superioridad que les infunde su condición de aristócratas; y las ventajas personales que les concede su propio adelanto evolutivo, hacen que jamás se acerque un criollo a un funcionario mestizo. Con muy raras excepciones, son mestizos todos los funcionarios que ejercen autoridad efectiva sin que el criollo haga sentir su influencia personal sobre el funcionario, y sin que éste se sienta más o menos dominado por la intensidad de esa influencia, en apariencia afectuosa y delicada, y en el fondo altiva e insolente" (p. 319).

[9] "No cabe duda alguna acerca de los intereses extranjeros creados en el país, son un grave peligro para la nacionalidad mexicana. Esos extranjeros se harán sentir por la acción de los Estados Unidos. Ahora bien, que esos intereses están vinculados en los de los criollos, no puede tampoco dudarse, y es natural que temamos, y el señor general Díaz lo ha temido y teme aún [. . .] que éstos (extranjeros al fin) nos repitan el caso de Cuba o cuando menos de Panamá [. . .] Tan evidente es el apoyo que encuentran los criollos en los intereses que representan, que hemos visto no hace mucho, al ministro de Hacienda, expedir una circular moralizadora en asuntos bancarios, y después, destruir él mismo los efectos de esa circular, ante la actitud de los criollos nuevos; y hemos visto también al ministro de Fomento indicar la nacionalización de las sociedades mineras en la República y retroceder inmediatamente ante la grieta que se levantó. Parecemos inevitablemente condenados a la suerte de Polonia o de Cuba, y sin embargo, algo hay que hacer. Precisamente en esta cuestión encontramos la razón de las vacilaciones del señor general Díaz para abandonar el poder y elegir un sucesor" (p. 303).

Se considera que la inversión extranjera puede cumplir un papel dinamizador del proyecto nacional, en la medida en que se encuadre en políticas decididas autonómamente. Es así como "todo el capital indispensable para la reforma agraria, para las reformas del crédito territorial y para las reformas de fomento a la inmigración", suscritos en el extranjero, permite "crear treinta millones de verdaderos propietarios territoriales dentro del país", el capital extranjero "no será una amenaza para la nacionalidad, sino al contrario" (p. 304).

El pensamiento se organiza desde la premisa de reconocer a un sujeto social (los mestizos) y las exigencias planteadas por un proyecto nacional de desarrollo. La voluntad para impulsar el proyecto, empero, descansa no en los grupos económicos poderosos sino en cada capa política. Como ya se anotaba "los mestizos son los dueños del poder: de ellos emana el impulso volitivo en todos los asuntos públicos; ellos llevan al terreno de la ejecución todos los propósitos; ellos son los que mandan" (p. 319); ya que con raras excepciones "son mestizos todos los funcionarios que ejercen autoridad efectiva", sin que el criollo "haga sentir su influencia personal sobre el funcionario [. . .] en apariencia afectuosa y delicada, en el fondo altiva e insolente". Los mestizos, constituidos, en primer lugar, por los que "descendían del agricultor español mezclado con indígena, que con el tiempo dieron lugar a la propiedad común" (p. 65).

Pero también por otros grupos que "procedentes de cruzamientos de ocasión, no tuvieron la fortuna de ser propietarios", y que, protegidos por la Iglesia, "fueron los que más tarde se dividieron en empleados, profesionistas y revolucionarios" (p. 65).

Con este último segmento se dio origen a un sector social que al no tener acceso a la propiedad, como es el caso de los criollos hacendados, tuvieron acceso al ejercicio del poder. Esta separación entre poder político y económico genera una dinámica, a partir del mismo gobierno de Juárez, que sin duda se proyecta en el curso posterior del desenvolvimiento político del país.

Desde la perspectiva epistemológica de este trabajo, Molina Enríquez se caracteriza por estar centrado en la idea de

que la realidad sociohistórica, trascendiendo los límites del diagnóstico científico, es en última instancia la construcción de una voluntad social; y que esta voluntad es la encargada de dar respuesta a las sucesivas coyunturas mediante las cuales la historia de un país va reconociendo su propia realidad concreta. Un ejemplo de lo que decimos lo constituye la recuperación que hace de la riqueza del análisis de coyuntura, como asimismo el manejo del tiempo en función de la dinámica propia del proyecto.

En el primer caso, tenemos el análisis que efectúa Molina Enríquez respecto de las leyes de nacionalización que impone Juárez que, junto con despojar al clero de sus bienes raíces, reducían los efectos de la desamortización a sólo el clero y facilitaban la adquisición de esos bienes. Con ello se produce un realineamiento de fuerzas. En efecto, los indígenas "libres del peligro de nuevos despojos se fueron apartando de la revolución"; la Iglesia perdió los bienes que alimentaban a la revolución; los mestizos adquieren algunos de esos bienes "que les sirvieron para recrudecer sus bríos", y los nuevos "dejan su actitud expectante y se comprometen en la revolución para buscar junto con los mestizos al amparo de las nuevas leyes, mejores lucros que los alcanzados con las de desamortización" (p. 71).

El gobierno establecido en la capital queda "de hecho nulificado". Sin poder ocupar la "zona de los cereales y no pudiendo pagar a sus soldados, éstos le fueron abandonando poco a poco [. . .] No quedaba más remedio que la intervención europea [. . .] Mientras tanto Juárez estableció el primer gobierno propio y formal de los mestizos que ya eran clase de intereses. Con ellas la preponderancia de los mestizos estaba asegurada en el interior del país; falta imponerlo al exterior" (p. 71). De esta manera se consolidaba una nueva fuerza que terminaba por articular al poder político y un poder económico todavía emergente, que se arrebataba, por lo menos en parte, a la antigua clase dominante de terratenientes.

Cuando se destaca este tipo de análisis en Molina Enríquez pretendemos poner de relieve la preocupación por conjugar el análisis de hechos sociales con su dinámica, que no aparece, ni aun en el marco de su postura positivista, como

resultado de un orden legal, sino, principalmente, como resultado del surgimiento y desenvolvimiento de sujetos y del tipo de relaciones que se establecen entre los mismos. Lo que es congruente con la lógica del análisis centrado en una realidad que es problematizada desde el ángulo de un proyecto, que se piensa no solamente como deseable sino también como posible.

En consecuencia, el modo de entender a la periodización se ciñe al desarrollo del proyecto, lo que entraña algunas enseñanzas para la construcción del conocimiento. En verdad, antes de entrar al estudio de la influencia de las Leyes de Reforma sobre la propiedad, Molina Enríquez concluye su exposición en una formulación que, en virtud de su riqueza de sugerencias, queremos tomar como base para una última reflexión epistemológico-política; dice el autor:

> Todo el período que rápidamente hemos recorrido, desde el Plan de Ayutla hasta la caída del Imperio, puede ser llamado con propiedad, el período de transición. Ese período [. . .] tras una prolongación que duró hasta el fin de la presidencia de Lerdo de Tejada. Después de él, comenzó el período integral que dura todavía; en él tenemos que resolver los grandes problemas que son el objeto de este trabajo. Para mejor plantear esos problemas, vamos a ampliar por separado, de los datos anotados como de nuestra historia contemporánea, los relativos a las leyes de desamortización y de nacionalización, para expresar las modificaciones que con ellas sufrieron las condiciones de la propiedad y los relativos a la política seguida por el señor general Díaz, en lo que llevamos del período integral, para darnos exacta cuenta del estado de los grupos de acción social y de los elementos de raza de la población en el momento en que tenemos que resolver aquellos graves problemas (p. 72).

¿Qué es lo que sugiere el texto citado para nuestros propósitos de ilustrar lo que llamamos análisis político? Como ya observamos, en primer lugar tenemos que la periodización está fijada según las exigencias del proyecto de sociedad que sirve de marco histórico para ubicar el análisis. Aunque no se trata estrictamente de un contexto histórico, que por igual podría ser determinado según recortes cronológicos, se procura determinar la situación histórico-concreta en relación con la necesidad de definir una política. Política que

en la medida en que se orienta a establecer un vínculo con la realidad que está mediado por la solución de problemas, determina que lo concreto se identifique con problemas que, al resolverse por medio de la política, la convierte en una relación con la realidad de un estatus comparable a una teoría.

Pero con la diferencia de que la relación con la realidad, en tanto que se encuadra en la construcción de un proyecto, está mediada por la dinámica de los grupos sociales en sus dimensiones micro y macrosociales, de corta y larga duración.

De esta manera, la realidad se reduce a problemas que son la manifestación de las necesidades de los grupos, por lo que su solución tiene que apoyarse en la definición de estrategias en torno de proyectos posibles. En síntesis, la realidad que se pretende conocer es una construcción cuya posibilidad objetiva depende de la capacidad de los diferentes grupos por hacer cristalizar sus expectativas en utopías, que pueden ser viables. Por eso el conocimiento de la realidad histórica es un conocimiento que partiendo de un horizonte histórico, sea útil para determinar las opciones posibles en cuyo marco sea posible avanzar hacia una nueva realidad.

II. TEORÍA Y COYUNTURA

El conocimiento histórico se puede organizar según algunos criterios que no son necesariamente complementarios. Se puede construir con base en hipótesis que reflejen el conocimiento que se ha ido desarrollando siguiendo una lógica de acumulación; pero también se puede impulsar según las exigencias determinadas por los proyectos de construcción social, los que reflejen el interés y las prácticas de distintos sujetos sociales.

En el texto de Julio Cotler *Reflexiones en torno de clases, Estado y nación en Perú* que sirve de referencia,[10] se pue-

[10] Julio Cotler, *Reflexiones en torno de clases, Estado y nación en Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1978.

den encontrar ejemplos para ilustrar tanto coyunturas en las que los sujetos supieron definir proyectos, como también ilustración de situaciones en que eso no tuvo lugar. Pero ambas situaciones son interesantes de investigar para determinar las circunstancias que mediaron para la definición de proyectos que fueran viables o no. Como ejemplo del primer caso, se puede recordar lo que ocurrió con "la pérdida de legitimidad política del Estado criollo dominante y la destrucción del aparato productivo", con motivo de la desintegración del orden patrimonial y la ruptura del comercio colonial, lo que dio oportunidad "a que los grupos de poder regionales y locales se encontraran en una situación de autonomía frente a cualquier pretendido centro nacional" (p. 71). Como ejemplo se puede mencionar "el vacío de poder" que se creó como resultado de la "eliminación del estrato colonial dominante y la desarticulación de las masas populares", derivado de las luchas por la independencia frente a España. Como consecuencia de esta coyuntura Perú sufrió una fragmentación política que originó una profunda inestabilidad que duró hasta fines del siglo, originándose ese vacío de poder que no pudo ser llenado "ni por los jefes militares ni por las fracciones oligárquicas" debido a su "incapacidad de integrarse políticamente" (p. 69). De esta manera Perú a partir de la independencia hasta fines del siglo XIX se caracterizó "por una situación oligárquica sin conformar una fracción hegemónica".

Si estas observaciones son pensadas en retrospectiva, no tiene sentido plantearse la cuestión del conocimiento adecuado para entender una coyuntura, por cuanto éstas se reconocen después de llevarse a cabo la reconstrucción histórica. De ahí que lo que surge como relevante es un conocimiento capaz de captar la dinámica histórica en "un presente", que resulta de las relaciones que se establecen entre las diferentes fuerzas sociales. Por esta razón, si el conocimiento de los procesos históricos consiste en una reconstrucción de tendencias histórico-genéticas (como lo es el texto de Cotler), también se debe reconocer que en el marco de esta reconstrucción se contienen los momentos coyunturales que requieren de una particular atención. Es a partir de este doble plano del conocimiento que podrían rescatarse las "his-

torias posibles" de las que hablaba Braudel. Lo dicho supone que las descripciones históricas deben ser capaces de reconocer los momentos de inflexión constituidos por los sujetos sociales que luchan por imponer sus proyectos de sociedad. Si nuestra intención es pretender dar cuenta del futuro, el desafío que enfrentamos es el de impulsar como alternativa el análisis de esos momentos de inflexión en el presente y no solamente a través de una reconstrucción retrospectiva, propia del análisis historiográfico.

La diferencia entre uno y otro enfoque reside en que el histórico reconstructivo se limita a dar cuenta de la existencia de ciertos tipos de estructuras y de su funcionamiento, mientras que el análisis de los momentos de inflexión involucra simultáneamente el estudio de distintas dimensiones de la realidad, en virtud de que la praxis de los sujetos sociales consiste en una articulación de toda la realidad desde el ángulo definido por su interés social particular. Por eso es que las prácticas de los sujetos no pueden incorporarse en un plano exclusivo de la realidad, pues su dinámica es una expresión del movimiento de la realidad que consiste en la dialéctica de su conformación por el sujeto, como a su vez éste es determinado por las circunstancias externas de su contexto.

Desde otro ángulo, nos enfrentamos a la diferencia que existe entre lo que es determinar la realidad y lo que es hacer que algo sea posible de llevarse a cabo. En el primer caso, el concepto de lo que se entiende por objetividad se confunde con un hecho constituido como referente de una proposición teórica; en cambio, en la segunda situación, la realidad objetiva se corresponde con la transformación de una utopía en realidad material. En esta alternativa la realidad es un producto de la potenciación que resulta de una capacidad de acción que se desenvuelve con una orientación determinada. En esta dirección aparece clara la articulación entre lo que es objetivamente posible con lo subjetivamente deseado, que incluye a lo objetivo, de forma de no incurrir en el reduccionismo a un simple capricho de voluntad.

Lo que es objetivamente real atestigua su presencia en estructuras muy bien delimitadas, con una organización y una lógica de funcionamiento bien identificable. Por eso se pue-

de diferenciar de aquellas otras manifestaciones de la realidad cuya concreción histórica es producto de una serie de coyunturas, que no están necesariamente sujetas a una lógica en su desenvolvimiento histórico. A pesar de ello, estas coyunturas en su conjunto pueden abarcar una secuencia histórica que constituya un período relativamente largo, pero que es el producto de la praxis reconocida de varios sujetos sociales.

Se puede ilustrar esta diferencia de enfoques con el análisis del Estado que no puede ser confundido con el análisis del régimen político. Ocurre que "mientras las bases sociales del Estado de América Latina son similares, el régimen político puede ser variado", en razón de que éste resulta de determinadas prácticas de los sujetos que historizan a la realidad Estado de diferentes modos, según sea la naturaleza de la acción desarrollada para dinamizar su funcionamiento institucional. Son efectivamente "las modalidades concretas del ejercicio de la dominación clasista (las que pueden) manifestarse de maneras diversas" (p. 14). El ejercicio del poder cumple, en consecuencia, el papel de dinamizar a la estructura del Estado, en forma de darle a ésta un contenido particular. El verdadero problema teórico consiste en poder conocer a estas lógicas constructoras, que se muestran en la secuencia de momentos de inflexión en los que los sujetos sociales se manifiestan de manera más clara. Puede suceder que éstos en ciertas coyunturas no puedan definir proyectos que garanticen su propio desenvolvimiento. Por ejemplo, a fines del siglo XIX, con motivo de la ruptura de la dependencia de la agricultura respecto a la minería, la desintegración política, las revueltas de caudillos, la manumisión de los esclavos, la eliminación del tributo indígena, los problemas provocados por la guerra con Chile (1879), y el auge del guano que favoreció la importación de alimentos, se produjo una restricción mayor del mercado interno determinando que "los latifundistas no tuvieran manera de valorizar monetariamente la renta que percibían de los campesinos", procurando "el emprobrecimiento de los terratenientes serranos" (pp. 148-149).

La coyuntura que describimos da cuenta de lo que es posi-

ble, que influye para marcar virajes en la tendencia del desenvolvimiento histórico.

Otra situación de coyuntura, en un contexto diferente, es la que enseña el primer gobierno de F. Belaúnde Terry, cuando en los sectores medios y en los populares "se estableció un consenso" para un cambio político orientado a la democratización de la sociedad aunque sin causar "rupturas bruscas en el orden establecido". De esta manera "la coalición dominante se enfrentaba a una situación crítica: debía encontrar los medios para ampliar simultáneamente la participación de las masas campesinas y de los sectores populares urbanos, sin perder el control sobre el Estado. . ." (p. 347). Exigencia doble que resultó imposible. De lo que resultan dos cuestiones básicas para el análisis histórico desde las coyunturas: *a*) querer impulsar una praxis, y *b*) que ésta sea viable. Lo que constituye un acto de creación, por cuanto no se puede reducir la problemática de la praxis a "derivar" desde ciertas premisas una acción. Reviste una mayor complejidad en tanto la praxis resulta, por una parte, ser el producto de un sujeto con proyecto, y de otra, de una visión que permita reconocer opciones posibles.

Lo dicho se traduce en la necesidad de reenfocar a la objetividad desde la perspectiva definida por la constitución de los fenómenos, que, a su vez, está determinada por la constitución de los sujetos sociales, por cuanto lo objetivo y lo subjetivo se articulan entre sí para configurar a la realidad.

El surgimiento de la hegemonía política de una clase "resulta de su capacidad para crear los instrumentos destinados a cumplir esta función". Así durante el período de Leguía (1908-1912, 1919-1930) la burguesía peruana persigue lograr la hegemonía política "mediante la ampliación y centralización del aparato estatal, en condiciones de que se transforme en el único interlocutor válido del capital imperialista: lo que implica la constitución de mecanismos legales que permitan al Estado mediar en los conflictos que confrontan capital y trabajo" (p. 184). De esta manera la realidad que es producto de la voluntad de las clases, se exterioriza a través de mediaciones que sirven para la dinamización de la articulación histórica, como es en este caso la "ampliación y centralización del aparato estatal". Ello no

hace más que resaltar que la naturaleza de los fenómenos sociohistóricos encuentra su especificidad cuando éstos son activados por la praxis de los sujetos sociales.

En un plano más analítico lo anterior supone concebir la construcción del conocimiento según exigencias de acción. La acción cumple el papel de servir de base a la apropiación de la realidad, en sustitución de las hipótesis.

Efectuar el análisis desde la perspectiva de la transformación de la utopía o proyecto en realidad material, exige que la problemática de la apropiación sea concebida en el marco de las acciones que buscan la transformación. Es interesante enfatizar que cuando la nota dominante en los analistas es un proyecto de sociedad, lleva a un cambio en la ordenación de los temas y problemas. En efecto se aprecia un parteaguas en la producción intelectual peruana cuando los analistas comienzan a orientarse en la perspectiva planteada en la necesidad de una promesa de vida peruana (título de uno de los libros de Jorge Basadre), perspectiva de creación intelectual que se encuadra en el marco de un proyecto nacional, el que rompe con la monótona repetición de los mismos síndromes de la enfermedad nacional (inorganicidad, dualismo, archipiélago desintegrado, etc.). Cuando la idea de un país por realizar se convierte en la nota dominante en los analistas, se transforma en el ángulo desde el cual se puede determinar "de manera diferente la sociedad y política peruanas" (p. 17); se abre un nuevo horizonte de descubrimientos teóricos e ideológicos.

Sin embargo el tropiezo en esta perspectiva analítica está en poder realizar el análisis de coyuntura sin restringirlo estrictamente en el marco de una reconstrucción histórica. Pues, más bien el planteamiento de que ciertos fenómenos aparecen como resultado de una construcción (como podría ser el caso del régimen político determinado por "el modo de ejercicio de la dominación") (p. 14), es congruente con la idea de que la realidad social no puede simplemente ser un objeto susceptible de analizar, sino que se trata de considerar a la coyuntura como el momento de la praxis capaz de potenciar un presente histórico.

Con lo dicho pretendemos rescatar la idea de que en la promesa de vida, o en el proyecto de un país por realizar,

está implícito un ordenamiento de los problemas de la realidad según "los intereses y proyectos sociales de quienes han tratado el problema peruano", que a su vez conlleva un concepto de objetividad, entendida ésta como producto de sujetos sociales que se desenvuelven de conformidad a sus proyectos particulares.

La argumentación busca reflejar las complejidades de lo que significa pensar históricamente una realidad, antes que pensar a una realidad histórica. Pensar históricamente se refiere al pensar según una dinámica que se materializa en una cierta direccionalidad, lo que es posible cuando se concibe a la realidad objetiva como idéntica con la constitución de sujetos sociales.

En consecuencia, se puede decir que lo histórico se corresponde con una totalidad determinada por la dinámica constitutiva de los sujetos. Lo histórico es la articulación que se conjuga entre los sujetos según sus capacidades para imponer una dirección al proceso de cambio. Articulación que es el horizonte histórico que trasciende a cualquier teorización, en cuanto ésta se caracteriza por contener proposiciones conceptuales sobre cualquier nivel de la realidad, pero considerados aisladamente. Lo que entendemos por pensar en términos de horizontes históricos en cambio, implica que se piense en una vigilancia epsitemológica que no responde a una ordenación teórica.

La relevancia de lo expresado se centra en el planteamiento de una visión de futuro subordinada al análisis de lo potencial. Análisis de lo potencial que versa sobre los modos de articulación entre las fuerzas sociales, según se atienda a la dialéctica constitución-desconstitución que afecta el desarrollo de los distintos sujetos. En la medida en que la realidad objetiva la identificamos con la constitución de estas fuerzas, la dialéctica de su desarrollo es el marco en el que debemos analizar los distintos aspectos de la realidad histórica, de manera que se puedan distinguir aquellas "propiedades" en que se cristaliza la naturaleza de la realidad como producto de proyectos de clase.

Las dos afirmaciones básicas de este planteamiento son: *a*) que el conocimiento sociohistórico debe estructurarse según la articulación dada entre las fuerzas sociales, y *b*) que

el conocimiento de cualquier proceso debe ser construido en forma de reflejar la dialéctica constitución-desconstitución de los sujetos sociales.

Desde la perspectiva de estas formulaciones examinemos algunas aseveraciones históricas del texto que nos ocupa. En primer lugar veamos la caracterización del contexto histórico: "En 1936, al terminar el período de gobierno que la Asamblea Constitucional había acordado, y estando el APRA y el Partido Comunista aparentemente derrotados, Benavides convocó a elecciones en la esperanza de lograr la transmisión institucional del poder a un representante directo de la clase dominante." Sin embargo ésta era protagonista de "divisiones que reproducían antiguas enemistades clásicas". Así, por una parte estaban "los exportadores agrícolas encabezados por Pedro Beltrán agrupados en el Partido Nacional Agrario; los terratenientes en el Partido Nacionalista; y, el menoscabado civilismo aristocrático en el Partido Acción Patriótica, dirigido por José de la Riva Agüero". Ante este conjunto de fuerzas se "agrupaba el Frente Nacional" que integraban los seguidores de Piérola, de Leguía y de José Balta. Mientras la primera agrupación representaba los intereses "más tradicionales de la clase dominante [. . .], el segundo tenía una orientación modernizante, en cuanto a semejanza de Leguía buscaba promover el capitalismo en la industria, formar una capa de medianos propietarios rurales y, en general, hacer del Estado una entidad más abierta a los intereses de las clases medias y populares, urbanas y rurales" (pp. 250-251).

Frente a estas alianzas vinculadas a la clase dominante, una tercera fuerza "representaba los intereses de la pequeña burguesía democrática, no vinculada al APRA, agrupada en el Frente Democrático, cuyo candidato a la presidencia obtuvo la mayoría con el apoyo del APRA". Enfrentado a estos hechos, Benavides anula las elecciones, se autoproclama presidente por un período de tres años y constituye un gobierno militar. Queda de manifiesto de esta manera "el papel de las fuerzas armadas como garantes del orden en vista de las fisuras políticas de la clase dominante derivadas de su heterogeneidad, originadas en el desarrollo desigual y dependiente del capitalismo en el Perú" (p. 251).

La situación se perfila como precaria para la clase dominante, en relación con las crecientes demandas de los sectores populares y también de las capas medias. En el trasfondo ha tenido lugar "la consolidación del capitalismo dependiente de naturaleza de enclave [. . .] determinando que el sistema de dominación adoptara una actitud de rechazo hacia las demandas populares, en tanto que la clase propietaria no se encontraba en capacidad de ceder parte de sus beneficios, sin atentar contra su existencia y la de los enclaves que la patrocinaban. De allí que sus posibilidades de negociación, así como la de arbitraje del Estado resultaran inexistentes. Esto, a su vez, favorece que el enfrentamiento de las clases dominantes fuera especialmente explosivo y se aglutinaran en frentes policlasistas" (p. 251).

¿De qué manera contribuye esta observación al desarrollo de la estructura del análisis político que venimos postulando? La primera observación que se formula tiene relación con el hecho de que el razonamiento teórico muestra la objetividad de la realidad como un encadenamiento de hechos sometidos a un tipo de relaciones de determinación. La circunstancia "consolidación del capitalismo dependiente de naturaleza de enclave" *determina* un "sistema de dominación" que no es capaz de albergar a las demandas populares por causa de la incapacidad de la clase propietaria para ceder sus beneficios sin poner en riesgo su existencia. De lo que se concluye una explicación de un comportamiento político que hace imposible cualquier capacidad de negociación de arbitraje del Estado.

Este tipo de análisis reconoce como hilo conductor una particular hipótesis sobre los mecanismos de constitución y reproducción del capitalismo, a la cual se subordina la dinámica específica de los grupos sociales. La reconstrucción histórica del proceso de "consolidación del capitalismo dependiente. . .", y sus diversas consecuencias, no permite dar importancia a las potencialidades que se pueden configurar si se considera el proceso desde el ángulo de constitución y desconstitución de los sujetos sociales. El análisis está más bien orientado a enfatizar la dinámica del sujeto social dominante, de manera que los demás queden encuadrados en la perspectiva de su subalternidad e imposibilidad de consti-

tución (no necesariamente explicada, sino más bien, implícita a lo largo del texto).

¿Qué pasa en realidad con estos actores sociales? La carencia de una reconstrucción histórica de su dinámica impide que se llegue a tener de ellos una visión cabal y restringe su interpretación a lo que determine su contraposición con la clase dominante. Pero, más allá de las razones del autor para no hacer este análisis (lo que puede explicarse por el tipo de información accesible), interesa destacar que la unilateralidad del análisis es resultado de no darse cuenta de la articulación que forman las fuerzas sociales; por lo mismo no se rescata el horizonte histórico en que éstas operan, lo que ocurre cuando el análisis no equilibra los aspectos estructurales (*v. gr.* la naturaleza de su inserción económica) con los aspectos que conforman su capacidad para elaborar y propugnar proyectos sociales (como son los aspectos políticos e ideológicos).

Cuando se recupera la dimensión del proyecto en el análisis, se incorpora más claramente la dinámica entre los diferentes sujetos; en consecuencia, también aparece en forma más nítida la posibilidad de destacar las potencialidades que se contienen en una situación histórica determinada.

De esta manera, cuando se analiza la elaboración de la paz con los chilenos (con motivo de la guerra del Pacífico de 1979) se observa que la "premura de los propietarios en concertar la paz" se explica por la destrucción que el ejército chileno realizaba, pero también "por el estado de rebelión popular que acabó por desarticular al sistema de dominación" (p. 16), y que atentaba más gravemente en contra de sus posibilidades como clase. La necesidad de enfrentarse con la rebelión popular le confiere un contenido a la acción (de la clase) necesario para respaldar su proyecto. El contenido del proyecto político y económico está determinado por el enfrentamiento preventivo con la "rebelión popular". Ello determina que tanto el proyecto de Estado como de nación reconozca la impronta de esta lucha; de esta manera, la realidad objetiva deviene en una construcción apoyada en coyunturas en las que se articula la realidad con base en la relación entre proyectos de fuerzas sociales. Es por eso por lo que la constitución de la nación depende de la constitución

de la clase que aparece como dominante en el nivel nacional, ya que no constituye un hecho susceptible de ser comprobado empíricamente. Es más que eso, pues es una potencialidad en la que subyace la dirección que en conjunto tomará la realidad.

Tomada la realidad como proyecto (en este caso la realidad de la nación) exige que consideremos a todos los actores sociales que conforman la posibilidad objetiva de esa realidad. Esta posibilidad constituye el objeto mismo de análisis político. Por eso cuando "la burguesía, a principios de siglo fue capaz de desplazar relativamente del poder político a los terratenientes. . .", con base en su "entroncamiento con las fracciones señoriales", surge una articulación social que tenía que encontrar expresión en un sistema político, lo que en parte explica que "quede pendiente el problema de la democratización de la sociedad" (p. 128). La articulación de fuerzas, como la del conocimiento político, permite captar, por encima de la simple reconstrucción histórico-genética, las posibilidades reales de direccionalidad que puede captar la sociedad en este sentido, si bien el proyecto ideológico puede ser el desarrollo de un sentimiento nacional, "la división entre propietarios blancos y mestizos, y los campesinos indios y esclavos africanos", lo que impide una identificación colectiva, explicándose de este modo que la elección de símbolos integradores de la población no podía ser obra de ciertos actores sociales.

De otra parte, las mediaciones propias de las dinámicas constitutivas de los sujetos sociales permiten comprender la capacidad o incapacidad de éstos para crear instancias de poder o para formular alianzas. Todo ello condicionado por la creación de proyectos sociales a partir de la posibilidad de que el movimiento molecular de los agrupamientos humanos lo permita: esto es, que su construcción en sujetos sociales será real. Se puede ilustrar lo dicho con el debate sobre el Estado en América Latina.

La preocupación por la "constitución de un Estado-nación" (p. 121) se convierte en el centro de las preocupaciones de los intelectuales de la burguesía de fines de siglo prolongándose a lo largo del siglo XX. Lo que se dice acerca del problema permite constatar una secuencia de razonamiento

que consiste en establecer una relación de identificación entre integración nacional y constitución de la clase dominante. Se parte del supuesto de que la clase dominante permanece aglutinada con base en su capacidad para organizar la economía y la sociedad, lo que se materializa en la centralización estatal. En esta dirección se destacan las formulaciones de Francisco García Calderón (1907), en cuanto a crear una oligarquía cultural cohesionada y "progresista" dirigida por un hombre fuerte, que la lleve a relevar el "cesarismo democrático" de Vallenilla Lanz, en Venezuela, y a "los científicos" en el caso del México del porfiriato. Integración nacional que se funda en la integración política de los propietarios, condición que facilita la coherencia y estabilidad necesaria para conseguir "la inserción periférica de su economía en el mercado internacional, y, a partir de ella, acumular los capitales, que, a su vez, reforzarían la integración política de la población alrededor de la clase propietaria y el Estado". En el trasfondo de la propuesta se reconoce la incapacidad de las clases dominantes para organizar políticamente a la sociedad sin tener que recurrir a la represión brutal de un Gómez o un Díaz, para lo que se propiciaba el establecimiento de una "aristocracia del espíritu" (p. 121) que parecía ser lo viable en tanto proyecto de la clase dominante. Sin embargo, su viabilidad como proyecto dependía del proceso de constitución de la clase.

En realidad, como afirma Riva Agüero la "aristocracia limeña se deshace lentamente" no pudiendo transformarse en una oligarquía republicana conservadora como en el caso de Chile, hecho que es congruente con lo ocurrido durante la independencia, cuando el estrato dominante asume una conducta ambivalente frente a los españoles, en constraste con el caso de Chile, que viene a ser el producto de todo el desarrollo histórico anterior. Con motivo de la revuelta de Túpac Amaru "la aristocracia criolla percibió su existencia en función de la continuidad del andamiaje español, buscando recuperar durante el lapso de las guerras napoleónicas las posiciones perdidas con las reformas borbónicas y que les asegura su continuidad" (p. 63). Ello contribuyó a alimentar su ambivalencia por el miedo que suscitaba "la igualdad de derechos civiles entre criollos e indios" que proclamaban

la independencia. Con lo que se creó el espacio para que fuera desplazada por los jefes militares, "iniciándose un proceso en el que los grupos de poder regionales y locales se encuentran en una situación de autonomía frente a cualquier pretendido centro nacional" (p. 71).

De lo dicho se desprende que el proyecto de nación es parte de la historia de la clase dominante, aunque en esta historia sería necesario distinguir los aspectos de su "constitución" y "desconstitución".

En el desarrollo de la clase dominante peruana se aprecian aspectos de desconstitución a diferencia de lo que ocurre en Chile en la misma época. Si pretendemos comparar la historia de estos dos países desde esta perspectiva, se podría reconstruir el ciclo en los siguientes términos: la insurrección indígena de Túpac Amaru y Purracahua determina un temor de la aristocracia, que la orienta a preocuparse por mantener el poder colonial, ya que su rompimiento provoca una feudalización política que es correlativo con la inexistencia de una fracción hegemónica, lo que se traduce en inestabilidad política y falta de integración nacional. En Chile, en cambio, el período del caudillismo militar no se corresponde con una feudalización política, sino más bien, con un acomodo entre fracciones que a partir de 1830 lleva a la constitución de la fracción dominante y hegemónica, con la que se da comienzo a un período de integración y estabilidad política cuya expresión jurídica estatal es la Constitución de 1833 que rige hasta 1925. En este caso el aspecto constitutivo de la clase predomina sobre los aspectos desconstitutivos como en el caso del Perú.

Sin embargo, en esta línea de discusión debe prestarse atención a la función del poder, en este marco definido en los procesos de constitución y desconstitución de los sujetos sociales. Desde esta perspectiva se pueden distinguir, en la realidad sociohistórica, diferentes tipos de momentos como los siguientes: *i*) los que son el resultado de los proyectos de los sujetos, y *ii*) los que sirven para dar cuenta de un quiebre o viraje en el desarrollo histórico, o, a la inversa, de estabilización o cierre de un período de la historia. Son los puntos que llamamos nodales de la dinámica social: los momentos

donde se determinan las alternativas de direcciones posibles.

Analizando el texto desde esta óptica, se pueden rescatar observaciones históricas de interés para ilustrar la estructura del análisis político.

Si la estructura del poder es patrimonial en razón de privilegiar relaciones interpersonales y los intereses personales sobre los de grupo, concluimos que confiere a los actores sociales posibilidades dinámicas restringidas en el particular espacio de la sociedad. El hecho de que predomine una vinculación a estructuras de poder de tipo regional impide crear "identidad y símbolos integradores de la población" (p. 84); por el contrario, estimula la emergencia de caudillos y de oligarquías regionales que fácilmente se convierten en obstáculos para "la integración económica y política de la república". Se crean las condiciones para el surgimiento de un Estado *que deviene en el espacio de* estas fuerzas locales; aunque puede darse también el caso de un Estado que, apoyado en una clase dominante cohesionada nacionalmente, abra espacios para la aparición de un poder local. La plutocracia costera comercial y burguesa en Perú no fue capaz de "acallar a los jefes militares y las oligarquías regionales y a la clases populares de las ciudades y del campo" debido a sus propias características. En efecto, la acumulación de capital comercial no se asocia a la destrucción de los fundamentos precapitalistas de la sociedad, lo que da oportunidad para que jefes militares y oligarquías mantuvieran su ámbito de poder local" (p. 101).

Pero simultáneamente, la plutocracia naciente cuando se enfrenta a los jefes militares impide que estos moldeen al Estado "de acuerdo a sus intereses a mediano y largo plazo", haciendo posible la forma republicana de poder. Sin embargo la viabilidad de la república en el largo plazo frente a los caudillos militares descansa en la capacidad de la burguesía comercial para organizarse en torno de un proyecto político que, finalmente, alcanza su materialidad con la organización del Partido Civil opuesto "al partido militar que dominaba la escena política desde la independencia", partido de la burguesía que moviliza a la población urbana alrededor de la república, como proyecto político, "para dar fin al período de

desorden y arbitrariedad fomentado por los caudillos y las oligarquías regionales". En este contexto Pardo representa "el ascenso del primer civil a la presidencia del Perú y la emergencia política de la burguesía sobre los terratenientes" (p. 108).

Estamos ante la movilización de la población urbana como actor social, que es la que permite romper con el caudillismo y las oligarquías regionales. La República, como forma estatal, expresa este rompimiento que se corresponde con el desplazamiento de los terratenientes. Empero, el surgimiento de esta nueva forma de organización estatal no termina con la debilidad política del sector burgués de la clase propietaria. "El triunfo del pierolismo (Nicolás de Piérola, gracias a las montoneras populares, fue indicador de esta debilidad [. . .] y señalaba la vigencia política de las oligarquías regionales precapitalistas, como era el caso de los terratenientes sureños" (p. 128). Situación que, por su mismo perfil inestable, puede caracterizarse por la ausencia de una fuerza social dominante en el contexto nacional, hecho que se proyecta sobre el sistema político.

A pesar de desplazar del poder a los terratenientes, la burguesía de comienzos de siglo se vinculó "con las fracciones señoriales", determinando que la democratización de la sociedad quede sin resolverse" (p. 128). De otra parte, si se tiende a los mecanismos de su constitución, ante la "escasez de recursos económicos de los propietarios y del Estado" buscó solución en el "aporte del capital extranjero", lo que se transformó en un obstáculo que impidió la constitución "de una burguesía capaz de controlar la producción y de un Estado con capacidad de reconocer y defender los intereses nacionales" (p. 132).

Considerando la gravitación del espacio en la constitución de la burguesía, se plantea la cuestión de las diferentes escalas espaciales en que el poder opera. El centralismo (que es función de un mayor capitalismo) se acompaña necesariamente de un mayor desarrollo del aparato institucional del Estado, lo que influye en que los grupos sociales locales para mantener su poder "se transformen en clientes del Poder Ejecutivo, lo que derivó en el caciquismo político" (p. 159). Por lo mismo, "la capa dominante de la sociedad perua-

na se organizó en una serie de clientelas que dependían del estado y las empresas extranjeras alrededor de esta nueva forma de dominación", dándose comienzo a un período de "relativa estabilidad política" (p. 160).

La relación entre el poder local y nacional supone la presencia de mediaciones que influyen para que puedan realizarse o no las posibilidades que se contienen en la relación entre Estado y oligarquías locales. En el caso del texto las mediaciones se materializan en liderazgos, como el de Leguía, que por "su origen social, educación y experiencia personal, es menos propenso a contemporizar con las exigencias señoriales de los civilistas" (p. 168). Por eso la puesta en práctica de un proyecto nacional (de la burguesía comercial) exige como condición la "transformación del Partido Civilista" y la disolución del ejército, de manera que la nueva fuerza pase a organizar sus propias defensas (guardias pretorianas) mediante las cuales llegar a imponer su proyecto (p. 109). Nos enfrentamos con el hecho de que una fuerza social para impulsar un proyecto se ve compelida a crear instancias de decisión antes no existentes. La viabilidad del proyecto, por lo tanto, descansa en la posibilidad de potenciar lo coyuntural, que, en el análisis que comentamos, está representado por el Partido Civilista y su capacidad para crear o no su propia fuerza militar.

De lo anterior se desprenden los momentos en los que el desenvolvimiento histórico contiene alternativas de desarrollo posibles. Pero que ocurra lo uno o lo otro, es reflejo del proceso de constitución de los actores sociales.[11]

[11] Expresado en forma superficial, lo anterior reviste un aspecto obvio pues se ha escrito mucho acerca del papel de las coyunturas. No se trata ahora de descubrir categorías que ya se han fijado, sino más bien, de mostrar cómo en la secuencia de los hechos históricos se encuentra una estructura que requiere de un análisis que sea congruente con su complejidad. Aun en los análisis que se organizan en torno a tesis centrales, se pueden constatar las complejidades de la materia sociohistórica que requieren ser capturados sin reduccionismo teóricos y/o ideológicos. Por eso no es una historia la que proponemos, ni tampoco una interpretación, ni menos una crítica, sino una reconstrucción del razonamiento analítico orientada a explicitar la presencia de supuestos de razonamiento que obligan a ver al desarrollo histórico no sólo como el producto de una dinámica social sino como la constitución misma de esa dinámica que, por lo tanto, contiene muchas direcciones posibles.

Nuestro interés en la construcción del análisis nos obliga a detenernos en las implicaciones de la reconstrucción. Más aún, si recordamos que la búsqueda de una relación entre historia y política está centrada en el planteamiento de que mientras la historia puede concebirse como el producto de un dinamismo, la política está referida a la constitución de esa dinámica, esto es, a la constitución y desconstitución de los sujetos sociales en interrelación.

Este planteamiento supone tener que reconocer opciones que sean posibles. Ello carecería de sentido si no se considera como central la apropiación de la realidad mediante acciones, las cuales asumen el doble carácter de tener por una parte un ingrediente utópico, pero también ciertos elementos de la realidad que permitan pensar en que sean acciones con posibilidad objetiva. De ahí que la apropiación de la realidad se materialice en una construcción histórica (o proyecto) que cumple el papel de potenciar a lo real en términos de una exigencia utópica. Lo dicho requiere en el plano del conocimiento, de una forma de análisis capaz de detectar esta posibilidad en un momento dado del desarrollo histórico.

El razonamiento no exige tanto de esquema teórico como de saber ubicarse en el interior de un horizonte histórico, entendido como la manifestación de la capacidad posible de los diferentes actores sociales por construir sus proyectos e imponerlos como proyectos globales. De ahí que desde esta postura la realidad se identifique con el proceso mismo de constitución de los sujetos. El problema consiste en poder reconocer estos momentos en los que la posibilidad de construir una realidad está en función de proyectos y de condiciones que no han sido creados, ni a veces tampoco reconocidos, por los propios actores sociales. El texto proporciona situaciones que sirven para ilustrar lo que decimos.

Se ha recordado que "ante la estrechez del mercado interno los latifundistas no tuvieron manera de valorizar monetariamente la renta que percibían de los campesinos, de ahí [. . .] el empobrecimiento de los terratenientes serranos [. . .]" (p. 149). El posible proyecto de este grupo social se vio, por consiguiente, frenado por circunstancias estructurales que no estaban relacionadas con la práctica misma del sujeto, ya que de haber predominado un mercado interno más

grande otro habría podido ser el desarrollo de dicho grupo y la viabilidad de su proyecto.

La posibilidad de construir un proyecto se desprende del análisis de los conflictos que enfrentaba el primer gobierno de Belaúnde Terry. En esta coyuntura se exigía para el desarrollo del proyecto de coalición, una alianza con otras fuerzas sociales pero, a la vez, la propia coalición se veía cuestionada en su control, lo que tenía que traducirse en un particular ejercicio del poder.

La coyuntura esconde una gran riqueza de contenidos al poner de manifiesto la articulación entre diferentes procesos reales. La articulación es la base desde la cual se determina un cambio para el curso del desarrollo, ya que los actores sociales, en virtud de la experiencia que hayan logrado tener de la coyuntura, orientarán su conducta en una dirección u otra. Históricamente ha ocurrido en esta forma: por ejemplo, la derrota de Perú frente a Chile (guerra del Pacífico, 1879) y la fallida experiencia civilista, fueron decisivas para el desarrollo político-ideológico del país, ya que por una parte, la derrota se constituye en "un *leitmotiv* de la futura conciencia castrense" (p. 118); y por la otra, se mutila la posibilidad de hegemonía del grupo agrocomercial, creando "un sentimiento de frustración y pesimismo, derivado de su incompetencia para aglutinar alrededor de sus intereses y perspectivas a la clase en su conjunto y a la población toda" (p. 119).

La observación apunta hacia una realidad sociohistórica que se transforma en un espacio que en su interior reconoce la posibilidad de diferentes modos de concentración histórica. En cualquier caso difícilmente se puede pensar en términos de una secuencia de determinaciones que den cuenta mecánicamente de una realidad nueva. La aparición de una personalidad puede dar un giro a la dinámica "estructural", que por sí misma podría conducir por otros rumbos, como pudo ser, entre otros, el caso de Leguía en virtud de sus características personales.

Por este mismo carácter moldeable de la realidad social, no es posible definir un fenómeno, mediante el recurso de buscarle una causa. No se puede explicar al gobierno militar que se instaura mediante el golpe de 1968, simplemente

con remitirse a la crisis de la oligarquía de los años cincuenta. Por el contrario si se desea poder captar todo el significado concreto de un fenómeno, esto sólo se puede lograr si no perdemos de vista "los singulares problemas" derivados de la formación social peruana: de otra forma, sólo se conocerán de manera general los acontecimientos sin llegar a dar cuenta de su especificidad real.

¿Cuál es la historia que es pertinente tomar en cuenta para explicar un fenómeno? De lo expuesto se colige que para comprender el fenómeno militar de 1968 tenemos que enfrentarnos con el dilema de remitirnos a la crisis de la oligarquía de los cincuenta, o bien a toda la historia de la constitución colonial de la sociedad peruana. Es en este contexto que surge el papel de la coyuntura para permitir una comprensión del desarrollo histórico. Si regresamos a la coyuntura para permitir una comprensión del desarrollo histórico en el caso de la sociedad peruana, se llega a afirmar que en éste aún "no ha existido un corte histórico desde el siglo XVI que haya significado un momento nuevo y diferente en su formación social"; por lo que la sociedad "arrastra, sin solución de continuidad, un conjunto de caracteres derivados de su constitución colonial" (p. 15). Ello plantea en el plano metodológico la necesidad de un tema que determine cuál es la historia pertinente para entender al fenómeno, partiendo de reconocer las coyunturas que hayan marcado cambios cualitativos en el desarrollo histórico. De ahí que la reconstrucción histórica debe hacerse ceñida al criterio que conforman los distintos proyectos de los sectores sociales en razón de que la coyuntura es útil para captar los momentos de freno de algunos proyectos y de desenvolvimiento de otros. Es lo que ocurre con el levantamiento de Túpac Amaru y las reelecciones de Leguía en 1924 y 1929.

En el primer caso, se muestra "la postrera unidad indígena que pese a sus diferencias étnicas logró compaginarse en un solo esfuerzo colectivo de liberación social", el cual fue desarticulado después de haberse mantenido durante siglos "a pesar de la explotación colonial" (p. 57). En el caso de Leguía se ilustra la coyuntura con la que se inicia el desarrollo de una donimación que, por sus características patrimoniales, produce transformaiones en las propias fuerzas políti-

cas ("destruye la fuerza política civilista") y en las propias bases legales de una dominación clasista, por medio del "refuerzo de un sistema de clientelas" que impide "la creación de una comunidad de intereses de los propietarios" (p. 101). De este modo la historia posterior de la clase dominante no puede entenderse sin la consideración de este momento clave.

En la historia de una fuerza social la coyuntura permite comprender los momentos en que demuestra su capacidad de estar abierta a rumbos de desarrollo diferentes. Lo que no es producto de un encadenamiento mecánico, ni siquiera previsible, pues por el contrario, es el resultado de una conjunción de elementos del pasado y de una determinada visión de futuro. Puede ilustrarse muy bien lo dicho en el caso de la resistencia de los campesinos al desarrollo del capitalismo por su afán de "mantener vigentes las relaciones familiares y comunales", por ser los fundamentos de su seguridad y sobrevivencia, pero también por "la falta de percepción de alternativas posibles para la población que será desplazada con el desarrollo capitalista" (p. 153). De una parte, tenemos la memoria histórica de un grupo, y de otra su visión de futuro, o de la falta de futuro, como elementos que confluyen en la determinación de un comportamiento constitutivo de una fuerza social.

La riqueza que resulta entre lo que es el producto de procesos anteriores y la potencialidad de desarrollo alternativos en el futuro, en un momento de la historia, constituye una particularidad de la realidad histórica. Particularidad que debe ser recogida mediante una forma de análisis como el de coyuntura, que busca replantear el análisis histórico de modo de captar las manifestaciones de los distintos proyectos, mediante los cuales los sujetos sociales transforman la realidad histórica en el espacio de la lucha, por imponer cada uno su respectivo proyecto utópico de sociedad.

III. VERDAD Y PROYECTO

Buscamos un modo de pensar que incorpore la dimensión de

lo posible en el marco de un horizonte histórico, de forma que se abra hacia la realidad para así poder remplazar el estudio de ésta como una cosa dada y sujeta a determinadas regularidades, por una perspectiva en la cual la realidad es una construcción de voluntades sociales. Por ello no nos ocuparemos tanto de la validez de las proposiciones como de la estructura del análisis presente en la obra de Mariátegui.

En este esfuerzo asume una significación especial aquello que tiene que ver con los sueños del hombre, con esas exigencias que hacen la dignidad del conocimiento como son el creer en el futuro y actuar bajo la férrea voluntad de triunfar en su conquista. De ahí que nos ocupemos de rastrear la lógica de una composición en el autor para llegar a sugerir una modalidad de vinculación entre conocimiento y práctica social.

Pretendemos traspasar el contenido de las proposiciones que formula Mariátegui, de manera de poder desentrañar las enseñanzas que contiene su ángulo de reflexión. Nuestro objetivo es plantear opciones para la construcción del conocimiento sociohistórico.

Podemos iniciar nuestra reflexión destacando cómo el análisis parte de un perfil histórico del país que, debido a la guerra del Pacífico, se caracteriza por la "paralización de la moneda nacional y la crisis de crédito externo".[12] La reorganización económica se inicia sobre bases "menos pingües, pero más sólidas que las del guano y del salitre", lo que se traduce en la aparición de la industria moderna (con la consiguiente formación del proletariado industrial), que elimina una de las antiguas fuentes de proselitismo caudillista, determinando una transformación en los términos de la lucha política. Simultáneamente surgen otros síntomas del cambio experimentado por el país, el poder británico es remplazado por el dominio norteamericano; se inicia la política de empréstitos; las distancias se acortan y aumenta el tráfico entre Perú y Estados Unidos y Europa. Pero el cambio más importante es el que determina "el surgimiento de los bancos nacionales que entran a financiar diversas em-

[12] José Carlos Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1979, p. 23.

presas industriales y comerciales, pero que se mueven dentro de un ámbito estrecho, enfeudados a los intereses del capital extranjero y de la gran propiedad agraria". Este último rasgo sirve de ángulo de análisis del desarrollo histórico del país, especialmente con el "esfuerzo marxista de profundizar en el estudio del hecho económico en la historia peruana".

A pesar de lo expresado, hay que destacar que los períodos fundamentales que se reconocen parten todos de hechos políticos, lo que cumple la función de marcar rupturas que caracterizan a la formación social. "La primera etapa nace de la conquista. La segunda inicia con la independencia"; pero mientras la primera "comprendía totalmente el proceso de formación de nuestra economía colonial, la independencia aparece determinada y dominada por ese proceso". El autor advierte la presencia de ciertas estructuras más allá de los cambios externos, pues, como sostiene, el proceso de la economía colonial no ha terminado. No obstante que la "economía feudal deviene, poco a poco, economía burguesa", no cesa de ser "en el cuadro del mundo una economía colonial". Afirmación que autoriza a distinguir, en el desarrollo histórico, entre etapas que son conformadores de estructuras y etapas del desarrollo que resultan de una conformación históricamente anterior; más aún, a saber diferenciar la calidad de un fenómeno según el contexto que se considere para su análisis, ya que, por ejemplo, el carácter colonial de la economía burguesa exige que sea reenfocada desde la perspectiva de la economía mundial.

Claramente se incorpora el planteamiento de una coexistencia entre continuidades y rupturas, como es lo colonial "que se continúa en la economía mucho después de rota la supeditación política a la metrópoli". Aunque lo más importante en el análisis es que el esbozo de la dinámica estructural se complementa con la idea de que la historia es una construcción. La índole de esta construcción dependerá de la naturaleza de los sujetos sociales.

La dinámica estructural de la economía peruana descansó por un período en el comercio del guano y del salitre, actividad que hizo posible que recibiera "su primera enérgica propulsión" para transformarse de "feudal en burgués". Pero el proceso se ve obstaculizado de avanzar más orgánica y se-

guramente por causa "de una mediocre metamorfosis de la antigua clase dominante", la que no llega "a advenir a una clase de savia y *elán* nuevos". Esto determina que la derrota militar durante la guerra con Chile no trajera como compensación "una liquidación del pasado" (p. 23). La clase dominante no logra transformarse en una burguesía capitalista. "La minería, el comercio, los transportes, se encuentran en manos del capital extranjero", mientras que los latifundistas se "han contentado con servir de intermediarios a éste en la producción de algodón y azúcar" (p. 30), situación que constituye un resabio de una tradición que viene desde la época colonial.

En efecto, "el pionero español carecía de aptitud para crear núcleos de trabajo", llegando al extremo de que "en lugar de la utilización del indio parecía perseguir su exterminio". En marcado contraste con el espíritu dominante "sólo los jesuitas, con su orgánico positivismo, mostraron en el Perú como en otras tierras de América, aptitud de creación económica (p. 15). Tradición cultural que vio reforzada su tendencia poco empresarial por la fácil explotación de los recursos naturales, como en el guano y el salitre, lo que hizo posible que sin esfuerzo de capitalización el país se sintiera rico [. . .] y viviera en el derroche, hipotecando su porvenir a la finanza inglesa" (p. 21). Conjuntamente con darse la explotación de estos recursos que creaban las bases para insertar a Perú en el mercado mundial, no se daban las condiciones, por carecer de los recursos, para atraer "las corrientes colonizadoras y civilizadoras que fecundaban ya otros países de la América indoibera". El cuadro que surge aparece caracterizado por una contradicción interna, que venía desde la colonia y que es de índole cultural, configurado, por una parte, por el hecho de disponer de determinados recursos naturales, y de otra, por la formación de una burguesía que, ideológica y culturalmente, en virtud de ser la detentadora de la propiedad de la tierra, se confunde y enlaza "en su origen y estructura como la sucesora de los encomenderos y terratenientes de la colonia" (p. 24). De esta manera el proyecto de reorganización de la economía (a partir de la guerra del Pacífico) se acomoda a "un criterio de latifundista o propietarios indiferentes no sólo al interés del proletariado sino

también al de la pequeña y mediana burguesía". Y en la medida en que es la antigua clase dominante, se reproduce un estilo clásico de grupos rentistas sin inclinación por la acumulación, lo que determina que el proyecto de sociedad no reconoce ninguna posibilidad de un desarrollo nacional.

La imposición de un estilo de "tipo patriarcal de terrateniente feudal, sustancialmente distinto del tipo de moderno jefe de empresa", estimula el "gamonalismo regional" que obstaculiza cualquier intento de integración nacional (p. 104). En este contexto el autor se plantea el problema de la descentralización y del regionalismo como estrategia de desarrollo, cuyos contenidos, por lo tanto, no pueden apreciarse fuera del contexto marcado por el patrón propio del grupo dominante.

En este sentido, interesa destacar cómo se inscribe sobre la dinámica estructural de los procesos históricos un discurso en torno a la historia como producto de una voluntad de clase. Su importancia reside en que a la idea de modelo de sociedad se antepone la búsqueda de lo viable, según sea el carácter de los sujetos sociales. Así, por ejemplo, la posibilidad de un proceso de acumulación queda contextualizada por los rasgos de la clase dominante que por tradición cultural e ideológica se caracterizan por su orientación rentista. Otro tanto ocurre con los resultados que se pueden desprender de una política de descentralización del Estado, en el contexto de una clase cuyo dominio descansa en la posesión de la tierra.

La diferencia entre un razonamiento centrado en la determinación de las viabilidades, en oposición a confrontar la realidad con base en un modelo teórico, reside en que aquél requiere centrar la atención en los microdinamismos de la historia, en razón de cumplir una función constitutiva de los procesos históricos mediante la realización de proyectos, lo que implica que la conceptualización de la realidad que se haya formulado desde la perspectiva de las regularidades, sea enriquecida con la exigencia de direccionalidad. Esta nueva óptica de análisis obliga a rescatar la realidad de los sujetos sociales en toda la complejidad de los niveles que la constituyen. De esta manera, en referencia con la gesta de independencia de España, el autor puede sostener que los

"conductores, los caudillos, los ideólogos no fueron anteriores ni superiores a las premisas y razones económicas de este acontecimiento" (p. 17); pero además, lleva a entender a los procesos históricos en forma mucho más compleja ya que aparecen conformados por dimensiones de naturaleza muy disímil. En realidad, por una parte, si las ideas de "la revolución francesa y de la constitución norteamericana encontraron un clima favorable a su difusión en Sudamérica" (p. 16), se debió a la existencia de una burguesía que "a causa de sus necesidades e intereses económicos, podía y debía contagiarse del humor revolucionario de la burguesía europea"; pero también, simultáneamente, afirma, salvando el planteamiento anterior de cualquier reduccionismo mecánico, que la independencia no se habría realizado "si no hubiera contado con una generación heroica, sensible a la emoción de su época, con capacidad y voluntad para actuar en estos pueblos una verdadera revolución". Así es como se enfatiza en el análisis de una causalidad estructural ("la independencia sudamericana se presenta decidida por las necesidades del desarrollo de la civilización occidental o, mejor dicho, capitalista"), cuya potencialidad, sin embargo, para producir efectos está mediada por la existencia de una capacidad para producir hechos, la cual no siempre se corresponde con el desenvolvimiento del plano estructural debido a que es aleatoria y coyuntural en su desarrollo.

El simple hecho de que existe una burguesía que tiene interés en romper con los obstáculos que imponía la corona española no asegura la presencia de una constelación psicológica e ideológica que se exprese en una voluntad y decisión que asuma el carácter de "heroica" o "romántica" ("la independencia se presenta como una empresa romántica") para poder actuar revolucionariamente. Por otra parte, está la circunstancia de que el conflicto entre clases está mediado por elementos ideológicos que contribuyen a que una clase perciba a la otra en forma no antagónica. Con la revolución americana se produjo la colaboración en muchos casos entre la nobleza terrateniente y la burguesía comerciante, en razón de la "impregnación de ideas liberales que acusaba la aristocracia", o bien porque ésta "no veía en esa revolución sino un movimiento de emancipación de la corona de Espa-

ña" (p. 68), todo lo cual lleva a destacar lo importante que es profundizar en la naturaleza de los sujetos sociales para entender el curso de los acontecimientos; más aún, para poder entender el cómo de ciertos porqués de la historia.

Ciertos acontecimientos pueden explicarse por la existencia de una estructura de fuerzas sociales que sirva de base para reconstruir toda una dinámica y predecir la eventualidad de ciertos resultados; pero si, a la vez, no se incorpora la particularidad de estas fuerzas (incorporando sus rasgos psicológicos, ideológicos y culturales), no podremos saber cuál puede efectivamente ser el curso concreto que tome esa dinámica social global; más aún si aceptamos que el transcurso de la historia reconoce modos diferentes de concreción en distintas coyunturas. En este sentido, sostenemos que la explicación de una tendencia histórica requiere completarse con su potenciación en circunstancias particulares, las cuales en una secuencia temporal, van configurando a la historia como construcción de sujetos sociales. Ello obliga, como hemos señalado, a captarlos en toda su complejidad (psicológica, ideológica, cultural y económica) para no incurrir en un reduccionismo mecánico de la historia.

La complejidad de esta realidad exige pensarla desde una perspectiva determinada por la articulación entre regularidades empíricas (que se expresan en las grandes tendencias históricas) y las direccionalidades posibles de los procesos. Dialéctica que sirve de base a un razonamiento que simultáneamente es causal y constructor, lo que se corresponde con el análisis teórico y político, respectivamente.

De esta manera, no obstante la política de Piérola, da lugar al surgimiento con base en una industria moderna de "un proletariado industrial [. . .] que asume la creciente y natural tendencia a adoptar un ideario clasista, que niega una de las antiguas fuentes del proselitismo caudillista", tenemos que paralelamente "se ha encargado al espíritu del feudo antítesis y negación del espíritu del burgo, la creación de una economía capitalista" (p. 34). De modo que se estructura un régimen político que, inevitablemente, tiene que reflejar esta particular relación entre la estructura económica y la naturaleza de la representación política y social que asume el poder dominante, en cuanto a su capacidad para ar-

ticular a la sociedad en su conjunto. "No puede hablarse en nuestra época de contrastes entre la capital y las regiones, sino de conflicto entre dos mentalidades, entre dos idearios" (p. 216), que evidentemente plantea en la base del sistema político, una heterogeneidad estructural por las diferencias étnicas y culturales que constituyen un obstáculo para que, en un futuro cercano, "llegue a funcionar en el Perú un sistema democrático que asegure [. . .] la satisfacción del principio jacobino de la soberanía popular" (p. 202). No debe evadirse el hecho de que "las masas rurales y las comunidades indígenas [. . .] se mantendrán extrañas al sufragio y a sus resultados", afirmación que, en el autor, no toma la forma de simple constatación de un hecho, sino que está formulada desde la exigencia de un proyecto de construcción histórica como lo es alcanzar la unidad de Perú. A la nueva generación "le toca construir sobre un sólido cimiento de justicia social (léase indios, campesinos) la unidad peruana" (p. 216). "La condenación del centralismo se une a la condenación del gamonalismo, pero ambas condenaciones se apoyan en una misma esperanza y un mismo ideal", pues "por encima de cualquier triunfo formal de la descentralización y la autonomía, están las reivindicaciones sustanciales de la causa del indio". Objetivo final que supone una transformación de la estructura de la sociedad.

El planteamiento anterior exige elevar la idea de proyecto al estatus de ángulo de análisis de la realidad, en este caso del poder. "La redención, la salvación del indio, de ahí el programa y la meta de la renovación peruana. Los hombres nuevos [. . .] sienten el deber de crear un orden más peruano, más autóctono. Y los enemigos históricos y lógicos de este programa son los herederos de la conquista, los descendientes de la colonia. Vale decir los gamonales" (p. 215). La cuestión nacional, vinculada con un desafío al orden de dominación, aparece desdoblada en dos planos: como realidad estructural y como valor.

En la primera acepción, la búsqueda de una sociedad nacional "más peruana, más autóctona", representa un intento por solucionar el problema de la marginación del indio. El refuerzo de lo nacional, entendido como "desahucio radical de un regionalismo que reconoce su origen en sentimientos

e intereses feudales", se identifica con un proyecto de poder capaz de proponerse y enfrentar el "acrecentamiento del poder del gamonalismo". La sociedad nacional, en consecuencia, responde a una estructura de poder antifeudal o antigamonal, propicia para la realización de un proyecto de sociedad orientado hacia la incorporación del indio, pero en la medida en que lo pueda sustraer de su condición de clientela del poder regional o local que detentan los terratenientes.

Sin embargo, estas observaciones no se circunscriben a un simple diagnóstico de la necesidad de cambiar las bases del poder, ya que se abren a la perspectiva de fundar lo nacional en lo indígena. La crítica al gamonalismo queda así incorporada en el contexto más comprensivo de un modelo de sociedad que se quiere forjar partiendo de un sujeto social, que hasta ese momento histórico ha permanecido sumergido y desconocido. El futuro de Perú es visto en términos de una opción excluyente que, como coyuntura, define todo el curso histórico futuro del país. "El Perú tiene que optar por el gamonal o por el indio. Éste es un dilema. Lo que les importa primordialmente a los hombres nuevos es que el Perú se pronuncie contra el gamonal y por el indio." (p. 215).

Los señalamientos anteriores son un esfuerzo por recoger la historicidad de la sociedad peruana, en lo que tiene de potencialidad. La historicidad es la conjugación entre una dimensión conocida, que es relativamente fácil de percibir, con la virtualidad de desarrollo que se contiene en esa misma realidad, producto del pasado. Es en esta acepción que hablamos de potencialidad. Un modo de captar esta realidad compleja, formada de productos históricos y de posibilidades que no se han dado, es mediante la categoría de intereses de clase. Empero, la utilización que se hace de dicho concepto no lo es tanto para explicar una situación estructural dada, sino para definir un ángulo de problematización de la realidad de manera de no caer en una aceptación de lo real como algo que se muestra en forma evidente, lo que puede explicarse por la confusión entre lo que es realidad y lo que es la apariencia. El concepto de interés de fuerza social apunta un cambio en dirección a una doble problematización: por una parte, la dimensión del interés se refiere a una realidad producida por una génesis histórica; por la otra, te-

nemos la dimensión de fuerza que se refiere a las condiciones de que la posibilidad de desarrollo del interés abra paso a la necesidad de una nueva realidad material.

Se cuestiona la realidad que por estar explicada es aceptada, y también en cuanto explicada, porque no está agotada en la propia explicación, colocándonos en un punto de tensión de la realidad que es el de los quiebres, inflexiones o alternativas de direcciones posibles para el curso de los acontecimientos históricos. De esta manera se plantea la tarea de reinventar la relación con la realidad que se encuentra codificada en estructuras teóricas o ideológicas, mediante una ampliación de los parámetros de observación habituales o conocidos.

La perspectiva de impulsar un proyecto de sociedad (que resuelva los problemas de marginalidad del indio) lleva al autor a reconocer un horizonte de problemas mucho más vasto y a una jerarquización de la importancia relativa de cada uno de ellos que resulta concordante con las exigencias del proyecto de sociedad que se requiere impulsar. "El problema del indio, la cuestión agraria, interesan mucho más [. . .] que el principio de la autoridad, la soberanía popular, el sufragio universal, etc." Selección de problemas que está determinada por una lectura de la realidad desde un ángulo problematizador definido por determinados intereses sociales. Éstos permiten una articulación de problemas que rompe con opciones teóricas o ideológicas tomadas de manera *a priori*. Es así como una vez admitida "la prioridad del debate del problema del indio y de la cuestión agraria sobre cualquier debate relativo al mecanismo del régimen más que a la estructura del Estado, resulta absolutamente imposible considerar la cuestión del regionalismo o, más precisamente, de la descentralización administrativa, desde puntos de vista no subordinados a la necesidad de solucionar de manera radical y orgánica los dos primeros problemas" (p. 201).

Lo anterior tiene relación también con el problema del significado específico de un problema en diferentes contextos. La descentralización, por ejemplo, puede revestir distintas significaciones: una posibilidad es que se entienda como reforma "simplemente política y administrativa", situación en la que por gravitación del contexto nacional, lleva a "au-

mentar el poder del gamonalismo contra el interés de las masas indígenas", lo que es diferente a plantear la descentralización en el marco de un proyecto orientado a la "solución del problema del indio y del problema de la tierra, que, en el fondo, se reducen a un único problema" (p. 201). Especificidades de significado que pueden parecer obvias si consideramos que la realidad social reconoce la propiedad de ser una construcción de varios sujetos sociales que coexisten cada uno con su propia subjetividad.

Si el conjunto de los sujetos sociales conforma la realidad objetiva, trayendo consigo cada uno su propia problemática de intereses y proyectos, visiones de futuro y complejidad de sus relaciones sociales, nos enfrentamos a una realidad articulada por el modo como los sujetos se relacionan entre sí, aproximando e identificando sus proyectos, o bien entrando en conflictos. Lo que debe tomarse en cuenta para adentrarse en la realidad, traspasando los límites de las visiones de realidad que caracterizan a los distintos actores. En efecto, es distinta una polémica ideológica que tenga lugar en el interior del campo de aspiraciones de una sola clase social, que sí expresa a diferentes intereses sociales. "La polémica sobre aspectos de la organización política (autoridad, soberanía popular, sufragio universal) entre liberales y conservadores se inspiraba, de ambos lados, en los intereses y en las aspiraciones de una sola clase social. La clase proletaria carecía de reivindicaciones y de ideología propia" (p. 199). No se planteaba, por lo tanto, una "discrepancia" ideológica que reflejara en la realidad una contradicción estructural entre fuerzas sociales.

Si los actores sociales son una realidad constituyente de la historia, desplegando sus visiones de futuro como sus prácticas concretas en diversos planos, articulando a la realidad en un todo complejo y dinámico, ninguna lectura de ésta con pretensiones de objetividad puede desconocer la exigencia de esta articulación más allá de los enfoques teóricos o epistemológicos que se prefieran. Pues esta exigencia no es sino historicidad que queda fuera del análisis social en su búsqueda por alcanzar una delimitación más precisa de su objeto. En Mariátegui encontramos numerosos ejemplos de lo que afirmamos.

Ninguna estructura social puede ser analizada prescindiendo de su contexto, ya que es por medio de éste que su contenido se especifica impidiendo caer en formalismos teóricos habituales en el análisis académico. El hecho de que una estructura empíricamente sobrevive, no debe llevarnos a confundir esta circunstancia con el contenido de la estructura. Para que esto último se mantenga vigente sería necesario que se repitan las condiciones contextuales que le dieron origen o que marcaron su funcionamiento. Es así como, por ejemplo, "la comunidad sobrevivió" durante el régimen colonial, pero al lograrlo, en el contexto conformado por la clase señorial asentada en un régimen de servidumbre, quedaba "petrificada" por haber sido sustituida como base de la organización institucional-estatal por la gran propiedad. En el nuevo contexto la comunidad primitiva se había transformado de célula social y económica activa en la articulación de la sociedad y del poder incaico, en un bolsón de población disponible como mano de obra para la propiedad feudal. "Se inauguró así (con la instalación de la República) un régimen que, cualesquiera que fueran sus principios, empeoraba en cierto grado la condición de los indígenas en vez de mejorarla. Y esto no era culpa del ideario que inspiraba la nueva política y que, rectamente aplicado, debía haber dado fin al dominio feudal de la tierra convirtiendo a los indígenas en pequeños propietarios [. . .] La nueva política abolía formalmente las mitas, encomiendas, etc. Comprendía un conjunto de medidas que significaban la emancipación del indígena como siervo. Pero como, de otro lado, dejaba intactos el poder y la fuerza de la propiedad feudal, invalidaba sus propias medidas de protección de la pequeña propiedad y del trabajador de la tierra" (p. 69).

Partiendo de este análisis podemos ilustrar, por una parte, la importancia de no perder de vista la especificidad de los fenómenos sociohistóricos, y por la otra, mostrar cómo un proyecto en su puesta en práctica se aleja de la idea de sus portadores sociales. Por ello es que en toda historia se tenga que distinguir entre lo que es la anticipación de un proyecto de sociedad, tal como es patrocinado por determinadas clases sociales, y la historia que resulta de su voluntad política, la cual es un producto combinado de la orienta-

ción ideológica de su acción y del grado de viabilización de su desarrollo. En este sentido, toda historia es una tensión entre lo que se pretende y lo que, en el mismo tiempo de ese esfuerzo, surge como producto de la articulación de muchas voluntades políticas.

No se puede discutir sobre ciertos conceptos si no es cuestionando el contexto histórico y cultural desde el que se está retomando un problema. Así, no se puede juzgar sobre el "comunismo incaico" desde marcos de referencia actuales, ni menos establecer analogías para poder formular apreciaciones de índole ya sea laudatoria o de rechazo entre dos experiencias históricas. Especialmente debemos cuidarnos de los apriorismos que no hacen más que distorsionar la observación de una realidad diferente a la que es reflejada en el esquema que nos sirve para organizar nuestra observación. Por ejemplo, Mariátegui en la crítica a Aguirre Morales sostiene que no se puede concluir que "el pueblo incaico fue un pueblo esclavo e infeliz porque carecía de libertad", pues, en ningún caso "esta libertad cabía en la vida incaica [. . .] El hombre del Tahuantinsuyo no sentía absolutamente ninguna necesidad de libertad individual", así como "no sentía absolutamente ninguna necesidad de libertad de imprenta. La vida y el espíritu del indio no estaban atormentados por el afán de especulación y de creación intelectuales", como tampoco estaba "subordinado a la necesidad de comerciar, de contratar, de traficar". De ahí que no puede "consustanciar la idea abstracta de libertad con las imágenes concretas de una libertad con gorro frigio" (p. 78-79).

La misma precaución se debe tener al concluir acerca de relaciones de contradicción o de complementación entre fenómenos, ya que pudiendo por ejemplo "la autocracia y el comunismo ser incompatibles en nuestra época, no lo fueron en sociedades primitivas" (p. 79). Con este mismo espíritu "no es posible hablar de tiranía abstractamente", por cuanto el fenómeno "tiranía", como cualquier otro, exige ser analizado en el contexto de una constelación histórica que especifica el contenido de los procesos o fenómenos. De esta manera se puede afirmar con Mariátegui que una tiranía "es real sólo en la medida en que oprime la voluntad de un pueblo o en que contraría y sofoca su impulso vital", lo que

no ocurrió en la época del imperio incaico; por el contrario, recuerda que muchas veces "en la antigüedad un régimen absolutista y teocrático ha encarnado y representado "la voluntad de un pueblo". Éste parece haber sido el caso del imperio incaico "cuya obra consistió en construir el imperio con los materiales humanos y los elementos morales allegados por los siglos. El ayllu —la comunidad— fue la célula del imperio, pero no crearon la célula". Aguirre, desde su posición liberal individualista ,"se complace en ignorar en la historia a la muchedumbre" (pp. 80-81).

Con lo expuesto no se pretende enfatizar el relativismo histórico sino la capacidad para redescubrir la esencia específica de los fenómenos, a partir de cómo se han manifestado en la realidad empírica y morfológica. Esto es, se procura organizar la observación y el estudio de la realidad desde la búsqueda de lo concreto, en vez de hacerlo desde la apariencia tal como ésta es recogida por esquemas de interpretación teórica que no se cuidan de reflejar las especificidades en que se transforma un mismo fenómeno si se ubica en distintos contextos. La historicidad como exigencia en el análisis significa incorporar nuevas complejidades con las supervivencias de fenómenos (ejemplo, culturales) que se enlazan con otros, en forma a veces asincrónica, constituyendo realidades multifacéticas, cuya dinámica no puede captarse a partir de esquemas que los jerarquicen según opciones teóricas o ideológicas que no le son pertinentes. Por ejemplo, la ideología del pasado trasmitida por la colonización, "un espíritu y una economía que declinaban ya y los cuales no pertenecían sino al pasado", facilitó que el patrón cultural de comportamiento de la clase dominante se caracterizara por su estilo señorial, el cual se contiene, prescindiendo de los cambios en la estructura económica, en la clase dominante que emerge de la independencia. Ha sido "la asimilación de la cultura occidental" la que ha permitido liberarnos de este pasado, pero ello ha coexistido con la mantención de "raigambres de feudalidad intactos" (p. 53).

La articulación compleja entre elementos ideológicos y culturales con otros de naturaleza económica, es lo que caracteriza a la exigencia de historicidad por sobre la estrictamente teórica. Analizar situaciones en las que coexisten rea-

lidades heterogéneas resulta difícil de hacer desde una perspectiva causal claramente establecida. De ahí que se pueda manejar como solución su reconstrucción desde los distintos niveles de realidad que se caracterizan por dinamismos particulares. "España nos trajo el medioevo; inquisición, feudalidad, etc. Nos trajo luego, la contrarreforma: espíritu reaccionario, método jesuítico, casuismo escolástico. De la mayor parte de estas cosas nos hemos ido liberando, penosamente, mediante la asimilación de la cultura occidental, obtenida a veces a través de la propia España. Pero de su cimiento económico, arraigado en los intereses de una clase cuya hegemonía no canceló la revolución de la independencia, no nos hemos liberado todavía. Los rasgos de la feudalidad están intactos" (p. 19).

Por un lado, posibilidad de cambio determinada por una apertura cultural; por el otro, obstáculos y cierres determinados por una continuidad estructural que impide que se puedan consolidar "instituciones democráticas y liberales", según sean estructuradas ideológicamente por las nuevas corrientes de pensamiento que penetran en el país. Pero esta continuidad estructural no produce por sí misma estos efectos inhibitorios de cambio, sino en tanto que es parte de un contexto (en este caso de aislamiento). En efecto la imposibilidad de cambio estructural no tiene lugar en los países que, por estar situados a la orilla del Atlántico, se han podido abrir con mayor facilidad hacia Europa desarrollándose en ellos "la democracia burguesa y liberal" (p. 79). Lo que importa destacar aquí es que la discusión teórico-ideológica sobre la democracia queda inserta en un contexto, el cual contribuye a especificar el alcance que tengan los conceptos. El análisis, en consecuencia, queda incorporado en un horizonte histórico. Este horizonte histórico se expresa en la subordinación del pensamiento teórico e ideológico al momento histórico que contiene las potencialidades de futuros posibles. Podemos ilustrar lo anterior con el siguiente tipo de argumentación que, entre otros, se encuentra en sus ensayos.

La tradición hispana, de corte señorial y feudal, que viene de la colonia, es reforzada en la situación de la postindependencia. Por la continuidad estructural que caracteriza a la clase dominante a lo largo de su curso histórico; refuerzo

que tiene lugar en el contexto caracterizado por la asimilación de las nuevas ideas, propias de la cultura occidental. De esta manera la continuidad estructural (como es el carácter señorial y rentista de los grupos dominantes), al permitir la asimilación de ideas liberales, determina el surgimiento de una situación histórica caracterizada por una estructura social que ve interrumpido un desenvolvimiento ideológico congruente. El peso ideológico de la colonia es remplazado por un liberalismo importado que, por lo menos coyunturalmente, ha constituido un rasgo ideológico dominante en el desarrollo histórico de estos países latinoamericanos, pero que además, el movimiento popular ha aceptado, asimilado y convertido en parámetro de sus propios análisis de la realidad. El carácter contradictorio de la clase dominante, entre su estructura y su ideología, se refleja en el carácter ambiguo de la democracia que afirma defender.[13]

La compleja situación caracterizada por una diversidad de elementos (económicos, culturales), con su heterogeneidad interna y multiplicidad de posibilidades de evolución en varias direcciones, constituye el horizonte histórico desde donde pensar, en forma de poder sumergirnos en la historicidad misma de lo concreto, en donde se contienen las posibilidades de la democracia, como también las alternativas de que su realización práctica puede asumir una u otra modalidad. Así es como Mariátegui puede anticipar algunos elementos teóricos para comprender la crisis actual de la democracia en estos países.

En primer lugar está el carácter limitante de la clase en el poder en razón de su carácter señorial (terratenientes liberales, o burgueses terratenientes); en segundo lugar, la importancia del mercado internacional para estimular las transformaciones económicas que hagan posible una democracia liberal. Caracterizándose las clases dominantes como rentistas y especuladores se dificulta que puedan impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas sin recurrir al capital extranjero. Sin embargo, la burguesía, a pesar de las características mencionadas, en lo ideológico asume expresio-

[13] Situación que se ha vuelto muy clara con motivo de su respaldo, en los últimos años y en diferentes países latinoamericanos, a proyectos militares de gobierno.

nes de corte liberal-político para legitimarse, apreciándose una incongruencia entre las formas de su ideología y sus características estructurales. La cuestión de fondo que se plantea es cómo se puede llegar a articular con el poder señorial el desarrollo de las fuerzas productivas, las cuales son una condición para el surgimiento y posterior consolidación de un régimen político que sea congruente con la ideología de la clase en el poder, contradicción que apunta directamente a la naturaleza del proyecto de sociedad que la clase dominante busque construir.

¿Cuándo puede una clase terrateniente-liberal llegar a construir un régimen liberal? O, más bien ¿qué características concretas tiene que asumir ese régimen demoliberal? Para abordar un problema de esta índole el autor plantea su idea de la sociedad autóctona y nacional como si fuera el contenido básico del proyecto de transformaciones necesarias. Conviene enfatizar en este planteamiento dos momentos, para evitar caer en afirmaciones puramente valorativas o muy generales, y por lo mismo, vacías de contenido real. La definición del proyecto de futuro se puede solamente concebir partiendo de la situación histórica concreta, que debe ser reconocida lo más objetivamente que sea posible. Esta situación es la que contiene las verdaderas alternativas de desenvolvimiento, pero que no pueden darse como base de acciones, si previamente no son reconocidas como posibles de ser construidas. Es en este momento del análisis en el que se puede recuperar la dimensión del poder, como ángulo de análisis que incluye a los sujetos sociales como articuladores de la reconstrucción histórica que se haga del momento histórico. Lo que implica dos momentos en el esfuerzo por incorporar la historicidad de la situación real: por una parte, la posibilidad de potenciarla, y de otra, las condiciones para transformar a esta potencialidad en proyecto viable de sociedad. Es posible encontrar algunas ilustraciones de lo que decimos en el análisis de Mariátegui.

Se pueden traer a colación las referencias sobre lo que pasa con la "comunidad" distinguiendo entre la subsistencia de valores y actitudes psicológicas, asociadas al trabajo en ella, y el nuevo contexto caracterizado por el predominio de la gran propiedad. Citando a Castro Pozo podemos afir-

mar que "la comunidad indígena conserva dos grandes principios económico-sociales que hasta el presente ni la ciencia sicológica ni el empirismo de los grandes industrialistas han podido resolver satisfactoriamente: el contrato múltiple del trabajo y la realización de éste con menos desgaste fisiológico en un ambiente de agrado, emulación y compañerismo" (p. 87). Se mantiene "la energía, perseverancia e interés con que un comunero siega, gavilla el trigo o la cebada, quipicha,* y desfila, a paso ligero, hacia la era alegre, corriéndole una broma al compañero o sufriendo la del que va detrás jalándole el extremo de la manta, constituyen una tan honda y decisiva diferencia, comparados con la desidia, frialdad, laxitud del ánimo y, al parecer, cansancio, con que prestan sus servicios los yanacohas, en idénticos trabajos u otros de la misma naturaleza" (p. 87).

Sin embargo, de otra parte, el régimen del latifundio feudal, disolviendo o relegando a la comunidad, ha terminado por "atacar una institución social que conserva la función de la familia campesina", reduciéndola a un sistema de producción que mantiene al indio como mano de obra, aunque también, simultáneamente, "mantiene vivos los estímulos morales necesarios para su máximo rendimiento como trabajador". Por consiguiente se puede observar cómo una estructura es alterada en su función de célula social (cuando se pasa del período incaico al colonial y, más tarde, al republicano), pero sin que ese cambio liquide los valores y patrones de conducta que caracterizan su superestructura ideológica. El indio transformado en mano de obra de la propiedad señorial, continúa apegado a los elementos espirituales de la economía comunitaria. Lo que cambia profundamente es la dinámica de las estructuras globales de las que es parte la comunidad: el Estado deja de apoyarse para su funcionamiento en la dinámica de la comunidad. El Estado como factor exógeno deja de estimular la consolidación de una estructura microsocial, como es la comunidad indígena. La comunidad bajo el régimen colonial "no podía ser verdaderamente amparada sino apenas tolerada. El latifundista le imponía la ley de su fuerza despótica sin control posible del Estado. La comunidad sobrevivía, pero dentro de un régimen de servidumbre.

* Cargar a la espalda, costumbre indígena extendida en toda la sierra.

Antes había sido la célula misma del Estado que le aseguraba el dinamismo necesario para el bienestar de sus miembros. El coloniaje la petrifica dentro de la gran propiedad, base de un Estado nuevo, extraño a su destino" (pp. 65-66).

¿Qué reflexiones pueden formularse en relación con estas afirmaciones? La descripción sobre la relación entre comunidad y Estado es bastante esclarecedora. Cuando afirma que el coloniaje la petrifica, dentro de la gran propiedad, se enfrenta a una disociación y contradicción entre dos proyectos: el propio del nuevo Estado y el de la comunidad tradicional, pues este contexto termina por disolver a la comunidad por efecto de una dinámica nueva que desarticula a los proyectos microsociales, en razón del imperativo de proyectos macrosociales. Simultáneamente, la gran propiedad transforma a la comunidad de sistema de relaciones sociales y culturales, en un enclave de mano de obra, pero que no obstante conserva su superestructura espiritual. En este contexto no puede negarse la presencia de cierta potencialidad de lo microestructural en la medida en que se pueden utilizar elementos de la tradición de nuevas estrategias de desarrollo.

La posibilidad de lo anterior está dada por la capacidad para que en vez de disolver las potencialidades de lo microsocial en el marco de proyectos macrosociales, se recupere a la comunidad con apoyo en proyectos micros que sean articulables en proyectos globales de desarrollo. En esta última perspectiva se apunta, por ejemplo, la posibilidad de transformar a una comunidad en cooperativa (asentada en la existencia de nuevas condiciones de comercialización, de transporte, etc.), que potencia la transformación de la comunidad en el contexto definido por otra estructura de producción. En este sentido se está en presencia de un proceso de continuidad y discontinuidad estructural, según se atienda a un nivel u otro de la realidad. De ahí que para llegar a establecer con claridad una tendencia en el desenvolvimiento histórico, habría que tener una visión de conjunto de todas las dimensiones de las estructuras, tanto de las que se transforman como de las que se mantienen en la nueva situación histórica. Es por ello por lo que los análisis de este tipo, apegados a la historia concreta, plantean la necesidad de re-

construir a la realidad en todas sus complejidades antes que reducirla a un esquema de explicación.

En razón de lo expuesto, la dinámica social es descrita en términos de una reconstrucción en la que se incluyen todos sus niveles culturales, económicos, incluso psicológicos, reconstrucción que permite reconocer las posibilidades de potenciación de la misma, entendida la posibilidad como la del surgimiento de un sujeto social del proceso de cambio. El interés de este lineamiento reside en comprender la aparición de los sujetos sociales, de conformidad con una dialéctica entre los niveles de la realidad histórica. De ahí el que Mariátegui destaque el hecho de que "el indio, a pesar de las leyes de cien años de régimen republicano, no se ha hecho individualista" (p. 83). Lo que se expresa en una sobrevivencia ideológica y cultural que, a su vez, determina desajustes respecto de la situación estructural dominante en cuanto que las relaciones sociales no se corresponden con la estructura productiva, situación que facilita que se mantengar pautas tradicionales de comportamiento, las que no se ajustan al contexto nacional. Por lo tanto se puede sostener con el autor que "la propiedad comunal no representa en Perú una economía primitiva a la que haya remplazado gradualmente una economía progresista fundada en la propiedad individual" (p. 84).

El desajuste a que nos referimos produce un doble efecto, el cual debemos considerar acumulativo para comprender mejor a la dinámica social del país. En realidad, el desajuste entre los patrones ideológicos y la estructura productiva, y entre las relaciones sociales y el sistema productivo, desencadena procesos desintegrantes de la vida campesina tradicional (los que pueden adoptar la forma de migraciones o de fraccionamientos de la propiedad de la tierra), o bien de manutención de un patrón de organización social, que pudiendo ser adecuado para satisfacer las exigencias de sobrevivencia ideológica y cultural, cumpla la función de constituir un mecanismo de conservación y defensa de la identidad grupal frente a la lógica que se impuso nacionalmente. En este marco de análisis toma significación la afirmación de que la "propiedad comunal no representa una economía primitiva".

Desde la perspectiva de análisis en que nos colocamos, la propiedad comunal representa un ejemplo de articulación entre elementos culturales y económicos, que es la base para comprender el significado que asume. Por lo tanto, el análisis debe precisar cuál es el nivel determinante de la articulación (si los de naturaleza cultural o los económicos), según como se presente en un momento del desenvolvimiento histórico y no como resultado de una reconstrucción a partir de un ciclo histórico. La importancia de esta cuestión está en que el nivel que resulte determinante en la articulación (en este caso, la propiedad comunal) es el que mejor "enlaza" la dimensión histórico-genética con sus posibilidades cuando se re-ubica en un nuevo contexto histórico. De ahí que cualquier proyecto que se base en un nuevo tipo de propiedad, aun cuando pretenda recuperar la tradición campesina, no se puede impulsar con desconocimiento de lo que significa la articulación llamada comunidad. Como sostiene Mariátegui, disolver la comunidad no servirá para crear la pequeña propiedad, ya que el factor sociocultural del individualismo no ha tenido jamás su origen "ni en la constitución del Estado ni en el Código Civil" (p. 75). Por eso es que los esfuerzos por transformar a la comunidad campesina en pequeña propiedad tropiezan con obstáculos de carácter cultural, como es la sobrevivencia en el indio de sus patrones de conducta; pero además se encuentra con el problema de que no hay espacio para el desarrollo de la pequeña propiedad en el contexto de la gran propiedad. Cuando por una parte se constatan en el análisis del autor, los desajustes entre las posibilidades de un cambio (supresión de la comunidad), y por otra, el desajuste respecto de un proyecto deseado políticamente (constitución de la pequeña propiedad), surge claramente que la viabilidad de su realización está influida por la correlación de fuerzas dominantes y el tipo de poder que se utiliza para llevarlo a cabo. La viabilidad de un cambio consiste en la transformación de lo potencial en una realidad material. En este sentido, se podría comparar con el conducto por donde pasa la historia.

Ahora bien, si la correlación de fuerzas rompe el orden establecido, la dirección que asuma el proceso de cambio estará determinada por el nivel de realidad que aparezca como

dominante en el contexto de la articulación social. Recordemos el predominio de los elementos culturales en la comunidad que, no obstante los cambios en el sistema productivo, mantienen la función de preservar la identidad de la población. Por eso la dirección que asuma la transformación de la comunidad no estará definida exclusivamente por la lógica económica asociada con la imposición de una nueva unidad de producción.

En este análisis acerca de las dificultades para transformar a la comunidad en pequeña propiedad, encontramos en Mariátegui una interesante distinción en el manejo del poder. Si el poder, como factor plasmador de construcciones sociales, se expresa en una voluntad de proyecto, para llegar a determinar si cumple con estas funciones es necesario ahondar en su dinámica interna. El análisis que se efectúa es muy ilustrativo, especialmente cuando se refiere a la relación entre caudillo y clase al estudiar la política agraria de la república. De una parte, el ejercicio del poder con base en intereses materiales, muchas veces contrapuestos, que requieren por lo mismo ser arbitrados, tal es el caso del caudillo como "producto natural de un período revolucionario que no había podido crear una nueva clase dirigente". El poder, dentro de esta situación, tenía que ser ejercido por los militares de la revolución que por un lado gozaban del prestigio marcial de sus laureles de guerra y, por el otro, estaban en posición de mantenerse en el gobierno por la fuerza de las armas. Por supuesto, el caudillo no podría sustraerse al influjo de los intereses de clase o de las fuerzas históricas en contraste. Se apoyaba en "el liberalismo inconsistente y retórico del demos urbano o el conservantismo colonialista de la casta terrateniente" (p. 70). Pero además, se observa que el ejercicio del poder ya no es reflejo de determinados intereses, sino que crea intereses de grupo, o bien de clase. "Entre nosotros el caudillo y el gobierno de los militares han cooperado al desarrollo del latifundio". En esta línea se extiende el análisis a la dialéctica entre el surgimiento de un grupo social y la maduración de las condiciones estructurales que lo transforman en dominante.

Se construye la lógica de constitución de la gran propiedad que se apoya en la relación entre propietarios y su nece-

sidad de recursos de agua. Relación que no explica la concentración de la propiedad agraria, ya que es considerada sólo como "parcialmente exacta", pues para que el factor agua sea determinante de esta concentración se requiere que funcione en el contexto caracterizado por el establecimiento y desarrollo en la costa de vastos cultivos industriales. "Antes de que esto prospere, antes de que la agricultura de la costa adquiriera una organización capitalista, el móvil de los riesgos era demasiado débil para decidir la concentración de la propiedad" (p. 75). Más adelante, agrega: "no es cierto que [la escasez de agua] sea el origen de que la propiedad no se haya subdividido". Los orígenes más bien se remontan "a la despoblación de la costa, a consecuencia de la práctica colonial", lo que constituye, a la vez, "un efecto y una de las razones del régimen de gran propiedad" (p. 76).

Sin embargo hay que destacar en el análisis sobre el poder la contraposición entre dos lógicas disociadas: por una parte, una lógica ideológica del poder que se expresa en la creación de proyectos, en oposición a una lógica estructural vinculada a la base social de apoyo. En efecto, en la lógica liberal el poder republicano "se sentía activo sólo ante la propiedad comunitaria. Si no podía nada contra el latifundio, podía mucho contra la comunidad" (p. 75); esto es, que la lógica ideológica era capaz de crear direcciones de cambio que no tuvieran necesariamente mucha concordancia con la dirección posible de esperarse desde la estructura económica misma de los grupos. Es plausible que una clase terrateniente no liberal no hubiera enfrentado la destrucción de la comunidad para transformarla en pequeña propiedad, sino más bien, se podría haber orientado a conservarla, pero inserta en el marco histórico dominado por su presencia. Sin embargo, al imponerse una lógica se genera el conflicto con la comunidad.

De esta manera vemos cómo mediante los proyectos de los grupos se crean realidades que configuran nuevos horizontes históricos en los que se aprecian continuidades o discontinuidades de determinadas estructuras, según distingamos sus diferentes dimensiones y funciones. Por ejemplo, se puede destruir a la comunidad a la vez que mantenerla, lo que dependerá no de su naturaleza considerada aisladamen-

te sino del contexto global del que es parte. Así, "en un pueblo de tradiciones comunistas, disolver la comunidad no servía para crear la pequeña propiedad", pues, como se ha mencionado, "el individualismo no ha tenido su origen en ningún país ni en la Constitución del Estado ni en el Código Civil". Afirmación ésta que transfiere cualquier reflexión sobre un objeto social particular hacia su historicidad, consistente en su compleja articulación con varios otros tipos de estructuras, lo cual no hace más que mostrar un modo de razonar históricamente muy necesario si lo que se quiere es contribuir a la definición de proyectos de sociedad. En Mariátegui la idea de proyecto asume la forma de una lucha por la sociedad nacional, centrada en "la redención, la salvación del indio", que constituye "el programa y la meta de la renovación peruana", planteamiento en el que el proyecto de sociedad cumple la función de contexto que especifica el contenido de las políticas particulares. En este sentido, es interesante el manejo que hace de las heterogeneidades culturales y las implicaciones especiales que tienen en el planteamiento de lo nacional. Desde esta consideración lo nacional no se puede confundir con integración, ya que se corresponde con una forma de rescatar y resolver el problema de un equilibrio entre las heterogeneidades. "La raza y la lengua indígena [. . .] aparecen hurañamente refugiadas en la sierra. Y por consiguiente en la sierra se conciertan todos los factores de una regionalidad si no de una nacionalidad. La unidad peruana está por hacer y no se presenta como un problema de articulación y convivencia, dentro de los confines de un Estado único de varios antiguos pequeños estados o ciudades libres" (p. 206). El problema de la unidad entonces no se reduce a una pluralidad de tradiciones locales, sino que consiste en "una cualidad de raza, de lengua y de sentimiento".

Pero también lo nacional, en el proyecto de sociedad nacional y autóctono, se puede identificar con una estructura de poder: un poder basado en lo regional o bien fundado en el centro. La cuestión de lo nacional cuando se reduce al centro viene a identificarse con "la mentalidad metropolitana" (p. 209), cuya contraparte no es simplemente el regionalismo o la descentralización, ya que se trata de entenderlo como proyecto de grupos que al momento de intentar aplicar la

descentralización, por ejemplo, puedan moverse fuera de la práctica centralista. De ahí que es diferente plantearse una reivindicación regionalista, según asuma el carácter de una "reivindicación popular" que sí es expresión de "un sentimiento feudalista", pues en este caso "los gamonales no se preocupan sino de acrecentar su poder feudal" (p. 209).

El proyecto sirve de marco histórico para reconocer el nuevo horizonte histórico. Si la problemática nacional y regional la comprendemos en términos de un proyecto de construcción de determinados sujetos sociales, el horizonte histórico que aborda Mariátegui se caracteriza por una diferente articulación entre el poder central y regional. "La primera cosa que conviene esclarecer es la solidaridad y el compromiso a que gradualmente han llegado el gamonalismo y el régimen centralista. El gamonalismo pudo manifestarse más o menos federalista y anticentralista, mientras se elaboraba o maduraba esta solidaridad. Pero, desde que se ha convertido en el mejor instrumento, en el más eficaz agente del régimen centralista, ha renunciado a toda reivindicación desagradable a sus aliados de la capital" (p. 214), articulación que se plantea como la base para definir el poder como potenciador para impulsar una sociedad nacional que pueda reflejar las heterogeneidades internas, heterogeneidades que ya no son simplemente "realidades objetivas" sino opciones. En realidad, cuando el autor se plantea que el regionalismo en Perú "no es un movimiento, una corriente, un programa, sino la expresión vaga de un malestar y de un descontento" (p. 194), lo explica con base en una realidad específica que no es susceptible de reducirse a ciertas estructuras teóricas o ideológicas anteriores, probablemente cosificadas en su uso, como sería "la ideología jacobina o radicaloide del siglo XIX". La razón está en que la polémica "entre federalistas y centralistas es una polémica superada y anacrónica como la controversia entre conservadores y liberales", por cuanto "la lucha se desplaza del plano exclusivamente político a un plano social y económico".

En efecto, el contexto no está dado, sino que es construido según sea el proyecto desde el que se lee la realidad. En esta dirección puede afirmar Mariátegui que "admitida la prioridad del debate del problema del indio y de la cuestión agra-

ria sobre cualquier debate relativo al mecanismo del régimen [. . .] resulta absolutamente imposible considerar la cuestión del regionalismo o, más precisamente, de la descentralización administrativa, desde puntos de vista no subordinados a la necesidad de solucionar de manera radical y orgánica los dos primeros problemas. Una descentralización, que no se dirija hacia esa meta, no merece ya ser ni siquiera discutida" (p. 201). En el contexto en el que se ubica la realidad que se quiere transformar, deben también situarse las proposiciones políticas para así poder desentrañar sus verdaderos contenidos y significados. Un ejemplo lo sugiere Mariátegui cuando se refiere al diferente contenido que puede tener una misma medida, como es el caso de la descentralización política y administrativa. Afirma que

> la descentralización como reforma simplemente política y administrativa, no significaría ningún progreso en el camino de la solución del problema indio y del problema de la tierra que, en el fondo, se reducen a un único problema. La descentralización, actuada sin otro propósito que el de otorgar a las regiones o a los departamentos una autonomía más o menos amplia, aumentaría el poder del gamonalismo contra una solución inspirada en el interés de las masas indígenas. Para adquirir esta convicción, basta preguntarse qué casta, qué categoría, qué clase se opone a la redención del indio. La respuesta no puede ser sino una y categórica: el gamonalismo, el feudalismo, el caciquismo. Por consiguiente, cómo dudar de que una administración regional de gamonales y de caciques, cuanto más autónoma tanto más sabotea y rechazaría toda efectiva reivindicación indígena.

De la discusión pueden desprenderse diversas conclusiones:

a] En primer lugar, podemos decir que el simple reconocimiento de una realidad histórica constituye por sí misma una construcción, pues traduce determinadas exigencias de historicidad, lo que obliga a subordinar a ellas cualquier esquema teórico. Por ejemplo, si lo que se persigue es la redención del indio, la situación de marginalidad de éste tiene la especificidad de ser la situación desde la cual poder construir a toda la sociedad; a la inversa, si lo que se busca es homogeneizar a la sociedad tomando la perspectiva de la economía y del espíritu metropolitano, la situación de mar-

ginalidad del indio se convierte en un obstáculo para la construcción del proyecto de integración nacional.

b] En segundo término cualquier construcción social parte de una historicidad no captada en términos explicativos ni necesariamente realizada, producto de un interés social que no siempre se ha podido convertir en sujeto social. De una voluntad de hacer, probablemente embrionaria, pero en proceso de desplegarse y contraerse y de su inserción en un proyecto. Pero no entendido éste como modelo de sociedad sino como conjunto de necesidades potenciables. La potencialidad consiste en que no siempre los intereses sociales existentes se traducen en una voluntad, ni siempre ésta es un proyecto.

c] Por último, lo que se quiere decir por determinación de los contenidos y significados de las proposiciones políticas, es que de acuerdo a cómo sea la dirección que tomen los procesos históricos, se determinará una articulación entre ellos, producto de la dinámica del conjunto de los procesos que se han desencadenado. Pero, a su vez, esta articulación conforma un nuevo contexto que servirá de punto de partida para un distinto giro en la historia.

Efectivamente, apegarse al momento concreto abriéndose a todas sus mediaciones y singularidades, y además tomando conciencia de que ninguna conciencia teórica puede sobreponerse a la riqueza de la historia, se corresponde a una forma de razonamiento que es propia del imperativo por definir proyectos sociales. Si la realidad histórica es una construcción, ¿cuál es el estatus cognoscitivo del proyecto? En la primera parte de este trabajo hemos desarrollado algunas reflexiones que, en esta oportunidad, podríamos resumir en las siguientes proposiciones:

La realidad histórica si es concebida como conjuntos de proyectos determina que su conocimiento reconozca como referentes objetivos a las exigencias del o de los proyectos que se consideren en la opción del estudioso. Un conocimiento construido desde esta perspectiva asume el carácter de un conocimiento político. Pero, en razón de que es un conocimiento referido al horizonte histórico, no es un conocimiento sobre objetos particulares, sino que está abierto a un campo problemático, en cuyos límites se pueden distinguir

opciones de acciones. En Mariátegui esta lógica está claramente presente, como no lo está en los análisis de los estudiosos que en general no piensan desde las exigencias de proyectos de sociedad.

La subordinación de la teorización a la primacía de la historia solamente es posible cuando se piensa en términos de utopía social. Desde esta perspectiva la actividad de conocer destaca a lo político como una dimensión de la realidad que obliga a considerar la vastedad de lo real que todavía no ha sido teorizado. Pensar el futuro de la sociedad desde el ángulo de la clase obrera no implica que se tenga que llegar a su explicación desde la clase obrera. Que se pueda construir desde ella un proyecto, no autoriza a identificar dicha lógica con un tipo de explicación.

Puede que estemos enfrentados a un tipo de conocimiento que se oriente a captar la realidad, pero sin que implique encuadrarla en una teoría. Se trata de abordar horizontes históricos que cuestionen críticamente a los distintos conocimientos fragmentarios, de manera que se puedan abrir hacia las exigencias de nuevos proyectos de transformación posibles.

IV. EL RESCATE DE LOS SUJETOS SOCIALES. PODER DE CLASE Y NACIÓN

Una de las características de la actual crisis de los países latinoamericanos es tal vez la falta de nuevos actores sociales, capaces de remplazar antiguos proyectos, modelos y estilos, para abrirse paso en la historia a través de nuevos horizontes. Es decir, traspasar las fronteras del futuro. Esta debilidad equivale a mantenerse en un presente continuo, sin salidas, que se resuelve en un perpetuo *statu quo* que niega al futuro y que queda aprisionado en el escepticismo de la voluntad y en la incredulidad de la inteligencia. Por eso, la búsqueda de pensadores que encarnen un gran optimismo histórico es útil para aprender a luchar en las circunstancias actuales. En el caso de Molina como en el de Mariátegui en-

contramos una esperanza en que la historia se puede construir. Perteneciendo a contextos distintos, representan un vínculo orgánico entre lucidez intelectual y voluntad práctica, entre conciencia teórica y conciencia histórica, entre conocimiento concreto y su potencialidad en proyectos sociales. Otro ejemplo de la misma actitud lo representa Almaraz.

Es el caso interesante de un pensador nacionalista para quien había que trasponer las puertas del futuro. Y en su empeño por rescatar la fuerza de lo nacional se remonta a la herencia que deja la historia de Bolivia desde la segunda mitad del siglo XIX. Fuerza que se apoya en la voluntad social de grupos que han podido tomar conciencia de sus condiciones y que en esa perspectiva procuran imprimir al desenvolvimiento histórico el sesgo de sus propios intereses. Pensando en el naciente capitalismo boliviano, que encuentra sus hombres de empresa en los mineros, observaba que "podían ser ultramontanos o enemigos de iglesia, conservadores o liberales, pero su condición de representativos de una nueva fuerza les dio cierta unidad ideológica dentro de la cual conceptos como minería, inversión, caminos, ferrocarriles, constituían la línea maestra de su pensamiento. Tal era el sentido de progreso en la segunda mitad del siglo pasado y la frontera que inició la separación entre terratenientes y mineros."[14]

Se plantea la cuestión de definir un período histórico con base en el surgimiento de nuevas fuerzas sociales, con lo que se incorporan conjuntamente con un nuevo proyecto de desarrollo, a las correspondientes articulaciones con patrones ideológicos y culturales de conducta. En el caso de Bolivia la aparición de los mineros como principales protagonistas de su desenvolvimiento, protagonismo que adquiere tal influencia en la configuración social, política y cultural que, en última instancia, el proyecto de la clase se identifica con el proyecto de nación, pero, no solamente en sus aspectos internos, sino abarcando las relaciones del país con otros países. "Fue grande la influencia de la minería en la política bo-

[14] Sergio Almaraz, *El poder y la caída*, La Paz Cochabamba, Bolivia, Ed. Los Amigos del Libro, 1969, p. 17.

liviana. En tiempos de Huanchaca,[15] los ricos de Sucre intervenían directamente en la actividad política. Con el estaño, prefiriendo los métodos cautelosos, ejercieron su poder mediante pequeños círculos formados por empleados o amigos. Este cambio en las formas de expresión del poder mismo, no solamente supone la adopción de un sistema más complejo de método, sino ciertas variaciones en la estructura misma del poder" (p. 78). La naturaleza de la relación entre clase y sociedad aparece determinada por la complejización interna de la propia clase, la que, por esta circunstancia, inicia un proceso de confrontación con la sociedad en un frente mucho más amplio de relaciones, ya no exclusivamente económicas sino también políticas, ideológicas y culturales.

Es cierto que en tiempos de Arce[16] la influencia de Huanchaca podía mantenerse con un periódico en Sucre y algunos diputados cuya labor "no encontraba la resistencia de una oposición organizada. En cierto modo era un poder solitario." Pero a partir de 1916, el poder minero dejó de ser tan simple, "adquirió nuevos puntos de contacto con una estructura económica y política más variada: más minas, mayor actividad comercial, más competencia, pugnas entre norte y sur, nacimiento de nuevas fuerzas políticas" (p. 79).

En consecuencia, se puede comenzar a observar cómo en el desarrollo económico, en la medida en que consiste en un proyecto nacional, los diferentes aspectos de la sociedad necesariamente se confunden en una trama articulada de procesos que se van transformando los unos con los otros. La ideología de una clase se transforma en la de una nación, lo que exige que el espacio de la clase sea el de toda la nación, pero sin que esto tenga que reflejarse a todas las demás fuerzas; de ahí, más bien, que lo nacional se reduce al espacio de la clase que surge como dominante. Pero esta transformación de lo nacional en clase o de la clase en nación, obliga a una ampliación en la observación de aquella que, entre otras implicaciones, exige incorporar a su estudio los microdinamismos, tanto actuales como históricos.

[15] Huanchaca: importante mineral de plata en Bolivia, situado cerca Uyuní, en la provincia de Potosí.

[16] Arce, junto con Pacheco y Fernández, uno de los presidentes del período conocido como "la oligarquía conservador" (1884-1899).

La realidad sociohistórica, por estar constituida por una empiricidad compleja de elementos y situaciones (actividades, relaciones múltiples que operan simultáneamente en varios planos de la realidad, fuerzas políticas y sociales, dinámicas grupales y psicológicas, etc.), plantea que detrás de cualquier categorización abstracta se tengan que recuperar sus contenidos en toda su riqueza de aspectos y formas de movimiento. Así es como en la relación entre clase y sociedad tiene que recuperar en su abstracción la multiformidad que puede asumir su existencia social, recuperación que es importante para comprender cómo la fuerza de una clase plasma su realidad, pero además, cómo simultáneamente esa realidad creada por el propio desarrollo de la clase reinfluye sobre ella. El hecho de que la clase se expanda en una formación social, constituyendo en su ámbito realidades económicas, políticas, sociales y culturales, significa que conforman elementos de la sociedad civil transformándola, en cierta medida, en parte de su propio proyecto de clase, lo que implica el hecho histórico siempre que sea concebido como construcción de diferentes voluntades sociales. Pero, a la inversa, también es verdad que a medida que la situación histórica se hace más compleja, se dificulta la constitución de estas voluntades sociales. Ser actor social e individual, en efecto, deviene en una posibilidad crecientemente problemática en las sociedades complejas.

Esta problemática es central en la relación entre historia y política, por cuanto conjuga a la dimensión tendencial y macrosocial de los procesos históricos con los mecanismos dinámicos que van configurando a esa tendencia. La esencia de lo político está en la apropiación de estos mecanismos cuando se realiza desde la perspectiva del proyecto mediante el cual se pretende imprimir una dirección a los procesos sociales. Más aún, se podría decir que el ángulo político de la realidad exige una recuperación de las categorías generales sin perder la riqueza de las múltiples formas de comportamiento de aquéllas. Se podría también afirmar que recuperar lo empírico como el modo en el que la realidad histórica es incorporada al campo de la experiencia, de las percepciones y vivencias.

Una ilustración de lo que decimos la constituye el siguien-

te párrafo de Almaraz. "En la evolución del poder minero se encuentran por lo menos dos fases características. Con Arce y Pacheco y los mineros de 1870, es casi feudal. Pasaron directamente de la minería al gobierno; los límites son imprecisos, se yuxtaponen y confunden. El factor personal es preponderante: Arce y Pacheco [. . .] son caudillos paternalistas. El poder se lo ejercita directamente, de minero a gobernante, de oligarca a presidente, sin estructuras intermedias." Lo que se explica porque realmente la minería es simple, ya que "son tres o cuatro empresas cuyos propietarios gobiernan personalmente el país [. . .] El país no ve inconveniente en que el dueño de Huanchaca sea el Presidente de la República." (p. 89).

En efecto, este tipo de descripción destaca el proceso constitutivo del fenómeno de la clase, lo que no siempre es resuelto cuando en virtud de un análsis teórico no se llegan a reconocer las mediaciones que lo caracterizan, situación en la que se corre el riesgo de incurrir en una abstracción general que diluye la posibilidad de reconocer los puntos sobre los cuales poder influir para darle una dirección al proceso de constitución. El análisis que efectúa Almaraz es ilustrativo sobre cómo debe el pensamiento teórico abrirse hacia una realidad compleja y profundamente dinámica. Podemos tomar como ejemplo la distinción que observa en las formas de ejercer el poder, según el agrupamiento social evolucione desde la condición del grupo económico a núcleo de poder, esto es, cuando el nexo con el resto de la sociedad se basa en relaciones entre personas, a la etapa en donde se requiere de estructuras intermedias.

Se puede afirmar que uno de los mecanismos dinámicos de la constitución de la fuerza económica en fuerza política es el surgimiento de un "núcleo de poder aglutinante". El hecho de que esté presente o no hace la diferencia entre considerar a un grupo con poder económico y posición social, simplemente como grupo de poder, o bien como clase. "En 1870 no se puede hablar con propiedad de una oligarquía minera en el sentido de una clase social que constituye un núcleo de poder aglutinante como son para esa época las oligarquías de Lima, Santiago a la provincia de Buenos Aires." La diferencia es cualitativa, pues en tanto no se llegue a

constituir ese núcleo no existe la fuerza capaz de definirse en términos de proyecto de sociedad, es decir, comportarse "como verdaderos motores de la formación del estado nacional". En Bolivia falta una oligarquía "capaz de construir una estructura nacional subordinada a sus intereses" (p. 89).

Las consideraciones anteriores nos colocan en la perspectiva de rescatar los fenómenos transhistóricos desde el nivel en el que tiene lugar la serie de acontecimientos que los constituyen en el largo tiempo, lo que no es usual en el caso del análisis de las ciencias sociales. El autor que nos sirve de referencia incorpora a su caracterización de las clases todas sus complejas dimensiones que no pueden ser estudiadas en el plano macrosocial. A este respecto son dignos de destacarse por su agudeza, en razón de la síntesis que logran las observaciones, los retratos que proporciona Almaraz sobre Patiño, en quien pretende simbolizar al empresario minero que impone nuevas visiones y patrones de conducta, en contraste con lo que fue la historia ideológica y cultural de los terratenientes. De otra parte, está el retrato de Mariano Peró, en quien retrata el prototipo del empresario industrial que no solamente niega al terrateniente sino también al minero en la medida en que simboliza la emergencia de un nuevo tipo de actor social, cuya función es servir de apoyo a cualquier intento por impulsar un proyecto nacionalista de desarrollo.

De Patiño señala que "un hombre joven y ambicioso, con el camino cerrado por la estrechez de la época, sin vinculaciones de familia ni tierras ni dinero, no tenía otro porvenir que el de las minas [. . .] En Patiño está implícita la rebeldía de los que se sentían asfixiados por el estancamiento de la época", lo que se manifiesta en el rechazo por los símbolos tradicionales de prestigio, y de ahí sus conflictos como *self-made man* "con el club cochabambino de gente bien" (p. 27), complaciéndose en pequeñas venganzas que en su larga vida en varias oportunidades pudo impulsar. Sin ataduras con convenciones rígidas, aunque simpatizantes de las "ideas cargadas de puritanismo" y que fustigaran a "las viejas clases, parasitarias e ignorantes", asumía un comportamiento pragmático, convencido de que hay un cauce de progreso constante del cual se participa, y privilegiando a la voluntad

de logro por sobre las circunstancias que caracterizaban al contexto histórico, descripción de la situación que se completa con un perfil ideológico que sea congruente con el éxito de empresario, cuya expresión es la concepción de la democracia de las oportunidades y las desigualdades resultantes que son propias de las diferencias de capacidad y voluntad de triunfo.

"En un mundo de iguales oportunidades el más talentoso, el más honesto y trabajador está llamado a triunfar. Tal es el razonamiento. Virtud y victoria se identifican. Y en cuanto al sentido de la historia, hay que buscarlo en el individuo, allí está el secreto, porque todo lo demás, lo que rodea al hombre, es accesorio e indeterminante" (p. 27). El surgimiento de individualidades de este tipo le permite, partiendo de su caracterización psicológica, recuperar el contenido de la fuerza social indispensable para sobrellevar el peso de un desarrollo modernizante, de incorporación de capital interno, de apertura en las relaciones internacionales y transformación de los patrones tradicionales de conducta. En una palabra, de una fuerza con capacidad para definir y apoyar la reproducción de proyectos. Pero el caso es que no emerge, pues cuando se pasa desde el plano definido por el interés económico al núcleo de poder, no se afianza la constitución de un agrupamiento social, sino que se reduce a la constitución de una pequeña élite formada a su vez por grupos pequeños que compiten entre sí. Es lo que ocurre con los grupos que se organizan en torno de cada una de las grandes figuras mineras, como Patiño, Aramayo y Hotschild.

Esta dificultad para la constitución de una verdadera fuerza social de carácter nacional tiene implicaciones políticas, como es la ausencia de un proyecto nacional integrador, y también consecuencia de carácter estructural, como lo es la ausencia de una burguesía que, traspasando las fronteras de la minería extractiva, se hubiera proyectado hacia la industrialización de los minerales. La excepción, que por contraste define la situación general, está representada por el épico y dramático caso de Mariano Peró en su esfuerzo por pasar a la fundición del estaño. Pero el hecho dominante, marcado por la ausencia de una fuerza burguesa empresarial y por el predominio de grupos de presión aislados, no es

ajeno a los obstáculos estructurales que Bolivia enfrenta incluso hoy, agudizados por el problema de la crisis del estaño y del gas natural.

El discurso de Almaraz aparece claramente centrado, en cuanto a la relación clase-Estado, en la idea de proyecto de sociedad y en la capacidad para elaborar proyectos por distintas f erzas sociales que, a través de éstos, luchan por transformarse en fuerzas políticas. El estudio de algunas situaciones históricas coyunturales (como el de la revolución federal),[17] le permiten poner en evidencia la compleja problemática que configuran las relaciones entre las clases, sus posibilidades de generación de proyectos y el impacto de éstos en la dinámica de la sociedad nacional.

> La República se estremecía por el choque de fuerzas que habían despertado en lo más profundo de su ser. Nadie estaba seguro de lo que quería. Establecer la capital en La Paz tenía menos sentido que arrancar el poder de manos de la vieja oligarquía. Era más lógico hablar de forjar la nacionalidad y despojar a los campesinos que ponerse a luchar entre terratenientes. Los liberales aspiraban a la centralización burguesa del Estado moderno y proclamaban el federalismo, mientras que la oligarquía conservadora, satisfecha con la disposición feudal (un federalismo de facto) se definía unitaria (p. 75).[18]

Es así como se destaca la confusión del conflicto entre las clases, porque al carecer de un proyecto de sociedad, trazado con amplitud histórica, determina la subordinación de las posibilidades de construir una sociedad a problemas de control político, los cuales, por su parte, carecen de perspectiva

[17] Revolución federal en Bolivia, 1899. Guerra civil en la que luchan los departamentos del sur bajo la hegemonía de Chuquisaca con los del norte bajo La Paz. Constituyó una alianza entre un subestrato oligárquico y el campesinado indígena, que impuso por la vía militar un nuevo bloque social dominante a la par que un nuevo eje político-geográfico, todo ello en el contexto de una nueva inserción de Bolivia en el mercado mundial con el estaño. Dio inicio a un período de estabilidad civil democrática que dura hasta 1934.

[18] Se observa que el concepto de autonomía regional recuerda la crítica de Mariátegui al gamonalismo, interesado en plantear una descentralización regional que correspondía a un espacio regional que garantizara su poder local.

si no es en el marco de un proyecto de clase nítidamente delineado. De ahí que la lucha por la centralización del poder quedaba sometida a la lucha por "arrancar el poder de manos de la vieja oligarquía", aunque esta lucha se insertaba en el proyecto de "forjar la nacionalidad" que exigía subordinar a un segundo plano la lucha entre los terratenientes. Esta "vaguedad en los proyectos políticos de los contendientes" no era incompatible con la percepción del peligro campesino. Cuando el conflicto entre dos clases está mediado por diferencias ideológicas (lucha entre liberales y conservadores), la verdadera naturaleza del conflicto queda, en última instancia, determinada por una contradicción común, la que contrapesa y suaviza las contradicciones, como es el caso del "peligro campesino" para liberales y conservadores.

Los liberales se sirvieron del problema campesino para triunfar militarmente sobre los conservadores: "Se hundirá Bolivia. La indiada guerrea *motu propio* a la raza blanca, aprovechando despojos beligerantes se hará poderosa, nuestras fuerzas unidas apenas podrán dominarla..." (p. 77, mensaje de Pando a Alonso). Pero el triunfo en definitiva del bando liberal crea las condiciones políticas para el desarrollo de un proyecto apoyado en la minería. De esta manera, se puede apreciar cómo el peligro de una tercera fuerza constituye la condición para, mediante su enfrentamiento y liquidación, forjar un pacto que permita la constitución de una fuerza social capaz de impulsar un proyecto a escala nacional. También cómo la naturaleza ideológica del proyecto cumple la función de mediar entre los intereses estrechos de un núcleo de poder y las exigencias de una estructura de poder cada vez más compleja.

Los intereses mineros veían con temor al bloqueo chileno que con la clausura de Antofagasta y Arica podía paralizar la exportación. Pero, aunque "es improbable que los mineros influyan personalmente en el arreglo con Chile, los propiciadores de la solución práctica, miembros del Partido Liberal, obraban en función de una corriente de opinión de la que aquéllos eran partidarios" (p. 78). La minería requería de "un tratado que le asegure el libre tránsito" y la certidumbre de que Oruro no fuera el próximo objetivo del ejér-

cito chileno". El tratado de 1904, celebrado con Chile, forja la segunda república "apoyándose en la minería y sobre los despojos de las masas campesinas". Pero, simultáneamente, va emergiendo una nueva estructura de poder. El poder y el juego de influencias se van complicando, mediatizándose respecto de quienes detentaban los intereses económicos. "La intervención de los mineros con el tiempo tendió a hacerse menos notoria; personalmente no parecía demostrar gran interés por la política. Esa indiferencia estaba más que compensada con la actividad de sus abogados y sus agentes políticos bien situados en los partidos y en el gobierno" (p. 80). Lo anterior contrasta con lo que ocurría cuando el poder se identificaba con núcleos de poder que estaban capacitados para decidir sobre los problemas nacionales desde la lógica "del círculo íntimo que decide sin conceder importancia a la opinión pública", teniendo vigencia aquella frase de Vanderbilt, de "que se vaya al diablo el pueblo".

El análisis histórico registra la evolución desde una situación en la que las contradicciones del núcleo económico dominante podían desplegarse libremente, "para desgracia de los gobiernos", hasta la etapa en que se comienzan a utilizar más directamente mecanismos formales de ejercicio del poder. Es lo que sucede en 1916 con la organización del Partido Republicano. No obstante, continúa prevaleciendo una distancia entre las personas del núcleo económico y el manipuleo político, distancia que cumple la función de ser "una medida protectora que los ponía a cubierto contra la naciente impopularidad de sus intereses [y que se] expresaba en cierto cambio en los métodos de poder" (p. 81). De lo que se puede concluir que la relación entre los grupos económicos y el poder está sujeta a una dialéctica de mediaciones entre el desarrollo material de los propios intereses y la necesidad de consolidar un poder con capacidad para influir sobre el conjunto de la sociedad, capacidad de influencia que está determinada por la extensión en la que se pueda diferenciar el poder de sus bases materiales (en este caso la gran minería del estaño). Esta diferenciación se traduce en mediaciones ideológicas y organizativas cuya manifestación más sintética es un poder institucionalizador. Situación que en Bolivia ha sido en extremo lenta, incluso se podría decir no acabada,

si comparamos por ejemplo con el caso de Chile, país en el que las clases dominantes desde mediados del siglo XIX, con el ministerio de Portales (1833), logran una forma de poder institucional, lo que se llamó el "estado en forma".

Los cambios en los métodos de poder a que se alude "no impiden que el núcleo económico siga influyendo en la formación y caída de los gobiernos" (p. 81). Esto es, que la naturaleza más institucional del poder era más aparente que real, pues no se correspondía con una efectiva estabilidad política. Un poder económico que no es capaz de crear a lo largo de su historia un espacio donde pueda tener lugar el juego de influencias entre sus participantes, impide que madure una visión acerca de alternativas de desarrollo para el país. El grupo dominante, sin las presiones que pueden provenir de grupos antagónicos, no está sometido a la urgencia de tener que definir la política que sirva a sus intereses en forma que contengan las visiones y reivindicaciones de estos otros sectores sociales. "Sin la oposición radical de intereses extraños, las contradicciones entre los mineros, no violentas, ni producto de diferencias fundamentales, podrán jugar libremente para desgracia de los gobiernos" (p. 80). De esta manera, la visión sobre el país que se conforma por el grupo dominante, se identifica con la realización práctica de sus intereses, sin poder trascender sus estrechos límites. Es lo que ocurre cuando la política del grupo hegemónico no se restringe a sus particulares intereses, sino que, además, llega a revestir un contenido que incluye la posibilidad de servir de base a distintas políticas. Por eso, la política, cuando se realiza en un contexto en que la dominación no sufre las tensiones ni contingencias de otros grupos, se corresponde con una idea del futuro circunscrita a los límites de tal política, sin la menor apertura hacia opciones que puedan enriquecer el proyecto de sociedad. El proyecto se identifica con la gestión de la política que responde a determinados intereses, de acuerdo a cómo han sido plasmados en un momento histórico. Esto significa que no se acompaña de ninguna conciencia acerca de las posibilidades de transformación en el futuro, ni menos de las propias limitaciones de esa política.

Un proyecto de sociedad se había impuesto calcado de la estructura misma de la actividad minera que servía de asien-

to al poder social y político. Pero, en la medida en que no se había desarrollado una visión dinámica, propiamente de clase, carecía de toda perspectiva que no fuera la que resultara de la racionalidad utilitaria funcional a la mina. El negocio minero no era asumido como una estructura de producción que era parte de una clase emergente. Se carecía de una conciencia histórica en razón de la excesiva gravitación de la conciencia empírico-pragmática de empresarios que, por muy audaces que fueran, no se ubicaban en los plazos largos. Un ejemplo es la falta de voluntad para avanzar desde la actividad minera de tipo extractivo a una transformación industrial de la minería, como era el caso de la fundición del mineral.

> Es natural que en este ambiente el interés por la fundición fuera tan pequeño que no pudo inspirar ni un pobre debate parlamentario. No llegó a ser ni una curiosidad académica sobre la que algún profesor escribiera un opúsculo erudito. El país ignoraba que el estaño había repartido algunas centenas de millones de dólares entre fundidores, compañías ferroviarias, navieras y de seguros. Se vivía la indiferencia y la estupidez con las que se formaron las almas tranquilas de un rebaño explotado sumisamente durante siglos (página 134).

En este sentido, el año 1952 resalta como una coyuntura en la que cristaliza la visión concreta de alternativas viables. Un rompimiento con el pasado, disrupción política y también ideológica que estimula la estructuración de una nueva visión de la realidad. Este momento histórico permite vislumbrar con claridad el papel que puede cumplir el estudio de una coyuntura, caracterizada por una activación de la realidad por un súbito, aunque pasajero, predominio de las determinaciones ideológicas, coyuntura que encarna un cambio en la percepción histórica contribuyendo a abrir un nuevo horizonte de posibilidades, pero que no es el simple reflejo de una clase sino el escenario en el que se despliegan todas las potencialidades de lo nacional. El espacio nacional como ese tejido de fuerzas heterogéneas, en la autonomía que les confiere su propia historia, se concretan en una lucha por construir un proyecto que sea común a todas ellas. Nace y se enuncia una visión de futuro que rompe con el li-

mitado mundo de la mina, surge como objeto del discurso un nuevo ámbito: el de la nación.

> La realidad fue emergiendo lentamente entre las brumas de una larga pesadilla y pugnando por imponerse en la conciencia colectiva. La verdad empezó a diferenciarse de la ideología colonial que hasta entonces paralizara el alma nacional como un ataráxico. Fue esa ideología la que se interpuso entre los bolivianos y la realidad impidiendo la formación de una conciencia. Junto con el estaño nos robaron la conciencia (p. 140).

No es necesario perderse en la fuerza dramática de la frase final, o en la profunda lucidez que encierra en su síntesis, para evidenciar la intrincada dialéctiva entre conciencia histórica e ideología dominante. La formulación de que la verdad empezó a diferenciarse de la ideología, de manera de hacer una lectura más objetiva de la realidad, supone que la realidad histórica reconoce rompimientos que, por coyunturales que sean, hacen aflorar todos los posibles futuros que son los contenidos de la conciencia histórica. Estos contenidos son sacados del escenario de la utopía en forma selectiva por la ideología dominante. La conciencia nacional como utopía se convierte en realidad histórica solamente por medio de la emergencia de una conciencia histórica que desbarate los efectos reificadores de la ideología dominante.

La conciencia histórica es el producto simultáneo de la necesidad de una praxis y de su propia imposibilidad, lo que obliga a avanzar en el descubrimiento de las "realidades emergentes" que permanecen ocultas bajo la sombra de "lo inevitable", según lo impone la ideología que pretende ser la encarnación de la nación. Es necesario traspasar las sesgaduras que imponen los valores, los conceptos y las prácticas que son propias de la realidad perceptible de la nación; esto es, en cuanto productos de una clase particular. Debemos trabajar para descubrir detrás de lo conocido y aceptado por tradición, lo que influye y palpita en su potencialidad embrionaria desde la perspectiva que fija la construcción de nuevas fuerzas. En la medida de esta capacidad de interpretación, se podrá ir más allá del campo de visión alienada que conforma la ideología dominante.

Un tema subyacente en las reflexiones anteriores, que in-

teresa ser destacado, es el relativo a los mecanismos dinámicos que estructuran a la realidad sociohistórica por sobre aquellos que contribuyen a transformar a la realidad dada. Son estos últimos los que han sido preferenciados en las ciencias sociales en América Latina, muchas veces con desconocimiento de esos otros dinamismos que subyacen a las fisonomías histórico-genéticas de los procesos. Así, por ejemplo, la relación entre poder económico y control político de una clase se ha tendido a ver en su forma de expresión macrosocial, sin cuidar suficientemente la compleja trama de eslabones de todo orden que sustentan la vigencia y reproducción cotidiana de estos procesos. Preguntas como qué tipo de aparato de poder se puede desarrollar a partir de determinadas bases económicas, reciben respuesta en el marco de formulaciones teóricas generales que no consideran la complejidad de particularidades que pueden ofrecer. Lo que es grave si estamos conscientes de que es el plano de lo microsocial desde donde se puede actuar para llegar a influir sobre la realidad transhistórica. Sin embargo lo que decimos no significa que se defiendan los estudios de situaciones particulares, ni menos las de índole contingente, sino, más bien, que los análisis de esa naturaleza tienen que encuadrarse en la perspectiva de su aportación a la reconstrucción de los niveles en los que los fenómenos sociales se manifiestan, pues, de lo contrario, se podría llegar a disponer de estudios de detalles, pero sin contar con el contexto que les confiere un significado concreto a dichos fenómenos o procesos.

En la dirección de este planteamiento, debemos enfatizar la sutileza del autor que comentamos especialmente en lo que respecta a su análisis del poder. La dinámica de articulación del poder es explicitada en distintos planos de la realidad, señalándose cómo en la interacción entre ellos se va configurando el poder de decidir, influir, manipular o neutralizar. El aparato de la minería se va mostrando en "diferentes niveles y equipos especializados", ya que lo mismo puede encontrársele "en la redacción de un diario o en el Club de la Unión". Mientras más se consolida la pirámide, más claramente aparece que "abajo formaban filas de empleados públicos a quienes se manejaban con propinas [. . .]

Ingresaban [al aparato] periodistas, militares, funcionarios de importancia, diputados, jueces, escritores, una muchedumbre de arribistas, seres de moral ambigua, generalmente mal pagados". Toda esta masa, sin capacidad para decidir, sería utilizada mientras fuera útil por la cúspide de la pirámide "que se estrechaba hasta que en un último nivel" el poder se reducía a la camarilla "integrada por los íntimos: abogados en cuyos bufetes se resolvían asuntos importantes, algún ministro y el gerente o director de empresa que vinculaba al magnate con la camarilla o tenía la facultad de decidir en su nombre" (p. 91).

De otra parte, se describe también con precisión el efecto de aglutinación social que produce el poder, la gravitación que ejerce sobre una masa amorfa que identifica al poder con sus propias posibilidades de alcanzar el futuro deseado. La clientela aparece cumpliendo el papel de mediatizadora entre el núcleo de poder y el resto de la sociedad; incluso más todavía, aparece siendo el modo de inserción del grupo oligárquico en la sociedad, sea que se cumpla a través de alianzas con otras fuerzas, o bien, simplemente mediante la cooptación social y política. No obstante, a diferencia de otros análisis más estructurales, la constitución de clientelas está planteada como un aspecto de la política del grupo oligárquico por articularse con la superestructura ideológica, jurídico-institucional, de medios de comunicación de masas, etc. Se aclara en este contexto la importancia de los bufetes de abogados, equivalente a la importancia que Gramsci otorgaba a los diarios, cumpliendo las funciones de comité político para recomendar y promover candidaturas y hasta como agencias de relaciones públicas. "Cada uno de estos bufetes era el punto central de un círculo formado por vinculaciones sociales o de familia, en el que ingresaban ministros, directores de prensa, diplomáticos y una amplia gama de individuos que desde el puesto donde estuvieran eran útiles a la élite minera" (p. 92).

Como paso que lógicamente se deriva de lo anterior, se incluyen en el estudio del poder a las bases del mismo, pero no en términos de lo que sería una caracterización del poder económico. Se observa un mayor afinamiento, incluso en el marco del propio enfoque estructural, que sugiere distin-

guir el contexto en que nace el poder y los factores que explican su reproducción histórica y vigencia en momentos posteriores, como también el análisis de la forma del poder frente a la cual se ha dado la tendencia de identificarla con el ejercicio del poder.

"El poder de la minería no constituía una situación plana y transitoria, era una estructura escalonada y duradera." Esto es, una pirámide capaz de desatar dinamismos de reproducción que le dieran estabilidad. Dinamismos que obedecen, por una parte, a ciertos factores que inciden en la gestión del poder; de otra, la situación objetiva determinada por el modo como estos diferentes factores de poder se articulan entre sí, conformando una situación de poder "escalonada y duradera" (p. 93).

El poder de la minería "no era resultado de las combinaciones conspirativas de un grupo de individuos ávidos de riqueza y rango social, ni de la corrupción por el dinero, ni del servilismo de las camarillas políticas y la inmoralidad de la prensa; no se aprovechaba solamente de la venalidad de los hombres de gobierno y de la ignorancia de la opinión pública. No era producto de ninguno de estos factores por separado, pero se nutría de todos ellos." De ahí que los factores de poder tengan que ser analizados en la perspectiva del contexto histórico, que Almaraz denomina la estructura de oportunidades, que constituye la base que determina que estos factores lleguen a operar con eficacia. En este sentido, la más importante oportunidad de los mineros se relaciona con la debilidad de las clases o grupos antagónicos. "Los terratenientes que eran los únicos que podían haber opuesto resistencia al suponer una amenaza contra su status económico o contra sus privilegios políticos, convinieron en que era más práctico trocar su orgullosa condición de señores de la tierra por la de proveedores de las minas" (p. 94).

Los factores de poder, tales como la capacidad conspirativa, la corrupción por el dinero, el servilismo de las camarillas políticas, o la inmoralidad de la prensa, así como la debilidad de las clases antagónicas, permiten pensar a la realidad histórica como el producto de procesos anteriores vinculados con la naturaleza de las fuerzas sociales, ya sea que se caractericen por su debilidad en razón de carecer de identi-

dad y, por lo tanto, de proyecto, o por la debilidad del poder estatal debido al predominio de fuerzas sociales que por asegurar su autonomía regional impiden una real integración nacional. Todo lo cual determina la ausencia de un escenario común a todas las fuerzas en pugna. El surgimiento, en consecuencia, de un espacio de nadie, como es la nación, crea las condiciones para que el poder minero aparezca "prácticamente sin oposición y se encuentre de pronto conque era dueño y señor", sin necesidad de reformar nada (p. 93).

Del tipo de descripción histórica que hemos procurado destacar en el texto, que ubica en un contexto comprensivo tanto a los diferentes sujetos sociales como a los factores (estructurales e ideológicos) que conforman sus comportamientos, se desprenden las distintas potencialidades que puede contener una misma situación histórica. Ello es un requisito básico para poder recuperar a las varias historias posibles que, en su mutilación y grado relativo de realización práctica, explican a la situación histórico-social tal como se muestra.

En el caso de esta concepción, se pueden distinguir sociedades que encarnan una historia realizada, cualquiera que sea el sujeto o actor social a quien esa historia refleje, en tanto que otras sociedades vienen a constituir la expresión de una verdadera articulación de historias frustradas, que no alcanzaron su realización porque los sujetos se anularon unos a otros. Podría ser el caso de Bolivia.

En su contexto surge el minero como actor que, sin contrapeso, se transforma en "dueño y señor". Sin embargo, el proyecto de sociedad de éstos pudo reconocer distintas alternativas posibles que, de haberse podido imponer, habrían impreso su carácter particular al desarrollo nacional. En realidad, es igualmente plausible pensar en el desarrollo de la minería como aliada de los terratenientes, o como base para el desarrollo de una infraestructura industrial, como pensarlo... que fue la opción dominante en Bolivia, sin alianza con los terratenientes ni menos proyectado hacia la industrialización. De esta manera, se plantea la necesidad de distinguir entre potencialidades históricas y viabilidad histórica, ya que esta última representa la concreción de aquéllas en determinados contextos históricos: el caso de la debilidad

de los terratenientes, la ausencia de un poder estatal y la falta de una visión de clase a largo plazo de los propios mineros,[19] como es el caso del contexto boliviano.

La discusión anterior plantea algunos problemas. El más significativo es la conveniencia de observar el surgimiento de una fuerza según la naturaleza de su contexto. En verdad, es diferente que una fuerza nueva surja en una situación de lucha con otras clases, que si tiene lugar el proceso dentro de un vacío de fuerzas, sin vocación de poder y de impulsar un proyecto de sociedad. Los mineros nacen en un contexto de esta segunda naturaleza, con lo que no se ven sometidos a la presión de definir su propia identidad como sujetos sociales, más allá del rasgo que marca en ellos la estructura de su actividad económica, principalmente especulativa y programada en el corto plazo. "El poder minero no luchó por su vida. Le fueron útiles por igual indios y terratenientes, el atraso del país y la debilidad del Estado. No encontraron obstáculos en las leyes" (p. 32).

Por lo tanto, la creación de poder estuvo sesgada desde el inicio mismo en que aparecen los mineros. Nunca hay un proyecto de Estado que cumpla el papel de coaligante de la sociedad, pues la naturaleza del poder económico está confundida con una concepción patrimonial de la sociedad que entra en conflicto con cualquier concepción de una sociedad nacional, la cual se convierte en la visión ideológica del grupo minero en el espacio para el juego de determinados mecanismos de acumulación. Para Patiño se trata del control de los mercados externos, para Aramayo, el control de la producción interna, para Hotshild, el control de la comercialización de los pequeños productores de minerales. En razón de esta reducción del poder a una trama de relaciones mercantiles, la sociedad nacional es un espacio vacío, algo así como el horizonte que encuentra su contenido real como el ámbito en que se proyecta el perfil minero, los sueños que no alcanzan a superar su condición de grupo de poder.

[19] Es digno ejemplo de esta frustración el caso ya mencionado de Mariano Peró. Nos referimos a su lucha solitaria por avanzar hacia la etapa de fundir el mineral como base del proceso de industrialización. Los mineros, desde esta perspectiva, nunca superaron la condición de ser un grupo de presión, sin proyecto de sociedad.

No obstante lo anterior, son conscientes de los peligros que enfrentan aunque no esté clara la identificación de sus enemigos. Son las otras fuerzas que, por la gravitación de la economía minera, inevitablemente tienen que orbitar a su alrededor en el espacio vacío de la nación. Son más bien como una sombra que puede nacer en cualquier momento y en cualquier lado, no necesariamente los campesinos, ni la burguesía industrial, ni los intereses extranjeros, sino más bien su propia condición de oligarquía "dueña y señora" de un espacio social y de una geografía. Y ante este peligro que nace de la conciencia de sus intereses, de saber de la oposición entre sus intereses y "los de Bolivia", buscar una forma de "unidad entre sus integrantes, tratar de armonizar la conducta de las empresas, de estereotipar actitudes y planteamientos y lograr un sentido solidario en las conductas de los mineros grandes" (p. 93).

Es claro que este tipo de comportamiento busca identificar el poder con la nación, pero sin que llegue a encarnarse en un proyecto que trascienda la visión fragmentaria y de corto plazo que impone la propia actividad minera. Esta última no proporciona una base para ir más allá de la lógica del mercado, más todavía cuando éste no se puede identificar con el país, sino, por el contrario, cuando es el país el que es parte de la realidad más compleja e incluso del mercado. Lo que está bien representado en el rechazo de Patiño para impulsar la fundición del mineral en Bolivia y el traslado de esta actividad al extranjero.

El trabajo de Almaraz se tiene que caracterizar como parte del esfuerzo intelectual y político por desentrañar la capacidad de hacer una historia progresiva, historia que se fundamenta en el fortalecimiento de una capacidad nacional, que lo oriente al análisis desde el pasado hacia el presente. Este presente, como se ha señalado, constituye una compleja y dinámica articulación entre ser el producto de un desarrollo histórico y además contener potencialidades de desenvolvimiento para el futuro. "La búsqueda de una nueva conciencia nacional cuya fuerza obstinada sea tan grande como la que alteró el cauce de la historia en María Barzola, no depende solamente de la investigación del pasado. Hay un presente ante el cual los resultados de la praxis cuentan más

que el análisis teórico" (p. 10). Por lo mismo, asume gran significación el rescate de los puntos de inflexión de los procesos históricos que marcan el rasgo distintivo del análisis político. Se trata de profundizar en las lecciones que se contienen potencialmente en un momento histórico, más que de reconstruir un ciclo histórico.

Ilustra el planteamiento anterior el análisis referido al hecho de que la matanza en la mina de Catavi, diciembre de 1942, "iniciara el crepúsculo del poder minero [pues] hizo surgir una crisis política bajo cuyos altibajos el país vivió en los diez años siguientes" (p. 112). En efecto, no se puede decir que sea una teorización, ya que más bien representa una captación sintética que no es posible alcanzar si no es mediante la reconstrucción de los procesos en las perspectivas de los sucesivos momentos de inflexión que han experimentado históricamente. Esto es, practicando el análisis de coyuntura para comprender a los procesos en la dirección de su desenvolvimiento. Es en esta medida que se puede llegar a reconocer la urdimbre que van tejiendo los muchos hilos de la historia, en forma de poder darles el sentido de totalidad que tienen objetivamente.

Partiendo de la reconstrucción de los procesos se pueden determinar las dinámicas subterráneas que transcurren y que afloran en las situaciones de crisis. "Entre la caída de Villarroel y el golpe militar en 1951 las posibilidades políticas de la minería quedaron agotadas" (p. 110), pero para poder formular un juicio como éste se tiene que haber sabido captar el cuestionamiento del poder minero, cuya crisis se manifiesta en una serie de síntomas menores.

"Las actitudes de ciertos ministros que debiéndole al poder de la minería sus cargos buscaban popularidad a costa de ella, las poses obrerizantes de algunos políticos conservadores y ciertas blanduras del gobierno como las de Herzog —a quien antes de echarlo se le acusó de debilidad por no haber reprimido a los obreros en las minas—, eran la expresión parcial de una rebelión mayor" (p. 111). Acumulación de tensiones y transformación de los sujetos sociales y políticos que vienen a ser el resultado de años en el transcurso de los cuales se fue modificando la visión de la sociedad y la historia de sus protagonistas.

Se comienzan a reconocer opciones antes no vislumbradas, a despertar la conciencia sobre la posibilidad de ciertas prácticas y a madurar la voluntad para construir proyectos divergentes del dominante. "Las lecciones recogidas por los bolivianos desde la matanza de Catavi endurecieron su voluntad e hicieron nacer en ellos una oscura convicción. Era el momento de elegir entre la oligarquía o el país: la idea empezaba a transformarse en historia."

En esta línea de reflexión, se puede anticipar la hipótesis de que las ciencias sociales han visto empobrecida su capacidad para poder diagnosticar lo que hay de potencial en situaciones históricas concretas, debido a su orientación hacia la formulación de tendencias generales antes que preferir determinar las potencialidades. El esfuerzo por destacar los momentos de inflexión de los procesos históricos se corresponde con una forma de relación entre teoría y práctica donde ésta constituye una posibilidad de concreción histórica, mientras que la teoría contribuye a evidenciar la existencia de un horizonte histórico en el que las prácticas son posibles. Pero, en este caso, se trata de una teoría concebida más como visión crítica que como un conjunto de proposiciones hipotéticas. Nos enfrentamos con un tipo de pensamiento teórico que busca sintetizar a la realidad en forma que en el marco de esa síntesis puedan interpretarse los hechos particulares. Pero no se trata de una síntesis teórica, en el sentido estricto, sino como un marco delimitador en cuyos límites se pueda articular lo que ha sido con sus potencialidades de devenir que, como tal, exige dos voluntades sociales y sus correspondientes prácticas.

V. EN TORNO DEL PENSAR HISTÓRICO

No es fácil encontrar un análisis con estructura académica cuya inspiración sea un fuerte compromiso con la historia del pueblo. Es el caso de René Zavaleta que se cuenta entre

estos intelectuales que dignifican a la inteligencia latinoamericana.[20]

Tratar de pensar la historia tiene repercusiones en la forma de organizar el análisis y en el lenguaje que se utilice. Es así como las argumentaciones siempre están redondeadas por construcciones metafóricas, las cuales cumplen la función de aprehender la realidad como síntesis y a la vez en toda su apertura. Por eso es que permiten vislumbrar horizontes sugerentes para estimular la reflexión y la búsqueda. El trabajo de Zavaleta constituye un ejemplo de investigación acuciosa y profunda dentro de este entorno, lo que impulsa al autor a forjar categorías de análisis que nada tienen en común con aquellas sacadas a fuerza de cuerpos conceptuales adocenados.

Nunca se aprecia en él la sequedad sin gracia de esas proposiciones que para justificar su fundamentación se empobrecen hasta lo obvio. Mezcla de teoría e intuición, imaginación y sistematicidad de un pensar histórico que nunca puede reducirse al simple conocimiento de la historia, posee una profunda vivencia histórica que le sirve de sustento a su pensamiento. Es el trasfondo vital de su compenetración con la abigarrada realidad de Bolivia el que cristaliza en la coherencia de sus planteamientos históricos. De ahí que sus análisis respondan a una visión de Bolivia como historia, pues nunca se aprecia en él como punto de partida una idea suelta, una hipótesis fragmentaria a un *a priori*. Es siempre Bolivia como experiencia la que imprime a sus análisis una originalidad y frescura que merecen atención como un modo particular de construir el conocimiento.

Hay en el autor verdad y utopía, rigor y voluntad de lucha, objetividad y proyecto. De manera intuitiva armoniza esas dimensiones del conocimiento social aparentemente contradictorias: en este sentido Zavaleta nos parece un estudioso

[20] Hemos tomado como base de referencia para estas reflexiones dos trabajos de René Zavaleta, que aparecieron en: *Bolivia, hoy*, México, Siglo XXI, 1983. El primero se titula: "Las masas en noviembre", que citaremos con la abreviatura de (M), correspondiendo el número de páginas a la edición referida. El segundo trabajo se titula: "Forma de clase y forma de multitud en el proletariado minero en Bolivia", que citaremos con abreviatura (F), con la misma indicación respecto a las páginas.

que no está tan preocupado de las teorizaciones como de la historicidad de sus aseveraciones. Por eso es que, consecuentes con la afirmación de que representa al tipo de intelectual que trabaja en la perspectiva de un compromiso político, pensamos que sus análisis constituyen intentos por captar una realidad en su compleja concreción histórica para poder definir, a partir de ella, las opciones de desarrollo que se contienen en un momento de la historia. De ahí también que se justifique hacer una reflexión en torno de los problemas que se suscitan cuando se quiere construir un conocimiento que cumpla esta función.

Para estos efectos definimos algunos criterios que nos permitan caracterizar tentativamente a este tipo de conocimiento y poder confrontarlos con los esfuerzos de nuestro ensayista.

Primer criterio: el conocimiento que se construya en el marco de un compromiso político está orientado a aceptar a la historia como construcción de los distintos sujetos sociales, los cuales pueden o no reconocer explícitamente proyectos de sociedad.

Segundo criterio: en un conocimiento de esta naturaleza la reflexión teórica queda subordinada a la necesidad de hacer un reconocimiento de horizontes históricos, lo que significa que los temas de la realidad susceptibles de analizarse se muestran como dominios de praxis posibles.

Tercer criterio: la realidad se piensa en función de una exigencia de viabilidad de proyectos antes que desde la perspectiva definida por la exigencia de correspondencia.

Primer criterio: la historia como construcción de los sujetos sociales

Lo primero que salta a la vista en Zavaleta es la caracterización del objeto mediante el cual se da cuenta de la dinámica de los procesos históricos, dinámica que al estar compuesta por las prácticas de los sujetos plantea la transformación de la acción en la base para las apropiación racional de la realidad. Estas fuerzas son captadas en momentos y espacios determinados, aunque siempre en una situación de presente

por ser la propia de la praxis. "La democracia representativa no expresa aquí sino circunstancias o islas de voluntad social." Pero además está presente la necesidad de ver a la objetividad real como articulación no reducible a la cuantificación de factores; más bien, es vista desde sus momentos de constitución, en los que se manifiesta la dinámica articulada de sus elementos componentes (*v. gr.*, poder y sociedad). De ahí la importancia del concepto de crisis que no hace más que expresar cierta regulación establecida entre las fuerzas sociales. La política, en consecuencia, deviene en la constitución del espacio de regulación entre fuerzas.

El énfasis puesto en los momentos de constitución de la realidad social impide que el objeto esté dado, por lo que no tiene referencias empíricas confiables. La realidad, al impedir su captación como "revelación cognitiva empírico-cotejable" (M: 17), exige una "asunción sintética de conocimiento" (M: 17). Lo que significa una aprehensión de lo concreto mediada por la articulación de sus elementos componentes, los que conforman a un todo social heterogéneo que se muestra, precisamente, en sus momentos de constitución o de crisis.

La realidad que analiza Zavaleta es compleja en su concreción histórica, ya que "en ella no sólo se han superpuesto las épocas económicas", dando lugar a verdaderas "densidades temporales" (*v. gr.*, el propio de la agricultura andina o el del epicentro potosino), sino que, además, se han articulado con el particularismo de cada región ya que "aquí cada valle es una patria, un compuesto en el que cada pueblo viste, canta, come y produce de un modo particular y hablan lenguas y acentos diferentes" (M: 17).

De lo anterior se desprende que "la crisis es la forma clásica de la revelación o reconocimiento de la realidad del todo social", por lo que no se puede más que concluir en la idea de "la crisis como método" (M: 17).

Pero la idea de la articulación compleja, tanto en densidades temporales como en creación de espacios, está referida a una realidad subyacente que no puede agotarse en sus manifestaciones empíricas, manifestaciones que darían lugar a aquello que Zavaleta llama la "dispersión condenada a la dispersión". De allí que se deba recurrir a un "fondo históri-

co" que articule a lo disperso, en forma de poder dar cuenta de "esa entidad social que es una realidad enigmática" (M: 18), fondo histórico constituido de "mercados, épocas, latitudes, hablas, rostros" y que sirve de basamento a las prácticas a través de las cuales se expresan y se reconocen los diferentes actores sociales.

Ahora bien, cuando el análisis está centrado en la articulación de lo heterogéneo del espacio nacional, debe complementarse con el otro parámetro fundamental, mediante la inclusión de la complejidad que se deriva del "tiempo de los factores" que "no actúa de un modo continuo y confluyente sino en su manifestación crítica" (M: 19). En efecto, "la producción comunaria o parcelaria en la Bolivia alta, por ejemplo, es distinta en su premisa temporal agrícola a la oriental no sólo por el número de cosechas y las consecuencias organizativas del trabajo del suelo, sino también a la minera, que es la supeditación o subsunción formal en acción" (M: 19).

De lo antes expuesto se desprende que en el planteamiento del objeto surge la necesidad de ahondar en su especificidad, mediante el esfuerzo de detectar el elemento que unifica a esta heterogeneidad de espacios y de tiempos, en forma de determinar el modo concreto de construcción de la realidad. Este elemento que unifica es la política concebida como la crisis generadora de formas sociales que incluyan a todos los espacios y tiempos con sus especificidades. "El único tiempo común a todas estas formas es la crisis general que las cubre o sea la política. La crisis por tanto no sólo revela lo que hay de nacional en Bolivia sino que es en sí misma un acontecimiento nacionalizador: los tiempos diversos se alteran con su irrupción" (M: 19).

La política es la actividad que al moldear una articulación entre los procesos incide en los contenidos particulares de cada uno de éstos. "Tú perteneces a un modo de producción y yo a otro pero ni tú ni yo somos los mismos después de la batalla de Nanawa; Nanawa es lo que hay de común entre tú y yo."

La dificultad de un conocimiento "empírico-cotejable" de la realidad política y su remplazo por una "asunción sintética" del mismo conduce a la formulación del "conocimiento crítico de la sociedad" (centrado en sus momentos constitu-

tivos), el cual no es más que "reflejo de la manera en que ocurren las cosas"; planteamiento que, en la medida en que enfatiza la necesidad de reconocer un horizonte histórico ("el fondo histórico"), implica subordinar la reflexión teórica a este reconocimiento, lo que es congruente con la exigencia dialéctica de que sea "la naturaleza de la materia la que determine la índole de su conocimiento" (M: 19). Este argumento se vincula claramente con la cautela de que los conceptos tengan especificidad histórica, lo que no siempre ocurre si tomamos en cuenta las veces en que se incurre en el dogmatismo asociado con la "pretensión de una gramática universal aplicable a formaciones diversas".

La especificidad de los conceptos requiere que se haga en términos de contextos, esto es, incorporando al análisis del objeto elementos que no aparecen en una relación directa con el mismo. El análisis político requiere efectivamente la inclusión de factores situados en diferentes niveles, tanto de aquellos que consideramos estructurales o tendenciales como de los de tiempo corto o coyunturales. Desde los hábitos y mitos sin los cuales "es poco lo que se puede avanzar en el análisis político" (M: 15), hasta los factores de equilibrio o desequilibrio entre fuerzas que sean de naturaleza coyuntural, como podría ser la presencia o desaparición de un líder.

La contextualización del objeto de análisis obliga a examinar su dinámica interna. Lo hace Zavaleta con la democracia representativa. "La confrontación carismática, la enunciación patrimonial del poder y su discurso regional" (M: 15) son sus modos de concreción más posibles, es decir, que al especificar el contenido de la democracia puede reconocer mejor su viabilidad para llegar a afianzarla, toda vez que "la forma abigarrada y desigual de la sociedad impide en gran medida la eficacia de la democracia representativa como cuantificación de la voluntad política".

Contrastando a los procesos con su fondo histórico, éste es un tipo de análisis donde lo central es la posibilidad de actuar, por lo que no puede dejar de estar asociado con un concepto de realidad que incorpore la presencia de los sujetos sociales. Cualquier fenómeno, digamos el régimen político, no puede ser analizado prescindiendo del hecho de que la realidad es el producto de las prácticas de los sujetos. Por

ejemplo, pudiendo no haber condiciones para que se imponga la democracia representativa como sistema político real y estable, se la rescata "como un ideal de las masas" (M: 42) que tiende a imponerse. Entre la democracia social y la democracia representativa media "la democracia considerada *como autodeterminación de la masa*, es decir, como la capacidad actual de dar contenido político a lo que haya de democracia social y de poner en movimiento el espacio que concede la democracia representativa" (M: 42).

La importancia de la dimensión del proyecto en la aprehensión de los fenómenos sociales reside en la posibilidad de transformar a éstos en objetos de prácticas sociales, pero, a la vez, en convertir a la práctica en un dominio nuevo que permita profundizar en la complejidad de la dinámica social rescatando una perspectiva constructora de la realidad. Es por ello por lo que "un país puede tener un grado relativo de democracia social y tener instituciones demorrepresentativas y sin embargo carecer del impulso democrático de la autodeterminación". Por ser la historia el producto de actores sociales que obliga a ampliar la visión de la realidad en una visión que incorpore a los dinamismos estructurados del proceso histórico, lo que se acompaña de la necesidad de un recorte de observación adecuado para dar cuenta de los sujetos detentadores de proyectos.

En efecto, la incorporación de la dimensión del proyecto en los análisis de la dinámica social nos coloca ante la posibilidad de reconocer opciones de construcción histórica. De ahí que cuando la "burguesía no cree en la democracia debido a su fracaso en ella y "prefiere la vía más céntrica del golpe de Estado" (M: 44), produce como resultado una articulación fundada en un proyecto burgués que, al suprimir el ámbito democrático, "impide la enunciación de la sociedad civil" determinando que el poder "domine a ciegas porque no dispone de esa lectura", creando de esta manera las condiciones para que la "inestabilidad política sea inevitable".

Esta articulación se caracteriza por una disociación del poder respecto de la sociedad civil, lo que tiene consecuencias sobre el desenvolvimiento de las clases. Favorece en estos proyectos que no buscan ningún entronque entre sociedad civil y poder político, como es lo que ocurre cuando se

fortalecen formas de expresión en la sociedad civil que sean ajenas al poder. "Aquellos que no podían *votar* su descontento lo dicen en el motín o en los descontentos de la economía moral de la multitud" (M: 44).

Segundo criterio: la reflexión teórica queda subordinada a la necesidad de reconocer horizontes históricos

Plantear un concepto de la realidad que permita que sus mecanismos puedan ser objeto de una investigación concreta significa asumir la perspectiva de la constitución de los sujetos. En Zavaleta, la idea de la centralidad de la clase obrera es un ejemplo de lo que decimos. "En pocos lugares en el mundo es tan acabada la centralidad obrera como en la implantación de lo nacional popular en Bolivia" (F: 222). Sin embargo la perspectiva de la centralidad exige abrirse a la construcción histórica, pues "exista o no la 'centralidad' como un *factum* [. . .] ella debe ser no obstante *constituida*" (F: 225) sobre la base del "vasto *background* precapitalista sobre el núcleo de trabajadores productivos capitalistas". Lo anterior significa incluir en el análisis de los sujetos todo el horizonte histórico en que tiene lugar la maduración de aquéllos, como lo es el *background* precapitalista que trasciende al hecho mismo del actor social, pero que contribuye a especificar históricamente su naturaleza.

Por ejemplo, cuando el "tamaño demográfico" del sujeto es reducido (que es lo que ocurre en contextos de aislamiento como los enclaves mineros), en virtud de una suerte de dialéctica frente a la debilidad demográfica se desatan contrapesos ideológicos de manera que la densidad de masa del sujeto es compensada por la presencia de un proyecto ideológico-político, como en el caso de los mineros bolivianos. En este contexto interesa la preocupación por no reducir al sujeto a una categoría analítica predefinida, planteándose el desafío de buscar la categoría que sea capaz de dar cuenta de la especificidad del actor social; esto es, de compatibilizar escaso número y aislamiento con la capacidad de determinación en extensa medida de los acontecimientos nacionales. Es interesante constatar que en esta búsqueda Zavaleta

recurra a un razonamiento que parte por caracterizar un horizonte histórico en que tienen lugar tanto las clases como los estratos no clasistas. Este contexto histórico se puede caracterizar ya sea por las estructuras productivas que coexistan, como por el tipo de familias que subsisten, etc., pero donde, además, la clase es concebida como una situación problemática y no como "un objeto lógico formal" (F: 225); es decir cómo un ángulo para el análisis de las fuerzas existentes antes que partir reduciendo las fuerzas a la clase.

Algunas fuerzas pueden ser encuadradas como clases mientras que otras no. En todo caso en el análisis se incluyen elementos provenientes de niveles diferentes de la realidad como son las relaciones de producción, la estructura de la familia o la articulación entre ideología precapitalista y las condiciones de trabajo productivo capitalista. En este sentido cabe recordar la discusión sobre la radicalidad del minero boliviano: si se expresa en ella un grado de conciencia política o un cierto fatalismo religioso, o bien ambas cosas.

La subordinación de la categoría de clase a un contexto histórico, conformado por múltiples dimensiones, enriquece el análisis toda vez que permite descubrir concretamente la dinámica real mediante nuevos conceptos, en vez de reducirse a una simple aplicación de la categoría y llegar a descubrir lo que ya ha sido postulado. El concepto de "irradiación", acuñado por Zavaleta para dar cuenta de la capacidad de una fuerza social para constituir una unidad homogénica, que sea capaz de influir mucho más allá de su contorno inmediato, es un ejemplo de esta creación teórica en que pensamos (F: 225), concepto que no puede entenderse sin aquel otro de la "insistencia estructural" (F: 224) que sirve para explicar cierto tipo de constitución del sujeto social.

Efectivamente, es cualitativamente distinta la constitución de sujetos por acoplamiento de grupos de diferente procedencia (*v. gr.*, por migraciones o desplazamientos entre sectores económicos), que si obedece a la lógica de "hijos de proletarios, obreros de extracción obrera, obreros hereditarios" (F: 224), todo lo cual apunta a cómo la clase es una situación de condensación social que resulta de factores históricos acumulativos, de una densidad de masa en igualdad de condiciones estructurales, o de una identificación con un

proyecto mediante el cual se trasciende como grupo, a la vez que se constituye como actor con capacidad de irradiación en lo nacional.

Se puede apreciar que el análisis de los sujetos sociales y de su constitución obliga a desplegar una visión histórica amplia antes que limitarse a la aplicación de estructuras categoriales que, por ricas que sean, cuando no se les utiliza con cautela por mantener su historicidad, llevan a formalismos conceptuales. Los conceptos de "irradiación" y de "insistencia estructural" ilustran acerca de un razonamiento que pretende permanecer abierto a las exigencias de especificidad histórica.

Ahora bien, centrar la discusión en torno de la constitución de los sujetos y de sus proyectos, nos remite a la construcción de la política. Entendemos por ello el modo como se pueden acoplar los procesos posibles de cierto desarrollo estructural acumulativo con la capacidad social para reactuar sobre aquéllos, de manera de poder moldearlos según una direccionalidad determinada; por ejemplo, transformar al proletariado minero, resultante del desarrollo capitalista de las minas, en un actor que entre a desenvolverse en función de un modelo de sociedad nacional (como lo sostenían las *Tesis de Pulacayo*: un gobierno obrero que tuviera como "eje de alianza obrero-campesina", correspondiéndole al primero el "papel dirigente").

El acoplamiento en que consiste la construcción de la política reconoce necesariamente, como trasfondo histórico, el modo como se da la producción y reproducción del poder que, a su vez, estará condicionado por la naturaleza de los mecanismos por medio de los cuales se ha establecido la regulación entre las fuerzas sociales.

La regulación entre las fuerzas sociales es el campo donde el poder se especifica, ya que no es más que un mecanismo de regulación de las relaciones entre fuerzas; de ahí que antes de forjar opiniones sobre la naturaleza de los mecanismos de producción y reproducción del poder tengamos que penetrar en el trasfondo histórico en que el poder como mecanismo de regulación se contextualiza.

En esta dirección hablar de democracia representativa en Bolivia sin atender al "contrato de constitución del poder o

pacto de acatamiento" (M: 14) (que se refiere a la forma de regulación entre las fuerzas) carece de sentido, porque no estaríamos atendiendo a la articulación entre las manifestaciones "democráticas del poder y la determinación real del poder", y, por lo tanto, no estaríamos comprendiendo la producción y reproducción del poder en lo que éste tiene de históricamente específico. Este trasfondo histórico, siendo el contexto que predomina sobre el estudio de cada una de las fuerzas y de sus manifestaciones empíricas, cumple la función de contribuir a delimitar el contenido concreto que asume la producción y reproducción del poder.

Podemos ilustrar lo anterior con el significado que reviste el golpe de Estado en Bolivia, si lo comparamos con lo que puede ocurrir en otros contextos nacionales en los que, a diferencia de aquel país, "el contrato de constitución del poder" ha encontrado una solución estable.

Tercer criterio: la realidad se piensa en función de una exigencia de viabilidad y no de correspondencia

Uno de los temas más enigmáticos es aquella especie de autocomplacencia de su propia fuerza que pueden desarrollar sectores sociales como el minero, sin que tengan claramente diseñada la posibilidad de una conquista del poder. El tipo de análisis que destaca las situaciones de crisis, o de construcción de la historia, nos coloca ante la problemática de cómo un actor social se constituye o deja de constituirse; pero también enriquece el discurso ya que dicha constitución no solamente es pertinente analizarla desde la perspectiva de sus logros, como es acceder y controlar el poder formal, sino que muestra además cómo esta constitución puede asumir otras modalidades, tal la capacidad de desplegar en otras conductas la potencialidad que el sistema de dominación no permite que exprese. De este modo se puede explicar que "la masa despliega lo que aquel voto (elecciones frustradas en 1978) contenía, es decir, su virtualidad insurreccional, porque en efecto la ocupación de caminos y la asunción territorial, el cerco de las aldeas, son la insurrección del que no tiene armas" (M: 35). De lo que resulta que un análisis de

la realidad sociopolítica hecho desde la óptica de la constitución de los sujetos, se encuadra en una exigencia de viabilidad y no de predictividad (según sea el grado de desarrollo de las fuerzas). En verdad, podemos analizar lo dicho en el siguiente párrafo mediante la descomposición de la secuencia formulada por el autor. El párrafo dice lo siguiente:

> Sostenemos nosotros que Bolivia ha entrado en un ciclo de crisis orgánica que no tardará en convertirse en una crisis nacional general. Desde el momento en que el Estado de 1952 tenía una hegemonía real (o sea que tenía como único medio de dominación el ideológico), que se mostraba compatible por tanto con el monopolio de las armas por el pueblo, hasta la ruina de la autonomía relativa, el desplazamiento del poder hacia los militares (y por fin la pretorianización) y la pérdida sucesiva de la base social de esa dictadura con la ruptura del pacto militar-campesino, que ejecuta Bánzer con esa suerte de alucinamiento de los que son portadores de la perdición de lo mismo que representan, vemos que el Estado de 1952 ha necesitado menos de treinta años para llegar al borde de la deslegitimización prerrevolucionaria que el Estado oligárquico alcanzó en más de cincuenta años de predominio. Es indudable que esta secuencia está exteriorizando la formación de una crisis estatal. La manera de los acontecimientos de 1979 y un gran número de hechos coetáneos propone que será también una crisis social de vasto alcance (M: 58-59).

Esta secuencia histórica reconoce sus especificidades en el remplazo de unos actores por otros como sostenedores del Estado, lo que significa cambio de proyecto: del proyecto "Estado-pueblo armado" se pasa al proyecto "Estado-fuerzas armadas". Ello desata una dinámica en razón de que las fuerzas armadas ya no son parte del proyecto Estado sino que constituyen un proyecto autónomo, cuya expresión es su pretorianización y que se proyecta a nivel de un nuevo Estado que sirva de espacio a los militares como estamento.

En la medida en que la fuerza del Estado ha sido su hegemonía real, se puede decir que el cambio de contenido del Estado tiene lugar cuando se produce el desplazamiento de los actores que constituyen su base de apoyo, esto es, cuando se produce el desplazamiento del poder popular armado por el de los militares, aunque medie un pacto social.

En esta perspectiva la crisis del Estado es resultado de un cambio en la regulación entre las fuerzas sociales, lo que se manifiesta en que ningún proyecto es capaz de adueñarse del Estado. El Estado deja de ser un mecanismo de regulación, pues ésta se desplaza hacia la sociedad civil.

El problema, ahora, es determinar la alternativa para un nuevo "pacto de poder", esto es, determinar la posibilidad de forjar una alianza de fuerzas para un nuevo Estado hegemónico del tipo del viejo MNR, o bien del carácter postulado por la Central Obrera Boliviana, por último, de carácter restringidamente burgués al estilo del representado por Bánzer, todo lo cual dependerá del ritmo con que las fuerzas sociales lleguen a constituirse en sujetos activos a nivel nacional.

Sobre el recorte de observación del análisis político

Un análisis como el teórico-político debe por su misma naturaleza cautelar una estrecha relación entre teoría y práctica; por lo mismo no puede efectuarse en cualquier recorte histórico. O, para decirlo con otras palabras, el transcurso histórico tiene que ser aceptado desde el ángulo que mejor recoja la naturaleza constructora de la praxis social de los diferentes sujetos sociales. Por ejemplo, con el análisis de la huelga de los mineros de abril de 1976 en contra de Bánzer y que se extendiera en una lucha de resistencia por siete semanas en contra de la represión militar, se puso de manifiesto la dinámica que rige el comportamiento del actor. Se constató que no se mueve necesariamente en función de una correlación de fuerzas. Un factor importante en la determinación del actor es su memoria histórica. Con la coyuntura de 1976 "se impuso la línea maximalista y espontaneísta que provenía de la tradición de 1952, es decir, la autorreflexión del proletariado minero como revuelta y de su organización en multitud mesiánica" (F: 236). Por lo que sus posibilidades tenían que limitarse en la medida en que, más importante que el logro de una meta, podía ser su mera reafirmación como actor con las características culturales que su desenvolvimiento histórico hacía patentes en su propia memoria.

De otra parte, el recorte de coyunturas permite reconocer

cómo se pueden producir cambios en los actores sociales que respaldan un determinado proyecto político, de modo que el contenido del proyecto se transforme. Es lo que pasa con la reivindicación democrática representativa a partir del momento en que se da la posibilidad de la incorporación de obreros y campesinos al voto. Esta circunstancia determina una ampliación de los espacios para el proyecto popular, ya que de reducirse, la democracia a la libertad sindical llega a ser posible la validación del proyecto democrático por vía de la propia lucha de masas.

Más aún, la coyuntura permite aclarar mejor la relación entre sujetos y poder. Ocurre que la relación con el poder está determinada por la circunstancia de que el sujeto carezca de la capacidad para tener su propia concepción del poder, en virtud de carecer de una autoidentificación como actor colectivo. Zavaleta ilustra lo anterior cuando observa que en las elecciones de 1978, en que el triunfo de la UDP fue burlado, "la *plebe en acción* o la multitud en acto consiente todavía una expresión *no plebeya* del poder porque el instinto de lo servil dice que lo plebeyo debe adquirir una expresión señorial" (M: 34), lo que significa que la relación lógica es subordinada a una concepción de lo que se entiende como objetivamente posible.

La reflexión que hemos procurado rescatar en Zavaleta ilustra acerca de la necesidad y conveniencia de impulsar el desarrollo de un paradigma de análisis que sea congruente con el propósito de construir un conocimiento que sirva para definir opciones viables, a través de las cuales poder influir sobre la realidad. La particularidad de este tipo de conocimiento plantea sus propios desafíos epistemológicos y metodológicos, pudiendo no obstante encontrarse atisbos en algunos analistas. Es el caso del autor a cuya memoria están dedicadas estas breves y modestas reflexiones.

VI. A MANERA DE RECAPITULACIÓN

Resumiendo lo expuesto, el objetivo de nuestra discusión ha

sido definir la posibilidad de analizar la realidad histórica desde la perspectiva de "lo político". Es así como podemos trazar algunos lineamientos que se resumen en las siguientes proposiciones:

a] Cuando el análisis histórico es repensado desde la perspectiva de lo político, no puede prescindir de una concepción de futuro que implica una determinada jerarquización de los contenidos de la realidad histórica concreta, así como en la definición que se maneje acerca de la naturaleza de los elementos particulares analizados;

b] El modo como la concepción o visión de futuro influye sobre el análisis histórico, es mediante la presencia de una voluntad para construir la realidad del futuro, lo que se materializa mediante proyectos de sociedad;

c] Lo político, entendido como la voluntad de potenciar la realidad hacia una meta, se materializa en términos de un proyecto de futuro, el cual sirve para recortar a la realidad en campos de alternativas, en cuanto los caminos para avanzar hacia la meta.

d] La historia es revisada desde las exigencias del presente, sirviendo éstas de criterio para seleccionar de los procesos históricos los aspectos que sean más pertinentes para definir la construcción del futuro, y que

e] Los valores en general cumplen el papel de ángulos desde los cuales poder conjugar al futuro que se vislumbra con el presente que se vive. En este sentido, se puede decir que la objetividad de la realidad histórico-política es una articulación entre regularidad empírica y voluntades sociales que pugnan por imponer a los procesos una dirección determinada.

Si profundizamos en el significado de cada una de estas proposiciones, podemos afirmar que el núcleo problemático en que se sintetizan es la capacidad social de decidir políticas y los efectos que pueden tener sobre la realidad en su conjunto. En verdad, la idea de futuro implica la idea de opciones que, a su vez, supone la existencia de voluntades que reconocen una cierta capacidad para reactuar, en el sentido de sus intereses y expectativas más amplias.

VII. EN TORNO DE DECISIONES SOBRE EL FUTURO

Los textos estudiados contienen gérmenes del discurso político en cuanto se orientan, algunos en forma más lograda que otros, a captar la realidad como materia posible de ser moldeada como vehículo para conquistar el futuro. Lo que hemos buscado es aproximarnos a definir los límites epistemológicos de los recortes de realidad que se analizan, de manera de determinar el tipo de realidad que contiene esta modalidad de aprehensión.

De esta posición, debemos avanzar hacia una confrontación del discurso político con los temas que surgen como relevantes, por su vigencia en el actual momento histórico de América Latina, aunque sin cambiar el nivel de abstracción en que se ha desarrollado la discusión. Esto es, explorar sobre los desafíos que la realidad plantea al análisis y al discurso político, sus implicaciones para desarrollar un pensamiento político, condición de nuestra historicidad, a la vez creativo y combativo, como así también determinar qué realidades se corresponden con su naturaleza teórica y cuáles otras quedan fuera de su aprehensión.

Pero nos vemos obligados a algunas breves reflexiones, dejando la profundización del problema a otro trabajo que gire en torno de una historia de la *inteliguentsia* y sus relaciones con los programas de acción de naturaleza política.

¿Cómo están presentes las diferentes dimensiones que conforman la problemática del discurso político? Se trata de discutir cómo están incorporados a las definiciones de los temas y a su misma reflexión, aspectos como el futuro, la voluntad de construir, el reconocimiento de alternativas, la historia como historia pertinente para el presente, y el papel de los valores y de la ideología.

Algunos autores[21] sostienen que hay un pensamiento latinoamericano en el que se incluyen todos los elementos ex-

[21] Pablo González Casanova, "El nuevo pensamiento latinoamericano" (versión preliminar para un ensayo) mimeo., 1986. Trabajo que forma parte del libro *La emergencia del nuevo pensamiento social*, coordinado por el doctor Anouar Abdel Malek, Universidad de las Naciones Unidas (en preparación).

presivos sin que ello signifique que estén fijados "en un sistema...", sino, más bien, como "expresión existencial de la dialéctica", y por lo mismo, que sus formas de pensar no asumen el carácter de una teoría convencional, sino la "apropiada a una experiencia más profunda".

La contraposición entre teoría y conciencia, a que se alude, sugiere un rompimiento con los sistemas teóricos, a los que es tan aficionado el pensamiento universitario y académico en general. Se enfatiza la necesidad de una búsqueda de lo concreto y el rescate del sujeto social como generador de conocimiento. Se estrecha la relación entre éste y la conciencia social, destacándose la historicidad concreta sobre la teorización, muchas veces banal, y con ello el papel del conocimiento para definir caminos hacia el futuro que sean viables. La supeditación de lo teórico a los horizontes históricos enriquece la emancipación de un pensamiento político, lo que se traduce en que "de la teoría se pasa hoy a la expresión verbal y conceptual de la experiencia que une lo diverso".

La reflexión sobre el pensar político conduce a destacar como lo más importante, por sobre las ideas y los programas, "a quienes los sostienen y al poder del pueblo que los respalde". El rescate del sujeto social significa que se está enfrentando la realidad sociohistórica como un espacio de prácticas posibles, caracterizada por ser una articulación objetivo-subjetiva, como queda de manifiesto cuando es concebida como una realidad, que por estar conformada por la existencia de los sujetos sociales, es a la vez una realidad "pensante y hablante".

Es indudable que la idea de la realidad como espacio y visión conformada por la existencia de los sujetos sociales rompe con el sentido de estructurar sistemas teóricos o doctrinas que no se corresponden en la experiencia de lo concreto. Lo que lleva a tener que replantear la idea de historia y de presente, ya que ningún sujeto, se defina como pueblo o como clase, contiene una realidad que sea pasado, sino que futuro, y para quienes la importancia de la historia está determinada por su imaginación de porvenir.

El rompimiento con la academia es impostergable. No es nuevo en América Latina hacer teoría. Es nueva la dimen-

sión de masa que ha alcanzado, su precisión y efectividad. El pensamiento teórico como proyecto, estrategia y formas de lucha; el conocimiento como expresión de conciencia social. He ahí el punto de ruptura de una profunda tradición de construcción del conocimiento caracterizada por el predominio de un cierto juego de abalorios, que ha terminado por subsumir al desarrollo de un verdadero pensar histórico, lo que plantea la necesidad de cortar con el estilo intelectual de diseñar modelos de explicación para remplazarlo por el imperativo de construir políticas. Quebrantar modelos y romper doctrinas para iniciar y rehacer el encuentro de conceptos concretos es una de las características más nuevas del pensamiento político.

Pero la lucha por transformar la forma de pensar con base en sistemas teóricos, la lucha por desprenderse de la inercia de las doctrinas, es una tarea difícil. Tan difícil como aprender a pensar históricamente, lo que se traduce en el esfuerzo por "construir la realidad descubriéndola". El pensamiento político exige de un razonamiento no formal (ya sea que se hable de teorías o de doctrinas) pues está orientado hacia lo concreto, cuyo contenido está determinado por el sujeto social que articula en su experiencia y visiones de futuro toda la realidad. El gran supuesto del pensamiento político es el sujeto social que es el que debemos redescubrir. Por eso es que definimos como un desafío la tarea de "desechar la autoridad de las ideas y la de los ideólogos como escuelas y jefes", y profundizar en cambio en aquellas corrientes sociales que como la populista, o la de la Revolución mexicana, o cubana, la nicaragüense o la frustrada experiencia chilena de la Unidad Popular, que "iniciaron la búsqueda del pensamiento concreto fuera de las doctrinas y escuelas".

El conocimiento político sintetiza la historia devenida y deviniendo. Transforma a lo político en la epistemología del futuro.

"El intelectual ve un problema que no puede resolver, el héroe se lanza a una lucha que no puede ganar." Ambos son precursores. Si pensamos que lo son porque incorporan historia, diremos que más precursor es el héroe en su aventura por lo inédito; mucho menos el intelectual cuando queda prisionero de lo conocido como viable, sin comprometerse con

aquello que surge como inédito, pero que exige transformarse en viable. La utopía es una dimensión epistemológica tanto como la génesis. Construir historia desde la imaginación es igualmente científico que explicar lo ya acontecido. Pero requiere del "descubrimiento de la moral como epistemología y como fuerza, como esperanza y voluntad".

BIBLIOGRAFÍA

Almaraz, Sergio, *El poder y la caída, La Paz-Cochabamba*, Los Amigos del Libro, 1969.

Arias, Arturo, "La cultura, la política y el poder en Guatemala", México, Programa PAL-UNU, UNAM, 1987 (mimeo.).

Bahro, Rudolf, *The alternative in Eastern Europe*, Norfolk, Thetford, NLB, Lowe and Brydone Printer, LTD, 1978.

Barbero, Martín, y Margarita Garrido, "Notas sobre cultura política y discursos sociales en Colombia", Bogotá, Programa, PAL-UNU, UNAM, 1987 (mimeo.).

Brunner, José Joaquín, "Chile: entre la cultura autoritaria y la cultura democrática", Santiago de Chile, Programa PAL-UNU, UNAM, 1987 (mimeo.).

Butazzoni, Fernando, "Una visión cultural del Uruguay de los 80", Montevideo, Programa PAL-UNU, UNAM, 1987 (mimeo.).

Cacciari, Massimo, "Transformación del Estado y proyecto político", en *Teoría marxista de la política*, México, Pasado y Presente, núm. 89, 1981.

Castro, Guillermo, "Cultura, política y poder en Panamá", Panamá, Programa PAL-UNU, UNAM, 1987 (mimeo.).

Colletti, Lucio, *El marxismo y el derrumbe del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1978.

Cotler, Julio, *Reflexiones en torno de clases: Estado y nación en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1978.

Easlea, Brian, *La liberación social y el objetivo de la ciencia*, México, Siglo XXI, 1981.

Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1982.

González Casanova, Pablo, "El nuevo pensamiento latinoamericano" (versión preliminar para un ensayo), México, 1986 (mimeo.).

Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, México, Juan Pablos, 1975.

Heller, Agnes, y Ferenc Feher, *Anatomía de la izquierda occidental*, Barcelona, Península, 1985.

Hobsbawm, E., *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Ariel, 1983.
Kula, Witold, *Reflexiones sobre la historia*, México, Cultura Popular, 1984.
Lauer, Mirko, "Cultura política y democracia representativa en Perú", Lima, Programa PAL-UNU, UNAM, 1987 (mimeo.).
Lenin, V., *El Estado y la Revolución*, Moscú, Progreso, 1970, 2 vols.
———, *Quiénes son los amigos del pueblo*, Obras completas, Buenos Aires, Cartago, 1950, 2 vols.
Luporini, Cesare, "Crítica de la política y crítica de la economía política", en Marramao, Giacomo, y otros, *Teoría marxista de la política*, México, Pasado y Presente, núm. 89, 1981.
Maguire, John M., *Marx y su teoría de la política*, México, FCE, 1984.
Mariátegui, José Carlos, *Siete ensayos de interpretación sobre la realidad peruana*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1979.
Marramao, Giacomo, y otros, *Teoría marxista de la política*, México, Pasado y Presente, núm. 89, 1981.
Molina Enríquez, Andrés, *Los grandes problemas nacionales*, México, Comisión Federal de Electricidad, 1979.
Prigogine, Ilya, *Tan sólo una ilusión. Una exploración del caso al orden*, Madrid, Tusquets Editores, 1983.
Sacristán, Manuel, *Sobre Marx y marxismo*, Panfletos y materiales, Barcelona, Icaria, 1983.
Sartori, Giovanni, *La política, la lógica y el método en las ciencias sociales*, México, FCE, 1984.
Schmitt, Carl, *El concepto de lo político*, Buenos Aires, Folios, 1984.
Thompson, E., *La sociedad inglesa del siglo XVIII. Lucha de clases sin clase*, Barcelona, Crítica, 1984.
Togliatti, Palmiro, *Gramsci e il leninismo. Studi gramsciano*, Roma, Riuniti, 1958.
Wiats, Jerzy U., "La sociología, el marxismo y la realidad", en Peter Berger, *Marxismo y sociología*, Amorrortu.
Zavaleta, René, "El Estado en América Latina", Programa PAL-UNU, UNAM, 1983 (mimeo.).
———, *Bolivia, hoy*, México, Siglo XXI, 1983.
Zemelman, Hugo, *Conocimiento y sujetos sociales*, México, COLMEX, 1987.
———, *Uso crítico de la teoría*, México, El Colegio de México, Universidad de las Naciones Unidas, 1987.